MUNDO HISPÁNICO

N.° 199
octubre
1 9 6 4
15 ptas.

APORTACION VASCONGADA A LA HISPANIDAD

Legazpi, fundador de Filipinas

BILBAINISMO DE UNAMUNO

Congreso de Americanistas

MUSICA PARA UN CONTINENTE

Bilbao, villa y factoría



MUNDO HISPANICO

Director: FRANCISCO LEAL INSUA
Subdirector: JOSE GARCIA NIETO

199
octubre
1964
AÑO XVII

sumario



BILBAO, VILLA Y FACTORIA



FREI, PRESIDENTE DE CHILE

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3

TELEFONOS
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245
Madrid

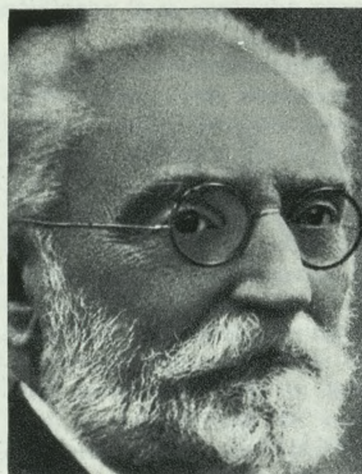
EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.)
Oñate, 15 - Madrid-20

IMPRESO: EN LA FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PAGINAS DE COLOR Y DE TIPOGRAFIA, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1964 NUMBER 199, ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.
AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.
ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.
EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.
En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

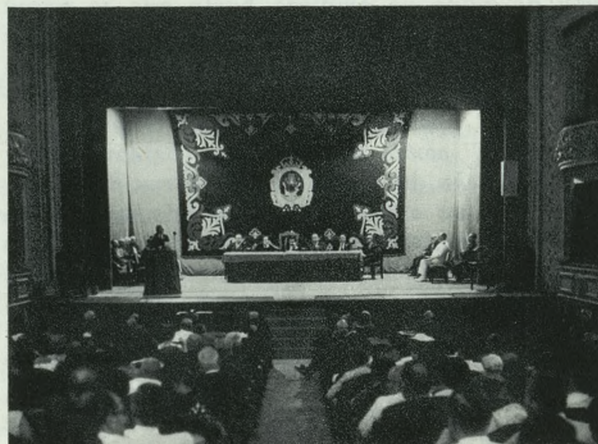
Depósito legal: M. 1.034-1958



UNAMUNO



ROMEO GORRIA, GIRA AMERICANA



CONGRESO DE AMERICANISTAS



COSTA Y MESETA EN AMERICA

por josé maría pemán

ES buena práctica del Instituto de Cultura Hispánica esta de celebrar la fiesta anual de la Hispanidad, con un estilo itinerante y movible. Sería raquítico circunscribirla a unos concretos «lugares colombinos» e insistir en ellos como si se conmemorase una súbita empresa de descubrimiento y no toda una tenaz labor de civilización. Siempre será razonable celebrar las fiestas de la Hispanidad, además de en el sur bético, en Trujillo, en Sahagún; en el país vasco de Garay o Irala; en la Mallorca de Fray Junípero Serra.

Este año se celebra en Bilbao. Y, como es natural, acude a algunas plumas la evocación de la parte de los vascos en las empresas del Nuevo Mundo. A mí me parece muy lógico. Pero, por cima de un anecdotario concreto que se reparta y compute las varias glorias locales, me gustaría señalar, en conjunto, ese reparto que, a lo largo de los siglos, ha presionado la gran obra entre dos zonas características del modo de ser español, y que yo llamaría el «espíritu de tierra adentro» y el «espíritu de costa o periferia».

Por haber forjado su alma y manera de ser en una larga reconquista contra un pueblo esencialmente de «tierra adentro», de desierto, caballo y polvareda, España vivió muchos siglos de espaldas al mar: encerrada en un espíritu terrícola e interiorista. Ya he anotado alguna vez que en el poema del Cid el héroe llega hasta Valencia, pero sin que las olas del Mediterráneo se oigan en sus versos. La más grande gloria naval española—Lepanto—se logra por el procedimiento del «abordaje», que, atrayendo con garfios las cubiertas enemigas, improvisa sobre el movible elemento líquido pequeñas Castillas, llanuras y pistas para los asaltos de infantería. La misma Invencible se perdió por haberse planeado desde El Escorial, donde no se ve más agua que el estanque del jardín, con un sentido ardientemente terrícola: el almirante, un prócer cortijero que no sabía nada de mar; los barcos, pesados castillos flotantes vulnerables a las sutiles y marineras unidades británicas.

No es esto del todo exclusivo de España. España lo que hizo es prolongarlo, como prolongó en todo la Edad Media. Pero en realidad el «espíritu de mar» no empieza hasta que se busca el mar, por sí mismo, como escenario de maniobra y dominio. En la Edad Media se le entendía como camino para ir en busca de éxitos terrestres. Así vino la marina montañesa y cántabra a la toma de Sevilla. Así aparece un conde normando en la reconquista de Cataluña. El conde había venido costeando toda España y pasando el Estrecho, en busca de aventuras de tierra, y apareció en Barcelona como otro conde normando aparece en Sicilia. No sólo dispuestos a desembarcar, sino trayendo seguramente con ambos hasta albañiles y constructores, que dejaron sus huellas en las raíces normandas de no pocas fórmulas del románico y el gótico de Sicilia y Cataluña.

Con este sentido de «camino» se entendió el mar en los primeros siglos de la obra del Nuevo Mundo. Un camino para Oriente y para el Gran Khan, para Eldorado y la Fuente de la Juventud, que llevó a España hasta el fondo de los bolsones terrestres del Nuevo Continente—Perú y México—, objeto de sus mimos mucho antes de que lo fueran las orillas atlánticas de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, cuyo cuidado y artillamiento hubiera requerido, ante todo, un auténtico sentido marítimo de la empresa. El conquistador se metía en la tierra y quemaba sus naves. Muchas veces ni solía embarcarse cuando los grandes ríos le cortaban su camino, y buscaba los vados y arrecifes para, de piedra en piedra, pasarlos de orilla a orilla sin descomponer su imagen de capitán de infantería.

Sería, por ejemplo, demasiado literario atribuir un esquema marinero y vasco a la fundación de Buenos Aires por Juan de Garay. Bien explica el cronista que cuando éste descendía hacia la costa por el Paraná, con su escuadrilla de bergantines y barcazas, caminaba paralelamente por la orilla el grueso de la expedición «con los caballos, yeguas y vacas». Fue este modo bíblico de caravana de hombres y ganados la común fórmula de traslado por el Nuevo Continente. Y todavía con entonación de «éxodo» cantó así el poeta Zorrilla San Martín el modo de caminar el gaucho Artigas, para instalarse en la «banda oriental» y construir el Uruguay.

Pero todo esto está más que compensado con lo que el «espíritu de periferia o costa» va a dar a la América hispana en la otra hora constitucional de su ser histórico: la independencia. Entonces es cuando en España misma la costa universalista y europeizante sitia y presiona la llanura central místico-heroica. Es la hora de la Galicia de Feijoo y Sarmiento, de las Asturias de Jovellanos, de la Cataluña de Capman y luego Balmes, del Cádiz de las Cortes. La hora en que luego los hombres del noventa y ocho nacerán en la periferia e irán al centro: Unamuno, de Bilbao a Salamanca; Azorín, de Monóvar a los «caminos de Castilla»; Machado, de Sevilla a Soria. La hora en que presionan la historia de España gritos insurrectos que se dan en Cádiz, en Málaga, en Valencia, en Barcelona, en Guernica.

Entonces, el «espíritu español de costa» va a dar a América mucho de lo que se ha atribuido ligeramente a influencia europea o francesa. La «Compañía Guipuzcoana de Caracas» es la que exportará la ideología nueva. Llevaba el espíritu liberal, comercial primero y luego político, que fabricaban los «caballeritos de Azcoitia», la Sociedad de Amigos del País y el conde de Peñaflorida. Ahí está la auténtica aportación vasca a América, en las bodegas de los que Ramón de Basterra llamó los «navíos de la ilustración».

Lo que pasó es que América pudo consumar una síntesis de la Ilustración con su tradición secular, que en España frustró la reacción de Carlos IV y Fernando VII. En este sentido, Bolívar es en buena parte el continuador de la Ilustración que España llevó y dejó tirada, a medio camino, en las playas de Venezuela. Bolívar es un poco un Jovellanos a caballo y un Aranda—el primero que pensó en fórmulas de autonomía americana—ejecutivo.

De este modo, con meseta y costa, como quien dice con cuerpo y alma, fue dándole España a América todo un equipo de tradición secular y de progresismo independiente.

APORTACION VASCONGADA A LA HISPANIDAD

Por el MARQUES DE ARRILUCE DE YBARRA

En el décimo aniversario de su fundación, le ha cabido al Instituto Vascongado de Cultura Hispánica el honor de celebrar en Vizcaya el Día de la Hispanidad. Este acto, que todos los años conmemora la incorporación de un nuevo continente a la historia de Occidente, va a tener por marco el País Vascongado, rincón montañoso y emprendedor de España. Una larga lista de nombres y hechos históricos relatan la constante presencia de los vascos en la gran tarea de dar alma y vida a América. La civilización que España dio a su Imperio está jalonada con descubridores, misioneros, virreyes y capitanes vascongados. Por medio de una compañía vascongada de navegación, llegaron a América española las primicias de la Ilustración, y, entre los creadores de las jóvenes naciones, que se desgajaron del trono secular hispano, destacan no pocos nombres vascos. Finalmente, fueron dos grandes vascongados quienes crearon el concepto de la Hispanidad, síntesis elocuente de quinientos años de historia y de civilización.

Los grandes bosques que cubrían el País Vasco habían facilitado el desarrollo de la construcción naval en sus puertos; esto, unido a la vocación naviera de sus habitantes, supuso una constante y acreditada aportación marítima a Castilla. Por eso, desde los primeros viajes de Colón comienzan ya a figurar nombres vascongados. Juan de la Cosa, ilustre cartógrafo de los viajes colombinos, era vasco, y la nave *Santa María,* que era de su propiedad, tenía, con seguridad, marinería vascongada. Para el segundo viaje de Colón, Juan de Arbolancha fletó en Bermeo una escuadra formada por cuatro navíos, una carraca y una carabela, pero, a última hora, las necesidades bélicas exigieron su presencia en el Mediterráneo, y no pudo tomar parte en el mencionado viaje. Famoso es también el piloto Pedro de Ledesma, que acompañó a Colón en sus viajes. En uno de ellos atravesó con su nave, por primera vez, la línea del Ecuador, causando gran estupor entre los navegantes, pues se perdió de vista la estrella polar, punto principal de referencia para su navegación. En el último viaje de Colón hubo incluso una carabela llamada *La Vizcaína,* que, tras el descubrimiento de Panamá, tuvo que ser abandonada allí por su mal estado.

Juan Sebastián Elcano, en compañía de otros compatriotas suyos, entre los que destaca el contramaestre bermeano Juan de Acurio, afirma con su hazaña la redondez de la tierra. Termina, pues, la era de la navegación hacia lo desconocido, y comienza la etapa en que hombres llenos de valor y curiosidad van perfilando con sus descubrimientos los contornos del Nuevo Continente, a la vez que inician la gran obra civilizadora de España.

Cuando Núñez de Balboa se adentra en el agua para tomar posesión del mar del Sur, en nombre de su rey, Blas de Atienza, un vasco, se afanaba en buscar testigos que asegurasen que había sido el segundo en tocarla. Ortuño de Baracaldo, Pedro de Orduña y Pedro de Arbolancha también vivieron aquel glorioso instante, y fue precisamente este último quien trajo a España la noticia de tan importante descubrimiento.

Las hazañas vascongadas van sucediéndose, y nombres como Lope de Olano se vinculan a empresas famosas en Darieen, Miguel López de Legazpia funda Manila, Francisco de Ybarra descubre y coloniza Nueva Vizcaya, Iñigo Ortiz de Retes descubre Nueva Guinea, Guido de Labezarri, gobernador de Filipinas, envía embajadores a China; Sebastián Vizcaíno, tras viajes interesantísimos por el golfo de California, llega a Japón y es recibido por su inaccesible emperador; Lope de Ochoa de Salcedo participa en el descubrimiento del Yucatán, Francisco de Garay explora el río Mississippi y la costa del golfo de México.

No se agota el esfuerzo vascongado en la labor meramente descubridora, sino que, comenzando por una colonia de cuarenta familias vascas que Juan de Arriaga traslada en 1501 desde Santo Domingo a tierra firme, y que constituyó con seguridad el primer núcleo de población del continente, sigue el ímpetu colonizador que ayuda a la creación de la civilización hispánica. Juan de Garay funda Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zabala funda Montevideo, Martínez de Irala y Juan de Salazar fundan La Asunción. Y un sinfín de otras villas van naciendo al impulso de otros muchos vascongados, que de este modo colaboran conscientemente al Imperio español.

Junto a la espada va la cruz, y el mandato de la Reina Católica de conquistar almas para Dios se cumple por el esfuerzo de los frailes, que están presentes en todas las empresas descubridoras. Un vizcaíno, Fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, fue testigo de la aparición de la Virgen de Guadalupe, Patrona desde entonces de la Hispanidad. Otros religiosos tomaron parte activa en las empresas descubridoras, llegando a ser, como Fray Andrés de Urdaneta, un notable cosmógrafo. Urdaneta realizó numerosos viajes, siendo sus principales méritos una expedición a Nueva Galicia y la participación, con Legazpi, en la gran empresa de las islas Filipinas. El padre jesuita Juan de Anchieta recorrió a pie gran parte de los territorios del Brasil, Uruguay y Argentina, evangelizando miles de indígenas y habiendo merecido el nombre de «Apóstol del Brasil».

En la epopeya hispánica participaron poetas que supieron cantar sus episodios más famosos. Entre ellos está Alonso de Ercilla, cuyo origen bermeano recuerda él mismo en aquella estrofa de *La Araucana* que dice:

Mira a Bermeo, cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto,
Los anchos muros del Solar de Ercilla,
Solar antes fundado que la Villa.



Ercilla tomó parte importante en el descubrimiento de Chile y relató en su obra épica *La Araucana* las luchas de los indios del Arauco.

En forma de leve esquema se han consignado algunos de los personajes vascongados que contribuyeron en los siglos XV y XVI a establecer las bases del Imperio hispánico.

En los dos siglos siguientes, varias generaciones españolas llevaron la administración y el mando de vastas provincias de ultramar. Se puede señalar una nueva lista de personajes vascongados que intervinieron en esta etapa, pero enumerarla resultaría agotador, por su extensión. Baste decir que en cualquier virreinato o capitanía general había vascongados, que supieron dirigir y ayudar con entusiasmo y lealtad las tareas que les fueron encomendadas.

En el siglo XVIII la Real Sociedad Guipuzcoana de Navegación fue el vehículo por el que llegaron a Venezuela las ideas filosóficas de la Ilustración. Estas ideas fueron también propaladas por los funcionarios españoles de todo el Imperio, y aunque en muchos órdenes determinaron un cierto progreso —cuya muestra son las carreteras, canales, academias—, trajeron, sin embargo, la disolución del Imperio, porque atentaron contra la unidad de la fe. La monarquía católica que regía las Españas fue perdiendo su carácter de misionera y ecuménica, para convertirse en una ordenación racional y pragmática del arte de gobernar. Es preciso señalar que España nunca fue obstáculo a la circulación de ideas por su vasto Imperio, aun incluso cuando la consecuencia de las mismas fuese causa de su desintegración.

Llegó un tiempo en que las provincias de ultramar se sintieron con fuerza suficiente para volar solas. Es un proceso histórico que se repite constantemente y del que el hispánico Imperio no fue una excepción. Simón Bolívar es quizá uno de los personajes más famosos de aquella época y figura representativa de una generación de hombres que dirigieron la formación de las naciones hispanoamericanas.

Aunque nacido en Caracas, era Bolívar de directa ascendencia vascongada, y, en su primer viaje a España, fue precisamente Bilbao su puerto de llegada. Entre el marasmo de librepensadores que rigieron los destinos de los pueblos hispánicos en el albor de su independencia, destaca Bolívar como hombre católico, que, arrepentido de su iniciativa masónica juvenil, proclamaba en su mensaje de despedida al Congreso: «Me permitiréis que mi último acto sea recomendaros que protejáis la santa religión que profesamos, y que es manantial abundante de bendiciones del cielo.»

La independencia política de Hispanoamérica no fue impedimento para que se mantuviesen relaciones comerciales y espirituales con España. Continuamente partían hacia el Nuevo Mundo hombres emprendedores, que con su trabajo y esfuerzo ayudaban al desenvolvimiento político y económico de las jóvenes naciones. El País Vascongado ha sido sin duda una de las principales canteras de donde han salido generaciones de gente esforzada, que, volcándose sobre Hispanoamérica, han cosechado triunfos y han jalonado con sus realizaciones la historia de estos últimos ciento cincuenta años. Muchas fortunas vascongadas tienen su origen en aquellas empresas, ya que era muy frecuente que aquellos modernos colonizadores regresaran a morir a su país natal, dejando allí una rama que continuase su labor.

Este pequeño esbozo facilita el conocimiento de la presencia vascongada en la magna obra civilizadora de España, que precisamente halló forma y expresión en las mentes de monseñor Zacarías de Vizcarra y Ramiro de Maeztu, ilustres vascongados. Monseñor Vizcarra defendió y reivindicó valientemente la labor de España en Iberoamérica, que la élite intelectual había denigrado tanto y combatido. Concibió el término *Hispanidad* y en su honor compuso un vibrante himno, que recoge dos de sus símbolos más característicos: la «igualdad» de los hombres de toda clase y raza, fundada en el cristianismo, principio de una común paternidad, y la «unidad» en la profesión de la verdad, centro al que convergen los esfuerzos espirituales de toda nuestra historia.

Maeztu recogió esta labor, y en sus escritos aparecen constantes referencias a monseñor Vizcarra. Definió el contenido y alcance de la Hispanidad, valorando la obra realizada por España, que ninguna otra civilización ha conseguido emular. Las ideas de Maeztu no sólo tienen un alcance histórico, recogiendo un pasado común impregnado de tradiciones, sino que suponen un mandato imperativo de futuro que las jóvenes generaciones hispánicas no pueden desoír.

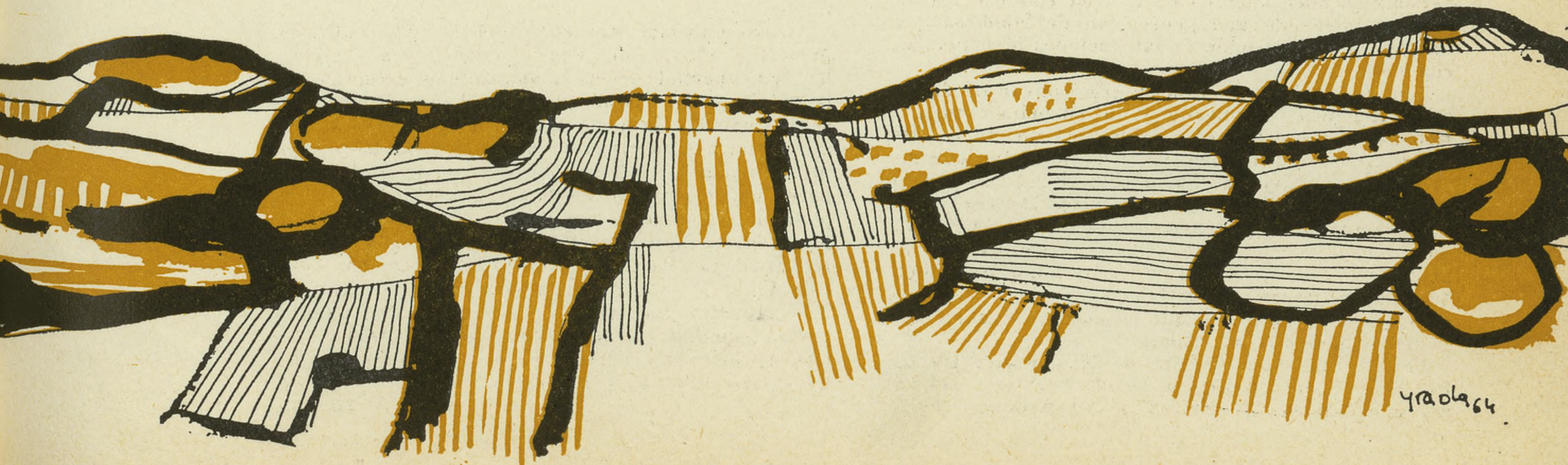
La participación vascongada en la Hispanidad es, pues, importante. Los vascos, como buenos españoles, han aportado en cada momento el esfuerzo que la patria les ha pedido, y en muchas ocasiones han sabido rubricar con su sangre la ejecutoria de sus aportaciones. Maeztu afirma continuamente que el ideal hispánico está en pie y añade que mientras lleven nombres españoles la mitad de las tierras del planeta, por mucho que se haga por olvidarlo, la idea seguirá presente en las páginas de la historia universal. Los vascos, que tanto contribuyeron a que esto fuera así, deben en la hora actual multiplicar sus esfuerzos para que, en estos momentos de confusión mundial, pueda España, con la ayuda de todos sus hijos, ser ejemplo de la civilización cristiana y faro de la Hispanidad.

M. DE A. DE Y.

E S P A Ñ A

**Más allá de los símbolos,
más allá de la pompa y la ceniza de los aniversarios,
más allá del error de los gramáticos
que ven en la historia de aquel hidalgo
que soñaba ser don Quijote y al fin lo fue,
no una amistad y una alegría
sino un vocabulario de arcaísmos y un refranero,
estás, España silenciosa, en nosotros.
España del bisonte, que moriría
por el hierro o el rifle,
en las praderas del ocaso, en Montana,
España del ibero, del celta, del cartaginés y de Roma,
España de los duros visigodos,
de estirpe escandinava,
que deletrearon y olvidaron la escritura de Ulfilas,
pastor de pueblos,
España del Islam, de la cábala
y de la Noche Oscura del Alma,
España de los inquisidores,
que padecieron el destino de ser verdugos
y hubieran podido ser mártires,
España de la larga aventura
que descifró los mares y redujo crueles imperios
y que prosigue aquí, en Buenos Aires,
en este atardecer del mes de julio de 1964,
España de la otra guitarra, la desgarrada,
no la humilde, la nuestra,
España de los patios,
España de la piedra piadosa de catedrales y santuarios,
España de la hombría de bien y de la caudalosa amistad,
España del inútil coraje,
podemos profesar otros amores,
podemos olvidarte
como olvidamos nuestro propio pasado,
porque inseparablemente estás en nosotros,
en los íntimos hábitos de la sangre,
en los Acevedo y los Suárez de mi linaje,
España,
madre de ríos y de espadas y de multiplicadas generaciones,
incesante y fatal.**

J O R G E   L U I S   B O R G E S



BILBAO villa y factoría



BILBAO villa y factoría



Un aspecto de la Gran Vía.

«¡Bilbao, villa fuerte y ansiosa, hija del abrazo del mar con las montañas, cuna de ambiciosos mercaderes, hogar de mi alma, Bilbao querido...!» Así invocaba don Miguel de Unamuno a su ciudad natal. La villa fuerte y ansiosa, engendradora de hombres de empresa que han conseguido modificar y mejorar, en común esfuerzo con otras regiones, el perfil de la patria, vive en la actualidad su «milagro económico». Pero lo vive dentro de su región, de su provincia, de sus límites urbanos, enviando al exterior el mensaje de una acuñada riqueza. Sin reclamos, sin excesos propagandísticos. El ejemplar mutismo vizcaíno, tan difícil de romper, no logra esconder, empero, la realidad asombrosa de su vitalidad. Vizcaya, toda Vasconia, sigue vendiendo dentro del arca su mejor paño. Abramos ventanas gráficas e informativas, en servicio a la verdad y a la actualidad, en el Bilbao de hoy. En la Vizcaya de siempre.

El monumento a López de Haro.









Altar mayor de la basílica de Nuestra Señora de Begoña. La Diputación Provincial y el Ayuntamiento.

BILBAO villa y factoría

Las calles de Bilbao están siempre llenas de tráfico y animación.



330.000 habitantes y tres periódicos diarios

más del 40 por ciento de población activa







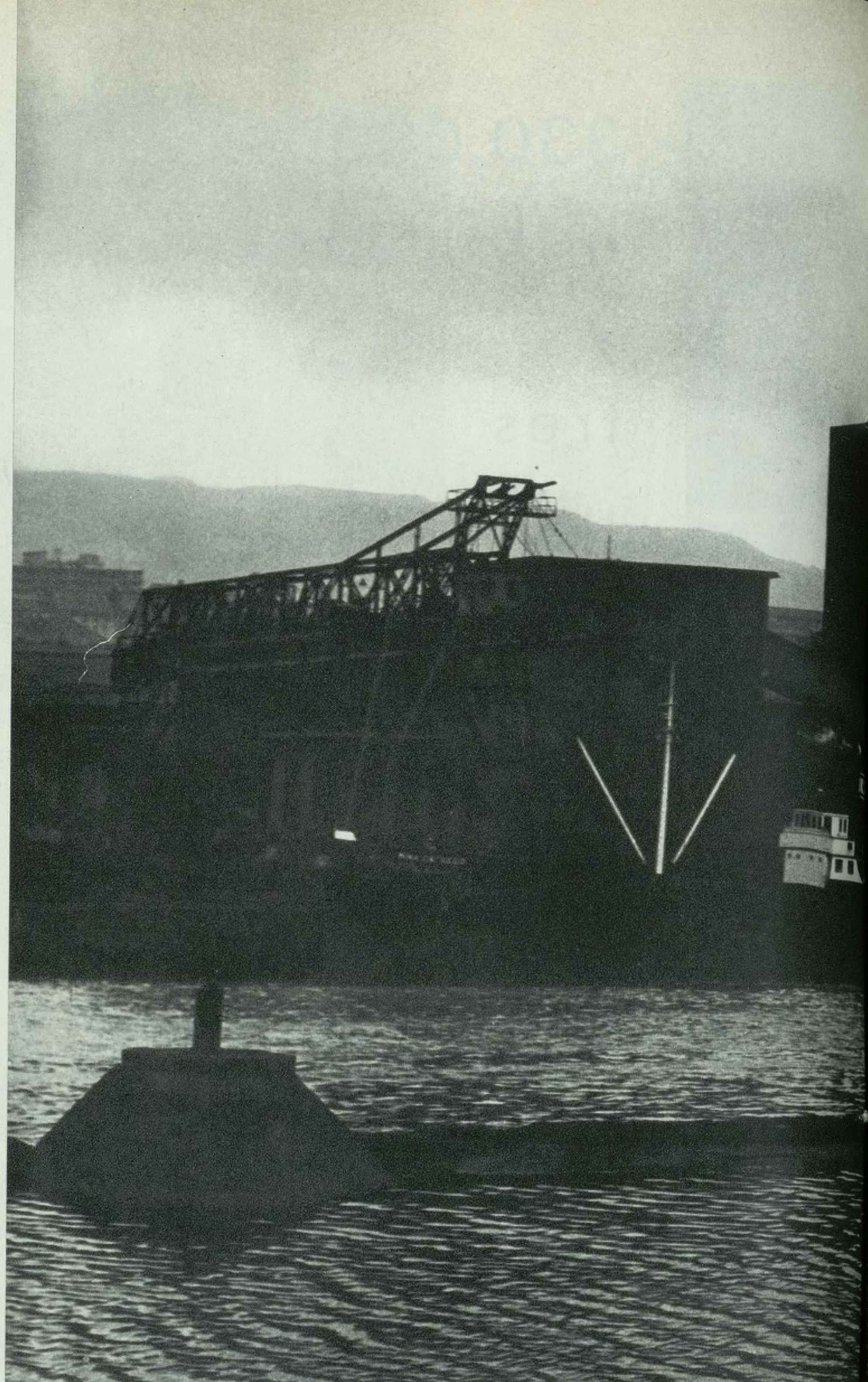
La hora del «chiquiteo» en la zona de las Siete Calles.

Típico aspecto del casco viejo de las Siete Calles.



BILBAO villa y factoría





La Ría,
entre Achuri
y el puente de la Victoria.

El índice de empleo industrial más alto de Europa

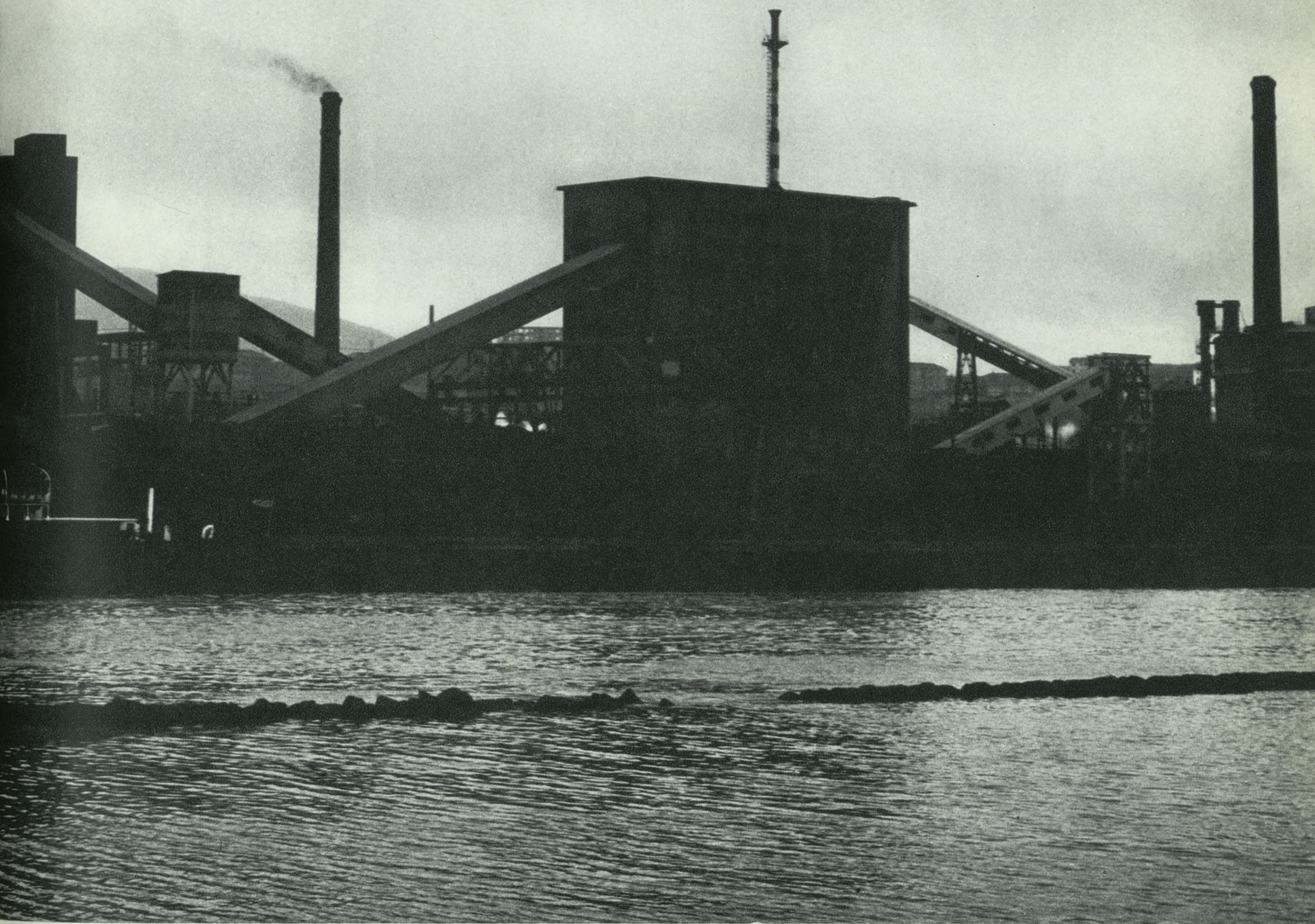
BILBAO, 1964

Como suele ocurrir, la intuición popular y anónima de la copla se adelantó, una vez más, a las realidades estadísticas:

Bilbao, ya no eres Bilbao.
Bilbao, ya no eres el de antes...

Y no es exactamente que Bilbao ya no sea Bilbao, sino que ha superado, rebasado ampliamente al de ayer. El Bilbao de 1964 es una ciudad bifronte, que abrió su ensanche hacia el mar por un lado y hacia Archanda por otro. Tiene en la actualidad 330.000 habitantes y una población flotante, durante todo el año, que justifica el proyectado nacimiento de nuevos hoteles con categoría y en cantidad suficiente como para acoger la riada humana que atraviesa ya la ciudad en corriente paralela al Nervión. El Ayuntamiento tiene proyectos neoyorquizantes sobre aparcamiento de vehículos, construcción de un helipuerto, etc. Crece aquí constantemente el nivel de vida. La ciudad ha doblado casi su población en diez años. Y lo bilbaíno puro se mezcla ya, en eficaz molturación, con los más diversos matices de lo nacional y lo internacional. Además, Bilbao ha resuelto de manera enérgica y espectacular el problema del chabolismo, que hace unos años aquejaba a la ciudad. Ocharcoaga, esa gran barriada funcional y obrera, se eleva dignamente en el cielo confuso de Bilbao, como justa y decisiva solución al desamparo de los inmigrantes. De Castilla, de Navarra, de Andalucía, siguen llegando trabajadores al emporio industrial bilbaíno. Y la ciudad ha de ensancharse más y más. Ha de edificar continuamente.

En las antiguas tabernas de las Siete Calles canta cada noche la melancolía lluviosa de los bilbaínicos de siempre. Esos bilbainicos que en el



La carga de mineral en Olaveaga y Sestao constituye una estampa clásica de la Ría.

año 1900, al nacer el siglo, eran 99.000. Treinta años más tarde, 173.000. Y hoy, en 1964, fusionados en la vida y en el trabajo con gentes de toda España, llegan a la cifra citada de 330.000. Cálculos estadísticos—a los vizcaínos les gusta llevar bien sus cuentas—predicen 365.000 habitantes para 1970. Y para el año 2000 la comarca del gran Bilbao, que en 1960 contaba con 422.493 habitantes, tendrá millón y medio. Entre los 330.000 ciudadanos actuales, hay una población activa del 41,35 por 100. El nivel de empleo industrial es más alto que en el resto de las ciudades de Europa. Los bilbaínos gastan cada semana muchos cientos de miles de pesetas en revistas y se beben 86 litros de vino por persona y año. Y en fútbol invierten un millón semanal. El analfabetismo está muy por debajo del 10 por 100 de la población, y por eso dedica Bilbao a libros 33 millones de pesetas al año. Además, no hay que olvidar, en el índice cultural, que Bilbao tiene tres periódicos diarios y numerosas revistas. La temperatura media de la capital es de 15 grados.

De puente a puente

Cinco grandes puentes sobre el Nervión. Dos de ellos, levadizos. Y, de puente a puente, en otros tantos trancos urbanos, todo el prodigioso despliegue histórico, artístico, industrial, naviero, de la villa. De puente a puente, el gótico de Santiago, el fervor de Begoña, la Diputación, el Ayuntamiento, el teatro Arriaga, el Museo del Parque, donde el San Sebastián de Ribera dialoga con el San Francisco del Greco... De puente a puente, la vieja iglesia de San Antón, que figura en el escudo de la villa; la estatua de López de Haro esculpida por Benlliure, como la de Antonio Trueba; el monumento del Sagrado Corazón, al final de la Gran Vía; el de Arriaga, moderno y audaz; la iglesia de los Padres Jesuitas, de línea gótica moderna... De puente a puente, los viejos archivos de la villa, la gracia festiva del *gurresko*, la epopeya del hierro y de los astilleros, el murmullo del chacolí y el hervor del bacalao, la pizquita sabrosa de los jibiones en su tinta y de la angula...

De puente a puente, unas ferrerías de tradición medieval, una Feria de Muestras de dimensión europea, un lugar con privilegios de villazgo desde el año 1300, una industria que comerció con Inglaterra y con Flandes y que hoy comercia con el mundo entero.

En 1737 se constituye en Bilbao una compañía de navegación y comercio con las tres provincias españolas de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay, proyecto que, según los historiadores, no llegó muy lejos, pero que nos documenta sobre la vocación hispánica y ultramarina de la villa. De 1875 a 1900 surge en la vida vizcaína un singular ímpetu renovador. Mayorazgos, comerciantes y aristócratas de la Arcadia foral se adaptan a nuevos estilos de progreso, que les vienen de la raíz misma de lo vizcaíno. Iniciado el siglo xx, las minas, la industria, la navegación, las finanzas de Bilbao, entran en un apogeo que aún perdura. Por eso ha escrito Pedro J. de Galíndez: «La economía vizcaína se halla impregnada de una fuerza expansiva que la impulsa a llevar las fuentes de su fecundidad a otras provincias hermanas en un abrazo de solidaridad nacional.»

Entre Santimamiñe y el gran Bilbao

Muchos miles de años antes de Jesucristo, una raza primitiva habita la caverna de Santimamiñe, próxima a Guernica. Hay una laguna de

BILBAO villa y factoría

ni un solo latifundio en toda Vizcaya

La Ría, a su paso por el centro de la ciudad.

siglos, y en el año 1300 don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, funda la villa de Bilbao, a la cual concede el Fuero de Logroño, señalándole un amplio término municipal. En 1476 don Lope García de Salazar termina de escribir su famosa obra *Las Bienandanzas e Fortunas*, en la que se describen las luchas fronterizas que asolaron al País Vasco durante los siglos XIV y XV. En 1483 visita solemnemente el señorío de Vizcaya la reina Isabel la Católica, vistiendo traje vizcaíno. En 1778, al quedar libre el comercio con América, el puerto de Bilbao inicia una etapa de creciente prosperidad, y en 1890 se verifica la anexión definitiva a la villa de Bilbao de la anteiglesia de Abando, con lo cual se integra a Bilbao el llamado Ensanche y se da el primer paso para lo que con el tiempo iba a ser el núcleo del gran Bilbao.

Ya en el primer viaje del descubrimiento de América es importante la participación humana de los vizcaínos, y la emigración desde esta región al Nuevo Mundo no se ha extinguido desde entonces. Zumárraga, Garay, Itúrbide, Bolívar, dan nombre y apellido vascos a la anónima masa que se mezcla con las razas de América.

Bilbao, capital de las Encartaciones, comarca de hierro y esfuerzo; del Duranguesado agrícola e industrial, montaraz, forestal y laborioso; de Guernica, sembradora y foral; de Munguía, fluvial; de Marquina-Jemein, pesquera y mecánica; de Orduña, la única ciudad de Vizcaya... Ni un solo latifundio en toda la región. La clase social alta es industrial y financiera. La media, comerciante, administrativa y profesional. El sector obrero se reparte entre las factorías de la Ría, las zonas rurales y las pesqueras. Entre unos y otros estamentos circulan vínculos de trabajo y paisanaje más fuertes y afectivos que cualquier otro. Y esta vida social se extiende de la Universidad de Deusto, por la que han pasado españoles que después tuvieron proyección nacional e internacional, a los Institutos de Bilbao; del Nuevo Ateneo a la Academia de la Lengua Vasca o el Instituto Vascongado de Cultura Hispánica, de los frontones de la comarca a las tabernas de las Siete Calles.

A ocho kilómetros de la capital está el aeropuerto Carlos Haya, con líneas a Madrid, Barcelona, Palma, Santiago, Sevilla y Las Palmas. Es de esperar que este aeropuerto tenga pronto carácter internacional. Por el puerto marítimo de Bilbao se mueve el mineral de hierro, carbón, petróleo, etc. Sobre su trajín sonoro, hemos visto volar blandamente una gaviota. Algún trabajador ya jubilado se asoma a la Ría desde los barandales, y los ojos se le llenan de nostalgia. Porque la vocación indeclinable de los hombres de esta tierra es el trabajo.

«Eskerikasko», Bilbao

Muy de mañana zumban los vapores en la Ría. Un mundo industrial y literario entre Unamuno, Basterra y Zunzunegui. Maquinaria agrícola

Entre la Gran Vía y El Arenal, la ría industriosa y navegable

BILBAO

Vista parcial de la Gran Vía. Al final, el monumento del Sagrado Corazón de Jesús





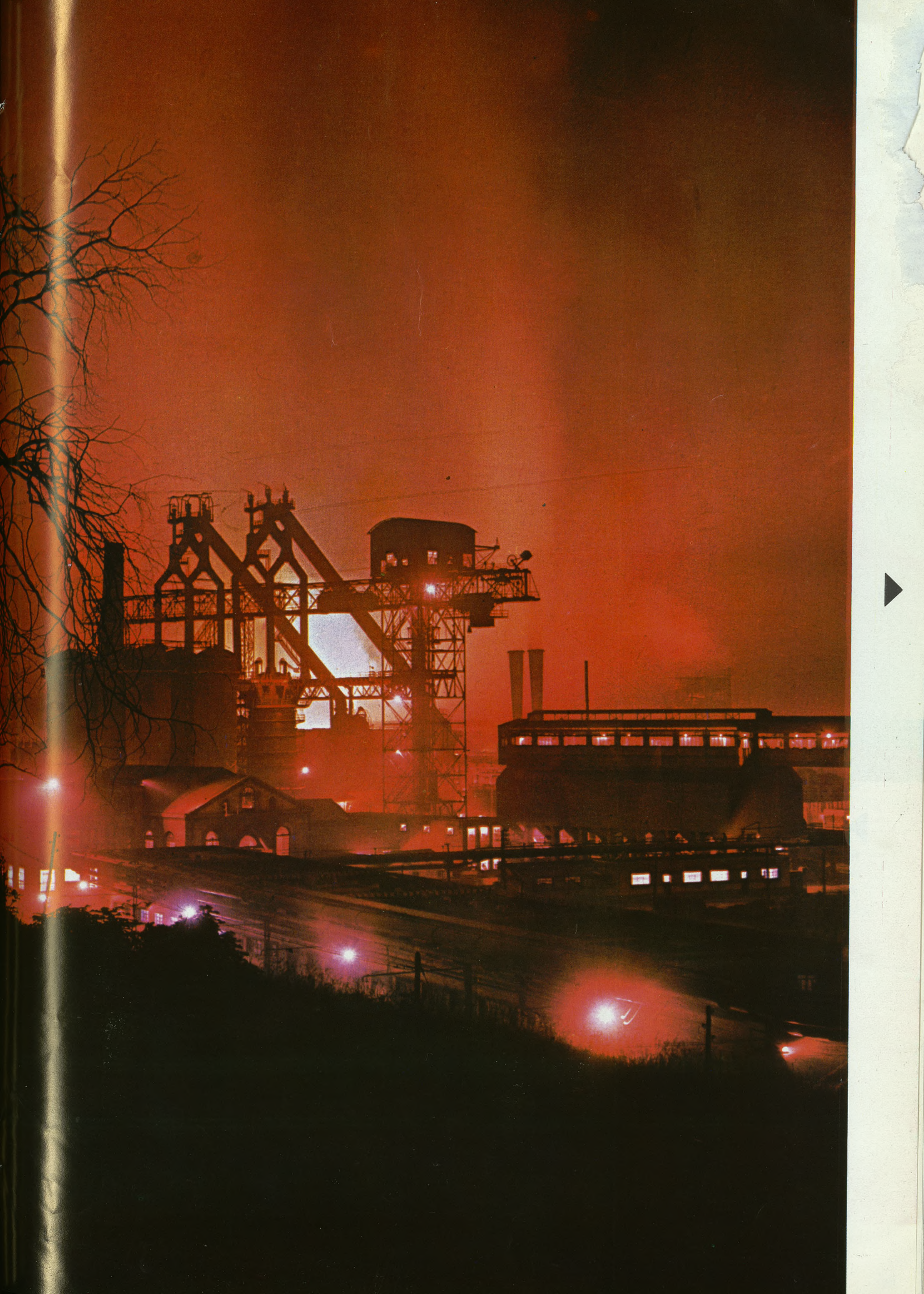
Grúas, muelles, barcos de carga: una constante de Bilbao

BILBAO



Emporio industrial y marítimo a lo largo del Nervión

Crepúsculo siderúrgico en los Altos Hornos de Baracaldo



Plaza de Federico Moyúa

BILBAO



El rojo de los autobuses y trolebuses pone su nota alegre en el tráfico de la ciudad



El puente del Generalísimo.

alineada en los muelles, pintada de claros colores—azul, amarillo, verde, rojo—, que brillarán entre el oro de los campos. Humean las chimeneas en toda la comarca. Por el cielo pasan invasiones de nubes, de nieblas bajas, que van o vienen del puerto de Orduña. De pronto, se hará un claro de sol—como cuando se abre uno de los puentes levadizos de la Ría—y pasarán por él los navíos del aire.

En el Arenal aparcan automóviles. En los Bancos de la Gran Vía hay una palpitación de hilos telefónicos, un peloteo de millones como los rebotes de la pelota en los frontones. Bilbao vive su apogeo industrial y financiero de cada mañana. En la Bolsa cantan números redondos. Trolebuses rojos de dos pisos invaden las calles de la villa. Por todas las bocacalles asoma la provincia montañosa y arbolada. A mediodía, banqueros en mangas de camisa celebran comidas de negocios en los confortables restaurantes de las calles céntricas. Hay una boda de rumbo en Nuestra Señora de Begoña. La Gran Vía se queda sosegada, con tono de barrio residencial. En la plaza de Federico Moyúa cantan los surtidores. De vez en cuando, aquí o allá, una fisonomía de vieja estampa vasca. A las cuatro de la tarde Bilbao está de nuevo en plena actividad.

Al atardecer, grupos de muchachos entonan canciones típicas por las calles del viejo Bilbao. Todavía no saben que una chica que pasea entre la Diputación y el Carlton será pronto su novia. Al costado de las Calzadas, algunos bilbaínos hacen el itinerario del vino. La villa laboriosa y madrugadora, puntual y regular, se acuesta temprano. El Arenal es un entrañable corro de anuncios luminosos y escaparates amigos. La Ría tiene por aquí color y olor de muelle marsellés. Llegan los trenes, entrándose al centro mismo de la urbe. En Baracaldo, los altos hornos iluminan de modo intermitente, con el resplandor de su fuego, el cielo nocturno reflejado en las aguas. Es el palpitar de un corazón de llama que no se apaga jamás. Por los montes, por los caminos, entre barrios obreros y caseríos rurales, las luces de Bilbao, repartidas y tenaces como estrellas.

Resulta emocionante la noche bilbaína, tan laboriosa quizá como el día. Nunca habíamos tenido ante nosotros un espectáculo de trabajo tan grandioso y sostenido. Y nos viene a la voz una palabra de gracias que esta tarde hemos leído sobre el cepillo de una mínima ermita vascongada, allá en la montaña: *eskerikasko*.

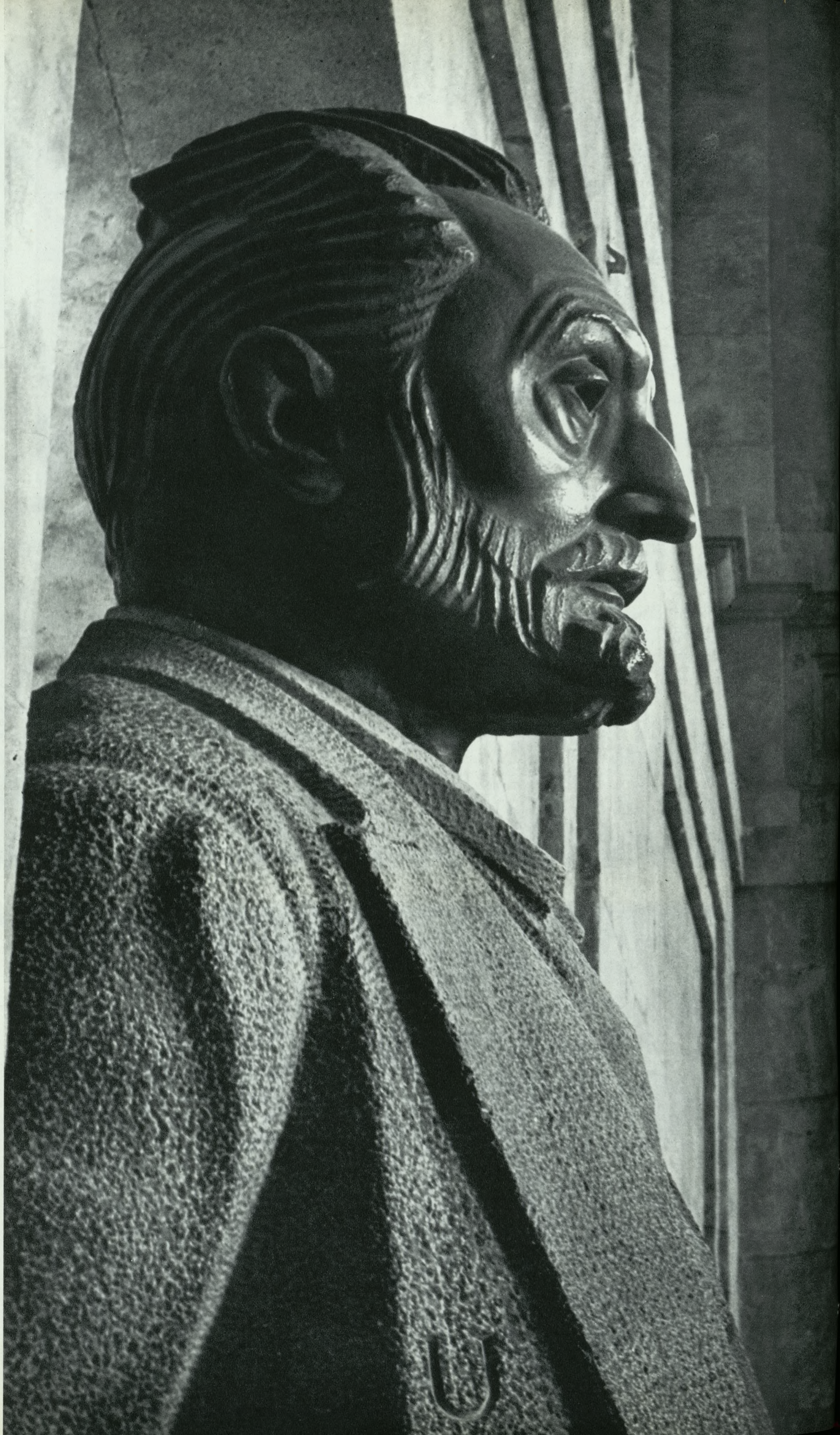
—*Eskerikasko*, Bilbao...

FRANCISCO UMBRAL

(Reportaje gráfico, en color y negro, Gigi-Eurofoto.)



Los muelles, frente al Campo Volantín.



HISPANIDAD

DIGO HISPANIDAD Y NO ESPAÑOLIDAD PARA ATENERME AL VIEJO CONCEPTO HISTORICO-GEOGRAFICO DE HISPANIA, QUE ABARCA A TODA LA PENINSULA IBERICA.

DIGO HISPANIDAD Y NO ESPAÑOLIDAD PARA INCLUIR A TODOS LOS LINAJES, A TODAS LAS RAZAS ESPIRITUALES, A LAS QUE HA HECHO EL ALMA TERRENA Y A LA VEZ CELESTE DE HISPANIA, DE HESPERIA, DE LA PENINSULA DEL SOL PONIENTE.

Y QUIERO DECIR CON HISPANIDAD UNA CATEGORIA HISTORICA, POR LO TANTO ESPIRITUAL, QUE HA HECHO, EN UNIDAD, EL ALMA DE UN TERRITORIO, CON SUS CONTRASTES Y CONTRADICCIONES INTERIORES. PORQUE NO HAY UNIDAD VIVA SI NO ENCIERRA CONTRAPOSICIONES INTIMAS, LUCHAS INTESTINAS.

LA HISPANIDAD, ANSIOSA DE JUSTICIA ABSOLUTA, SE VERTIO ALLENDE EL OCEANO, EN BUSCA DE SU DESTINO, BUSCANDOSE A SI MISMA, Y DIO CON OTRA ALMA DE TIERRA, CON OTRO CUERPO QUE ERA ALMA, CON LA AMERICANIDAD. QUE BUSCA TAMBIEN SU PROPIO DESTINO...

MIGUEL DE UNAMUNO



luis de castresana

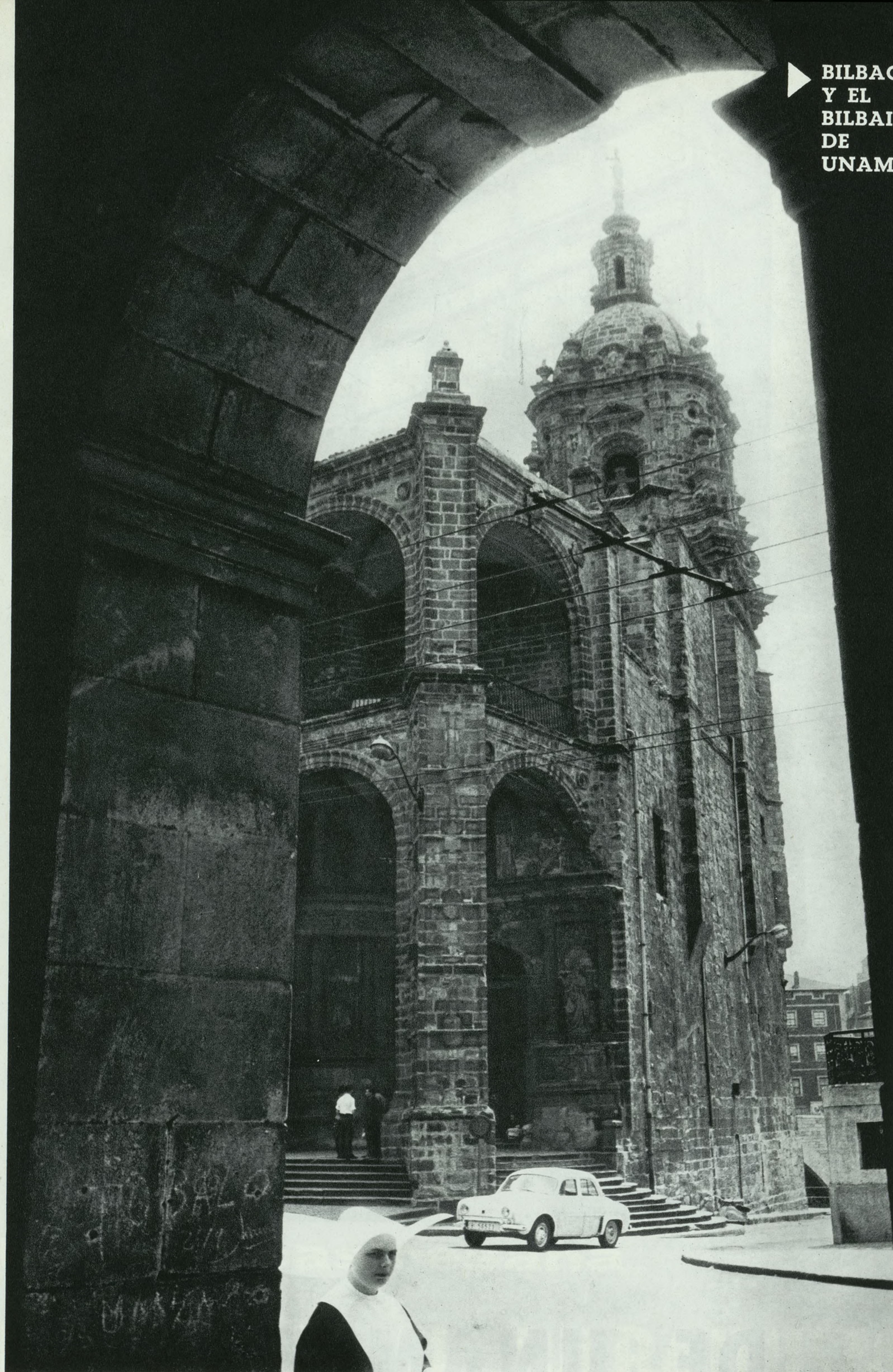
BILBAO Y EL BILBAINISMO



La plaza Nueva, a la que Unamuno dedicó un hermoso poema. A la derecha, la casa en que nació don Miguel.

DE UNAMUNO

BILBAO Y EL BILBAINISMO DE UNAMUNO



El histórico templo de San Antón.



Los arcos de la Ribera, en la zona unamuniana.



Interior de la basílica de Santiago, a la que también dedicó Unamuno un gran poema.

BILBAO Y EL BILBAINISMO DE UNAMUNO





INTELECTUAL catapultado hacia todas las polémicas, electrizante y «español hasta la médula del alma», ególatra y lírico, polemista siempre en estado de alta tensión, Miguel de Unamuno pasó por la vida—y está pasando ahora, desde la muerte—atrayendo hacia sí todos los juicios extremos. Su obra continúa, en efecto, provocando tanto el entusiasmo más hondo y desbordante como la minimización más rigurosa. De los intelectuales y escritores españoles contemporáneos, don Miguel de Unamuno y Jugo es, sin la menor duda, el gran pararrayos, el gran contradictor.

¿Quién fue y qué fue Unamuno? Pocos escritores han hablado tanto de sí mismos, pocos han mezclado de tal modo en su obra posiciones subjetivas, ramalazos temperamentales y datos autobiográficos. De cuantos integraron la generación del 98, Unamuno es el que sigue despertando mayor curiosidad y el que cuenta con una bibliografía más copiosa. Pese a todo ello, o acaso por ello mismo, Unamuno sigue siendo un enigma, un enigma y una contradicción. El es, por lo demás, el mayor definidor y contradictor de sí mismo.

César Barja le consideró «la figura más grande de la España intelectual contemporánea»; Ortega y Gasset (después de decir que «sabía muchas cosas y las sabía bien») le llamó «energúmeno» y «morabito»; Ernest Curtius, «histrión»; Jean Cassou, «poeta de circunstancias»; el padre Iriarte, «excéntrico»; Keyserling escribió que Unamuno era «el español vivo más importante desde el punto de vista europeo y probablemente el más importante desde Goya». Pero el mismo Keyserling le definió acto seguido como un «monomaníaco que podía terminar en maniático». Sender le llamó «enfermo de mismidad»; Enrique de Areilza le diagnosticó «enfermo cerebral atacado de manía religiosa»; Baroja sostuvo que «tenía mucho de patológico en la cabeza». Antonio Machado le calificó de «donquijotesco», y otro poeta, Rafael de Penagos, aludiendo a la terminología russelliana, le llamó «lógico-mágico» y le definió como «un analítico apasionado y lírico, un intelectual en alma viva».

Cuanto más se conoce a Unamuno al través de su obra o de su vida, cuanto más se le analiza y se le aproxima, más y más su identidad última se nos escapa de las manos, como se nos escapan el tiempo o el jabón en el baño. Tal vez su «bilbainismo» ayude a descifrar parcialmente el enigma y nos sirva de clave para aprehender la otra vertiente, la otra cara de Miguel de Unamuno.

Con su acostumbrado juego y choque de ideas—Unamuno es un escritor típico de «fricción», en quien una idea es casi siempre susceptible de provocar una reacción encadenada de pensamientos—, inicia así sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*:

«Yo no me acuerdo de haber nacido. Esto de que yo naciera (y el nacer es mi suceso cardinal en el pasado, como el morir será mi suceso cardinal en el futuro), esto de que yo naciera es cosa que sé de autoridad y, además, por deducción. Y he aquí como del más importante acto de mi vida no tengo noticia intuitiva y directa, teniendo que apoyarme, para creerlo, en el testimonio ajeno. Lo cual me consuela, haciéndome esperar no haber de tener tampoco en lo por venir noticia intuitiva directa de mi muerte (1).

»Aunque no me acuerdo de haber nacido, sé, sin embargo, por tradición y documentos fehacientes, que nací en Bilbao, el 29 de septiembre de 1864.»

Como una botadura de buen presagio, Unamuno vino al mundo en uno de los más típicos rincones sietecalleros: en la calle de la Ronda y en la misma casa en la que, cincuenta y ocho años antes, había nacido Juan Crisóstomo de Arriaga, acaso el único romántico que ha dado a Europa la música española. «Mamoncillo aún, lleváronme a la calle de la Cruz, donde he vivido unos veintiséis años.»

Quedamos, pues, en que Unamuno es bilbaíno; y quien no parta de este principio, quien omita este dato, no podrá comprender nunca de manera exacta el alma (vida u obra) de don Miguel. Porque el itinerario geográfico vital de Unamuno, eminentemente triangular (Bilbao-Madrid-Salamanca), tiene su base y raíz a orillas del Nervión. El mismo lo puntualizó: «Esa ría de mi Bilbao, hijo de ella; esa ría maravillosa, a la que entre sus brazos amparan las montañas, ha llegado a hacerse consustancial con mi espíritu.»

Toda su existencia fue un constante volverse hacia Bilbao. Recordando la primera salida de su villa natal, en septiembre de 1880, cuando a los dieciséis años marchó a estudiar a Madrid, dice que «al trasponer la peña de Orduña sentí verdadera congoja». Tanta que, apenas instalado en la capital, una de sus mayores ambiciones era escribir una historia del pueblo vasco «en dieciséis o veinte tomos».

«Español hasta la médula del alma», como se definió a sí mismo, Unamuno mantuvo siempre el cordón umbilical que le unía a la patria chica. Fue un hombre-árbol plantado en el Arenal y que extendió sus raíces, poderosas, hasta llegar al corazón de España. Ya maduro, ya famoso, gustará de recordar el piropo de Tirso de Molina en *La prudencia en la mujer*:

Vizcaíno es el hierro que os encargo,
corto en palabras, pero en obras largo.

Nadie ha estado, como Unamuno, tan a caballo entre Castilla y Vizcaya; nadie tampoco ha sintetizado mejor la identidad paisajística de ambas regiones. Para Unamuno, Castilla es «un paisaje de invierno o verano», mientras que Vizcaya es «paisaje de primavera o de otoño». Con su innato bilbainismo, hondamente compenetrado con la atmósfera de la villa, escribe más tarde:

«Prefiero mis encañadas frescas, mis paisajes de nacimiento de cartón, el cielo de nubes, los días grises: todo lo que, acompañado de tamboril y chistu, después de merendar bien y beber buen chacolí, da una alegría agria. Yo prefiero el placer de subir montes por gastar fuerza, para sudar la humedad endémica; yo prefiero ver bajar el sol, velado por el humo de las fábricas, y acostarse tras los picos de Castrejana. ¿Que hay poco horizonte? Mejor. Así está todo más abrigado, más recogidito, más cerca.»

¡Qué bilbaíno hay que ser para escribir esto, para decir «más recogidito», así, con diminutivo! Con su «energumenismo» y su porte de pensador luterano, Unamuno tuvo, sin embargo, una gran vena de «tragaldabas» bilbaíno, de vizcaíno pantagruélico. Hay que ver cómo matiza al hablar de la merluza de Bermeo, de las sardinas de Santurce, de las angulas de la Isla o de Aguinaga.

«¿Qué es lo clásico? Usted, como yo, conoce en Bilbao muchos que llaman "clásicos" al tamboril y a la merlucita frita, y, en cierto modo, no les falta razón. No serán clásicos de Grecia o Roma, pero lo son de Vizcaya.»

Y en otro lugar da el estallido que le define mejor que muchos de sus ensayos y disquisiciones, su punto más puro y agudo de bilbainismo: «Falta en nuestro país el calor que viene de fuera, pero tenemos el calor que viene de dentro, del estómago repleto. ¡Uf!, dirá usted, ¡qué poco poético es esto! Va en gustos. Una buena mesa, el calor de la sangre, que luego se convierte en agilidad y alegría; la poesía de la vida, la satisfacción de vivir. ¡Oh!, Rabelais, Rabelais.»

En uno de sus viajes a Guernica, todo el itinerario, todo el artículo, parece gravitar en torno a la comida. No faltan los «¡Qué chuletas, Dios mío; qué chuletas!»; y al final, a manera de posdata literaria, añade: «Se me olvidaba decir que en la fonda me trataron bien y me cobraron barato.» Con lo que a su inesperado sentido pantagruélico, Unamuno añade aquí, tímidamente, otra dimensión psicológica típicamente bilbaína: su preocupación minuciosa por lo económico, su—lo diré—«sentido reverencial del dinero»; un sentimiento tan bilbaíno, que en nuestra villa se habla de más de dos financieros y aspirantes a financieros que se quitan respetuosamente el sombrero al pasar ante los Bancos...

El profundo bilbainismo de Unamuno le lleva a escribir, hallándose un Viernes Santo en Castilla, esta observación: «Las procesiones de Semana Santa de mi Bilbao de hace más de veinte años son las más solemnes, las más misteriosas, las más hondas que he presenciado ni presenciaré.»

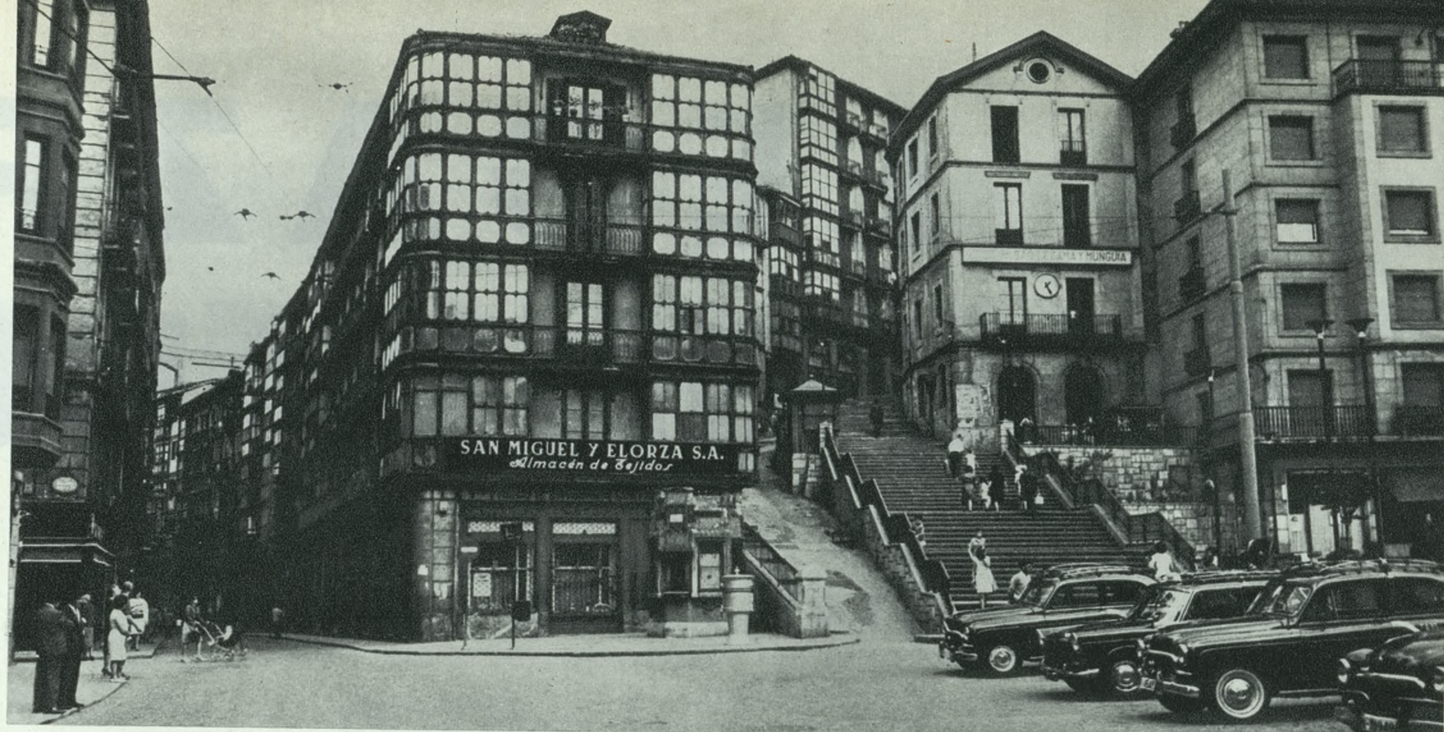
Otra proclamación de bilbainismo fue su afición a la pelota vasca jugada «a mano». Refiriéndose a un partido disputado en Abando entre «Chiquito de Eibar» y Elícegui, de Rentería, contra Baltasar y Mardura, de Azpeitia, se le escapa a don Miguel esta exclamación inconmensurable: «¡Qué tanto aquél! ¡Valía por seis miuras!»...

Unamuno no es solamente bilbaíno; es, además, profundamente, sustancialmente, insobornablemente bilbaíno. Bilbao fue siempre su raíz y su brújula, su centro y su latido, la fuente de su depuración y su reposo:

Siempre que voy en ti a buscarme, nido
de mi niñez, Bilbao, rincón querido...

(1) **Murió setenta y dos años más tarde, el último día de 1936, en Salamanca, y tuvo «noticia intuitiva directa» de su muerte; entregó su alma confortado por los auxilios de la Iglesia católica.**

Curioso emplazamiento de la estación del tren de Bilbao a Lezama y Munguía, en la escalinata que conduce a la basílica de Begoña.



Su Bilbao era el *bocho* sietecallero; un Bilbao pequeño y entrañable, que podía abarcarse de una mirada y apretarse junto al corazón con sólo abrir los brazos: el casco viejo, el Arenal, la basílica del Señor Santiago, San Nicolás, San Antón, la plaza Nueva, Achuri, Begoña... Pasear por el Campo de Volantín era ya una aventura. El mismo escribe que en su infancia, «al jactarse cualquiera de nosotros de haber visto más pueblos que otro de sus compañeros, citaba a Deusto, Portugalete, Alonsótegui, Galdácano, Derio o Arrigorriaga». Era un tiempo en que un paseo al otro lado de la «cordillera de Archanda», a Asúa, «me parecía expedición de novela de Julio Verne». En sus memorias habla de Deusto como de un rincón agreste y lejano, de verano, alejado del bullicio de la villa. «Allí, en la aldea...» Bilbao, el Bilbao de su infancia y mocedad, influyó poderosamente (yo diría que decisivamente) en su vida y en su obra de hombre.

¡Con cuánta emoción recordó siempre Unamuno las pequeñas cosas de su Bilbao nativo!: su ingreso en la Congregación de San Luis Gonzaga, sus lecturas de Balmes y, sobre todo, de Navarro Villoslada, de Goizueta, de Araquistáin, de Trueba, de *La Araucana*, de Ercilla, el de Bermeo...; libros que le dejaban prestados en la Biblioteca de la Santa Casa de Misericordia, instalada entonces «en la plazuela del Instituto, a la entrada de Iturribide».

Se le nota el bilbainismo del *status* social y económico cuando puntualiza que él fue al «colegio» y no a la «escuela», porque «las escuelas eran las *de balde*, las de la villa; por ejemplo, a donde concurrían los chicos de la calle, los que se escapaban a nadar en los Caños, los que nos motejaban de *farolines* y llamaban padre y madre a los suyos, y no como nosotros: papá y mamá». (En el Bilbao de Unamuno los «farolines» llamaban *fot* al pan francés, y una señora era tan cosmopolita que presumía de enviar a sus hijos «a los colegios más extranjeros».) Pero hay que desechar la idea de un Miguel de Unamuno niño empollón.

Su infancia estuvo llena de todas esas cosas mínimas que han constituido los años escolares de todos los niños bilbaínos. Con unos amigos, tiró un gato por una chimenea apagada, hizo el barrabás en la clase y en la calle, aprendió a gritar «¡Que viene el agua!» cuando se aproximaba el alguacil, presenció el desfile de los gigantes y cabezudos, de don Terencio y doña Tomasa, teniendo escondido un alfiler con el que pinchar la vejiga del barrendero que asustaba a los niños con su inmensa cabezota de cartón... Y de vez en cuando jugó también, cómo no, a chico listo. Una vez le dijeron: «Anda, Miguel, di algo.» Y él dijo: «Algo.» En otra ocasión llegó tarde a clase de dibujo y sostuvo con don Antonio, el maestro, el siguiente diálogo:

—¿De dónde vienes?
—De casa.
—¿Por dónde has venido?
—Por el camino.
—Pero ¿cómo has venido?
—Andando.

Recordándolo, dice Unamuno que «eran chispazos, tal vez prematuros, de mi vocación filosófica», y uno se le imagina escribiendo esto con una sonrisa entre rabelesiana y mefistofélica, rompiendo la rigidez hirsuta de su rostro.

En Bilbao aprendió a mirar, a sentir y a escribir; en Bilbao comenzó a filosofar, bajo los arcos de la plaza Nueva; en Bilbao conoció a Trueba, «Antón, el de los cantares»; en Bilbao descubrió—al oír, teniendo seis años, a su padre hablar en francés con monsieur Legorgeu—«el misterio del lenguaje»; en Bilbao se despertó y afianzó su vocación de intelectual y de escritor, su tensión crispada de polemista. En las colecciones de periódicos de la villa quedan, para el curioso, sus asiduas colaboraciones en *El Diario de Bilbao*, en *El Norte*, en *El Noticiero Bilbaíno*, en *El Nervión*—aquí publicó originalmente sus *Recuerdos de niñez y de mocedad*—, en *El Centenario*, en *Ecos literarios*, una revistilla decenal... Aún resuenan también los ecos de las diversas lecturas y conferencias que pronunció en la sociedad «El Sitio».

Aún queda en Bilbao, por quedar, incluso el recuerdo de su hermano Félix, el *Loco*, unos años mayor que Miguel, y que durante tiempo paseó por la villa luciendo en el ojal una inscripción que decía: «*No me hable usted de mi hermano*.» Este don Félix era un tipo pintoresco. Algunos socios del Curding Club le habían convencido de que a veces, al cantar, le «salía» una nota increíblemente alta (el «ga»), que no existía en el pentagrama y que, con su extraordinaria agudeza, rompía los cristales... Miguel de Unamuno tocó ligeramente el tema: «Mis padres, consanguíneos. Y mi hermano, loco. Pero no loco cualquiera. Loco de remate! Y yo más loco todavía.»

En su artículo *En la muerte de Unamuno* dice Ortega y Gasset que don Miguel «fue un gran escritor. Pero conviene decir que era vasco y que su castellano era aprendido... Aun siendo espléndido su castellano, tiene siempre ese carácter de aprendido... De aquí la frecuencia con que Unamuno da espantadas ante los vocablos».

Resultan un tanto asombrosas e irritantes estas palabras de Ortega; hay en ellas mucho, muchísimo y aun demasiado, de un tópico que ingenua y torpemente presupone que de manera general los escritores bilbaínos (incluso los que nunca hemos hablado vascuence, y somos los más: Antonio de Trueba, el propio Unamuno, Ramón de Basterra, Juan Antonio de Zunzunegui, Luis Antonio de Vega, Blas de Otero, etc.) escribimos con un castellano «aprendido». No interesa aquí si la acusación orteguiana encaja o no en Pío Baroja; pero, desde luego, no encaja en Miguel de Unamuno. Lo único que cabe decir es que don Miguel, como bilbaíno, empleó algunos «bilbainismos», y de ahí que de vez en cuando nos asalten, en su densa y extensa obra, palabras como *chimbo*, *sinsorgada*, *bocho*, *arlote*, *jebo*, *chirene*, *sirimiri*, *chocholo*, *cochorro*, etc. Unamuno adoleció en ocasiones, sí, de abrupteces y de incorrecciones literarias y de apresuramientos estilísticos (casi inevitables en un hombre de su idiosincrasia y que además escribía casi siempre «a viva voz»); pero no acabo de ver por ninguna parte esas espantadas que, al decir de Ortega, da don Miguel ante los vocablos. En cualquier caso, esas presuntas «espantadas» serían producidas por aquella condición unamunesca de «escritor de fricción» a la que antes me he referido; pero no por su identidad bilbaína ni porque su castellano fuese «aprendido»...

¿Fue Unamuno un «histrión», como le llamó Curtius?; ¿fue un «excéntrico», como escribió el padre Iriarte?; ¿fue «la figura más grande de la España intelectual contemporánea», como dijo Barja?; ¿fue un «enfermo de mismidad», como le llamó Sender?; ¿fue un «lógico-mágico», como le definió Penagos? ¿O fue «probablemente el español más importante desde Goya», como apuntó Keyserling? ¿Tal vez fue un «enfermo de vanidad», como diagnostica José Luis Abellán en su libro, recientemente aparecido, *Miguel de Unamuno a la luz de la psicología*?

España celebra este año el primer centenario del nacimiento del gran hombre, de este apasionado y apasionante escritor, sabio y universitario, en cuya obra multiforme late, junto a algunos extremismos y «energumenismos» propios de su temperamento, un españolismo intenso, una formidable tensión intelectual y humana y, en definitiva, el testimonio o la visión subjetiva de un alma en carne viva. Con este motivo, la ya abundante bibliografía unamuniana se incrementará estos próximos meses, sin duda, con nuevos títulos, nuevos análisis, nuevas auscultaciones, nuevas interpretaciones, nuevos juicios en avalancha...

No sé cuál será el veredicto final ni qué adjetivo último quedará como vocablo definidor sobre su tumba, sobre su estatua o ante su inmortalidad. Pero, sea cual fuere el veredicto, de una cosa no cabe la menor duda: Miguel de Unamuno fue escritor, un grande, un apasionante escritor; y fue bilbaíno, un fervoroso y apasionado bilbaíno.

«¡Bilbao querido! A ti, como a su norte, se vuelve, cuando se posa en tierra, mi corazón. Tú, tú me lo has hecho. ¡Cuántas veces, abrazándote en una sola mirada desde las alturas de Archanda, acurrucada en el fondo de tu valle, agarrada a tu ría madre; cuántas veces, al contemplarte así, no he sentido que se abrían las fuentes de mi niñez e inundaban desde ellas mi alma aguas de eternización y de reposo.»

Otros con más autoridad que yo definirán, elogiarán, discutirán o condenarán su genialidad o su ortodoxia, su estilo literario o su corrección expresiva, su «quijotismo» o su locura, su obsesión de «mismidad» o la razón o sinrazón de algunas de sus polémicas, el extremismo o la mesura de sus razonamientos más subjetivos. Aquí y ahora me corresponde solamente subrayar un dato cierto y requetecierto: Miguel de Unamuno y Jugo fue, desde el fondo del alma, escritor y bilbaíno.

Esto no hay quien lo mueva.

L. DE C.

(Reportaje gráfico de Eurofoto.)

LEGAZPI, FUNDADOR

Por

BLAS PIÑAR

Monumento a Legazpi y Urdaneta, en Manila.



CUANDO llegué a Manila, en 1958, cumplía un sueño de mi infancia. Algo vital, poderoso, inconsciente, casi instintivo, me urgía a conocer la ciudad y, desde ella, a perderme en la frondosa constelación de las Filipinas.

Aquella noche de los primeros días de diciembre un grupo de amigos me acompañó a cenar. Me pidieron que les hablase. Ellos esperaban, sin duda, que el recuerdo de España rezumara en mi breve discurso. Pero yo les hablé de Manila: de sus calles de Intramuros, destruidas en la última guerra; de su historia apasionante, que pronto cumplirá los cuatro siglos; de su belleza reposada, a orillas del océano. Y terminé con unos versos dulces y suaves de Pacífico Victoriano que me sabía de memoria:

¡Oh Manila! En la corola
de un casto lirio nacida,
gentil princesa dormida
sobre la espuma del mar...

Estaba, al fin, en Manila, la ciudad de don Miguel López de Legazpi, el vasco austero, ponderado y ecuánime, que dejó la caricia de sus prados nativos para empeñarse, como tantos españoles de su tiempo, en la empresa hispánica, aún no del todo concluida.

En 1545 encontramos a Legazpi en México, como escribano mayor del cabildo. En 1564 Legazpi zarpó del puerto mexicano de Navidad. Le acompañaba Andrés de Urdaneta, el agustino, y le seguían cuatrocientos hombres, embarcados en cuatro naves, llamadas *San Pedro, San Pablo, San Juan* y *San Lucas*. Así, la navegación comenzaba afirmando, con tales apostólicas invocaciones, el fin esencialmente cristiano de la difícil y emocionante aventura, y así también Legazpi cambiaba la pluma por la espada, el contorno estrecho y prosaico de las resoluciones municipales, que otros tomaban y él transcribía, por el amplio horizonte de un mundo lejano y apenas conocido, para rehacerlo y moldearlo por sí mismo a imagen y semejanza del suyo.

Yo me he imaginado muchas veces los ojos de Legazpi. Irían de sorpresa en sorpresa, admirando la belleza tropical de los parajes, los conos desnudos de las montañas lamidas por el fuego, la bruñida tersura de los lagos transparentes y quietos, el vaho caliginoso de las nubes bajas, mezclado con el hervidero de una vegetación espesa, erizada de cocoteros y bambúes y pisada por la lenta, armoniosa y rítmica marcha de los carabaos.

Guam, Samar, Leyte, Limasawa, Camiguin, Bohol, Dapitan, Cebú, Panay, Luzón. He aquí el rosario de nombres que Legazpi iría anotando conforme avistaba las islas y desembarcaba en ellas, en su precioso diario de navegación. Todo el itinerario tiene, por debajo de los episodios y anécdotas de la toma de posesión y de los cambios de obsequios, un halo de teología. Con ese halo, Fernández Lumba lo recuerda cuando escribe:

No en vano con tus naves cargadas de nobleza,
de toda la ilusión que Iberia pudo dar,
venciste los desmanes del mar y su fiereza,
trayendo con tu espada la cruz y la verdad.

En Bohol iba a consumarse el pacto de hermandad. Ese pacto era algo así como una fraternidad adoptiva y, conforme al rito tradicional y autóctono, se verificaba por el intercambio y la comunicación de la sangre. Sikatuna, el rajá de Bohol, y Legazpi, el adelantado de España, hicieron el pacto. Al comunicar sus sangres, bebiéndolas mezcladas, de un mismo vaso, fundieron sus almas. Porque, como dice el texto bíblico, la sangre es el asiento del espíritu.

Jesús Balmori ha sentido y expresado como pocos esta llamada y atadura de la sangre:

Soy un bardo indio hispano. En mi pecho [cristiano
mi corazón es oro donde mezclada está
la sangre de Legazpi, el capitán hispano,
con la sangre tagala de la hija del rajá.
Si Filipinas hoy, rotas ya sus cadenas,
quisiera aparecer ante su historia sola,
... ...
se tendría que abrir nuevamente las venas
y arrancar de sus venas esa sangre española.

El 27 de abril de 1565 los barcos de Legazpi llegaron a Cebú, en las Bisayas. El rajá Tupas, jefe del pequeño reino o *barangay*, le recibió con hostilidad, y se entabló una lucha, en la que vencieron los españoles y huyeron al interior los cebuanos. Pero la paz se hizo pronto. Uno de los soldados, Juan Camus, encontró en una de las casas de nipa del *barangay* una imagen del Niño Jesús. Legazpi se arrodilló ante ella y pidió al Divino Infante protección y ayuda. El 4 de junio los cebuanos y los españoles formalizaron con alegría su alianza.

¿De dónde había llegado esa imagen del Niño Jesús? Para explicarlo hay que volver un poco hacia atrás, al año 1521, cuando el descubrimiento de Fernando de Magallanes. Entonces, Humabón, jefe del *barangay* cebuano y predecesor de Tupas, había sido bautizado por el padre Valderrama, el capellán de Magallanes, y, en recuerdo del emperador, se le impuso el nombre de Carlos. Con el rey recibió el bautismo su esposa, la reina, que cambió su nombre indígena por el de Juana y recibió de don Fernando, co-

DE FILIPINAS

mo presente, la pequeña imagen que años después había de encontrar uno de los hombres de Legazpi.

Legazpi constituyó en Cebú, no obstante su larga visita a Panay y las expediciones contra Mindoro, su cuartel general. El rajá Tupas se hizo cristiano y se le impuso el nombre de Felipe, siendo el propio adelantado su padrino. Los frailes de la expedición predicaban sin tregua. Una sobrina del rajá no sólo se bautizó, sino que casó con uno de los marineros. Había comenzado el mestizaje y, en serio, la obra de colonización. Llegaron cincuenta matrimonios españoles, y se fundó, el 1 de enero de 1571, la ciudad de Cebú, con el nombre de Villa del Santo Niño y con todos los privilegios, derechos y organización de una ciudad española.

Pero no era bastante. Luzón era el objetivo de Legazpi, y hacia Luzón marcharon españoles y filipinos. Fragatas y *paraos* salieron de Panay el 20 de abril de 1571, y a mediados de marzo llegaron a Cavite. Estaban a la vista de Manila, aglomerado de cabañas lacustres, levantadas en las orillas del Pasig. Gobernaban allí tres reyezuelos—Solimán, Matandá y Lakandula—, que, después de indecisiones y querellas, acabaron entendiéndose con Legazpi. Solimán cedió a los españoles una porción de sus dominios, en la desembocadura del río, para que se estableciesen.

En ese mismo lugar Legazpi, el 24 de junio de 1571, fundó la ciudad de Manila, conservando su nombre indígena, May Nilad, que alude a la profusión de índigo que había en los contornos. Manila fue declarada la capital de los establecimientos españoles en el archipiélago, los cuales eran conocidos como reino de Nueva Castilla.

La fundación de Manila, con sus murallas, sus siete puertas, sus ciento cincuenta casas originales, su ayuntamiento, sus cuarteles y sus iglesias, marca el hito creador de un país nuevo. Legazpi, gobernador y capitán general de las islas, es realmente el padre de la nación filipina. Su presencia y su genio pacificador dieron perfil y carácter definitivo a un pueblo que por entonces estuvo a punto de ser dominado o al menos esencialmente influenciado por China, que en la época del emperador Ming, Yung-Lo había incluso enviado como gobernador del archipiélago a Ko-Cha'a-lao, y por los mahometanos, que, con una fuerza expansiva y proselitista enorme, se habían extendido por casi todas las islas, llegando hasta las riberas del Pasig, donde España, en sus antípodas, como si la

Mapa de Luzón, de Murillo Velarde (1734).





Topografía de Manila
en tiempos
del gobernador
don Fernando Valdés.

reconquista peninsular continuase, volvió a encontrarlos y a someterlos.

Desde la capital, expediciones militares hispano-filipinas recorrieron y pacificaron Luzón y fundaron nuevas ciudades, como la de Fernandina, en Ilocos Sur.

Comenzó una era de convivencia, de entendimiento y de mestizaje físico y, sobre todo, espiritual. La economía, el comercio, la enseñanza, adquirieron un ritmo trepidante. España se volcó en Filipinas. No explotó el país con una visión colonialista, sino que lo aupó y lo conformó con una eficaz política colonizadora. Anualmente, la metrópoli, a través del famoso galeón de Acapulco, contribuía con cerca de trescientos mil pesos a la puesta en marcha de las islas. La religión cristiana era abrazada con fervor. Se respetaron las costumbres y los modos de vivir de los indígenas, pero se suprimieron y desenraizaron la poligamia y la esclavitud. Los españoles y los filipinos estaban sujetos a los mismos tribunales de justicia, pero eran mayores las penas que sancionaban los delitos de aquéllos contra las gentes del país que los cometidos entre españoles.

Nueva Castilla acabó llamándose Filipinas. Era el nombre que Villalobos, jefe de una de las expediciones que siguieron a la de Magallanes, dio a Samar o a Leyte, y que al fin, y en honor de Felipe II, aplicó Legazpi a todo el archipiélago.

Legazpi murió en Manila, en mayo del año 1572. Un ataque de apoplejía nubló sus ojos, llenos de luz y de amor. Fue enterrado en la iglesia de San Agustín, construida por un pariente de Herrera, el arquitecto de El Escorial. Allí yacen y se veneran a diario sus cenizas. Es la única iglesia de la antigua Manila que subsiste después de la destrucción brutal de la última contienda. Parece que el espíritu recio y varonil de Legazpi se hubiera empecinado en mantenerla en pie, como un signo de la España amiga.

Junto a los muros de San Agustín cayeron fusilados españoles, mestizos y tagalos, víctimas de la barbarie y del odio. Yo he visitado el lugar y lo he recorrido con emoción. Dentro de la iglesia me arrodillé ante la tumba de Legazpi, el cristiano, el español, el héroe, y recé por él y por su obra, y por todos sus camaradas, por los que, en el curso de más de trescientos años, contribuyeron de uno u otro modo a forjar la nación filipina.

B. P.



Vista parcial de Manila,
con la Universidad
de Santo Tomás
en primer término.

Frontis del templete de juras y aspecto de la plaza Mayor.

guernica ›

PAZ

Exterior del frontón.

guernica

8.248 HABITANTES Y EL MEJOR FRONTON DEL MUNDO

salvando la ría de Guernica, se llega a esta villa foral y juradera. Guernica y Luno, con 8.248 habitantes, sigue siendo relicario de las tradiciones vizcaínas en su Museo Histórico de la Casa de Juntas. Un pueblo claro y limpio.

Diríase que en Guernica no hay arrabales. Un pueblo hecho en piedra y regado de asfalto. El Ayuntamiento tiene una bella torre, donde se ha conseguido imitar con gracia modos tradicionales. Veleta y reloj de rejería. Guardias uniformados un poco a la americana regulan el no escaso tráfico. La plaza principal tiene muchas flores y un apoteósico sauce que llora sobre el canto de una fuente. A la Casa de Juntas se sube por espaciosas escalinatas antiguas. Verja, bandera y jardín. La Sala de Juntas es un bello lugar con altar, iconografía egregia e inscripciones que recuerdan fechas y juramentos de los monarcas españoles a través de la historia. Al otro lado de la Casa, en el jardín, está el árbol simbólico. Más al fondo, el tronco seco del verdadero árbol milenario y juradero, entre columnas. En el jardín hay una hermosa reproducción de la centenaria Cruz de Durango. El turismo nacional e internacional pasa constantemente por aquí.

Bajando de la Casa de Juntas, frontispicios con escudos y la iglesia parroquial. Guernica es lugar arbolado y con un alegre parque infantil. Los domingos y días de fiesta llegan gentes de toda la región. Almuerzan en cualquiera de los acreditados restaurantes de Guernica, donde suele brotar, a los postres, una tonada vasca. Luego, todo el mundo se congrega en el frontón Jai-Alai, considerado como el mejor del mundo. Porque Guernica es, entre otras cosas, santuario del deporte secular vasco. En Jai-Alai se juega a la cesta-punta con virtuosismo y fervor. Un público atento y correctísimo sigue las actuaciones de Alex—joven revelación—o del veterano Churruca, estallando de vez en cuando en una salva de aplausos. Araquistáin, Aramburu, Ortuondo I, Arrarte II, etc., son, con los anteriormente citados, los ases que triunfan puntualmente en la temporada de los Estados Unidos, y luego, durante el verano, juegan en Guernica, en Durango, en Marquina...

Tras la fiesta de la pelota, Guernica se puebla de la invasión plácida de las gentes, a la sombra de las torres de la iglesia y de la Casa de Juntas, que presiden las horas lentas y laboriosas de este rincón vizcaíno.



Angulo de la plaza Nueva.



Reproducción de la Cruz de Durango.



Ayuntamiento de Guernica y Luno.

guernica

La Casa de Juntas
preside la vida próspera
y recoleta
de la villa
de los fueros
vizcaínos.

Vista parcial
de Guernica





Tronco del árbol
milenario ante
el que se
juraban tradicio-
nalmente los
Fueros de Vizcaya



El templete
juradero cobijado
por el árbol
simbólico de
Guernica



Interior de la casa de Legazpi

zumárraga

Plaza de España, con el monumento al conquistador de las Filipinas



La casa fuerte de Legazpi.

La casa de Legazpi será sede del I. de C. H. y Museo de Filipinas



Vista general de Zumárraga.

en siete años la villa ha doblado su población

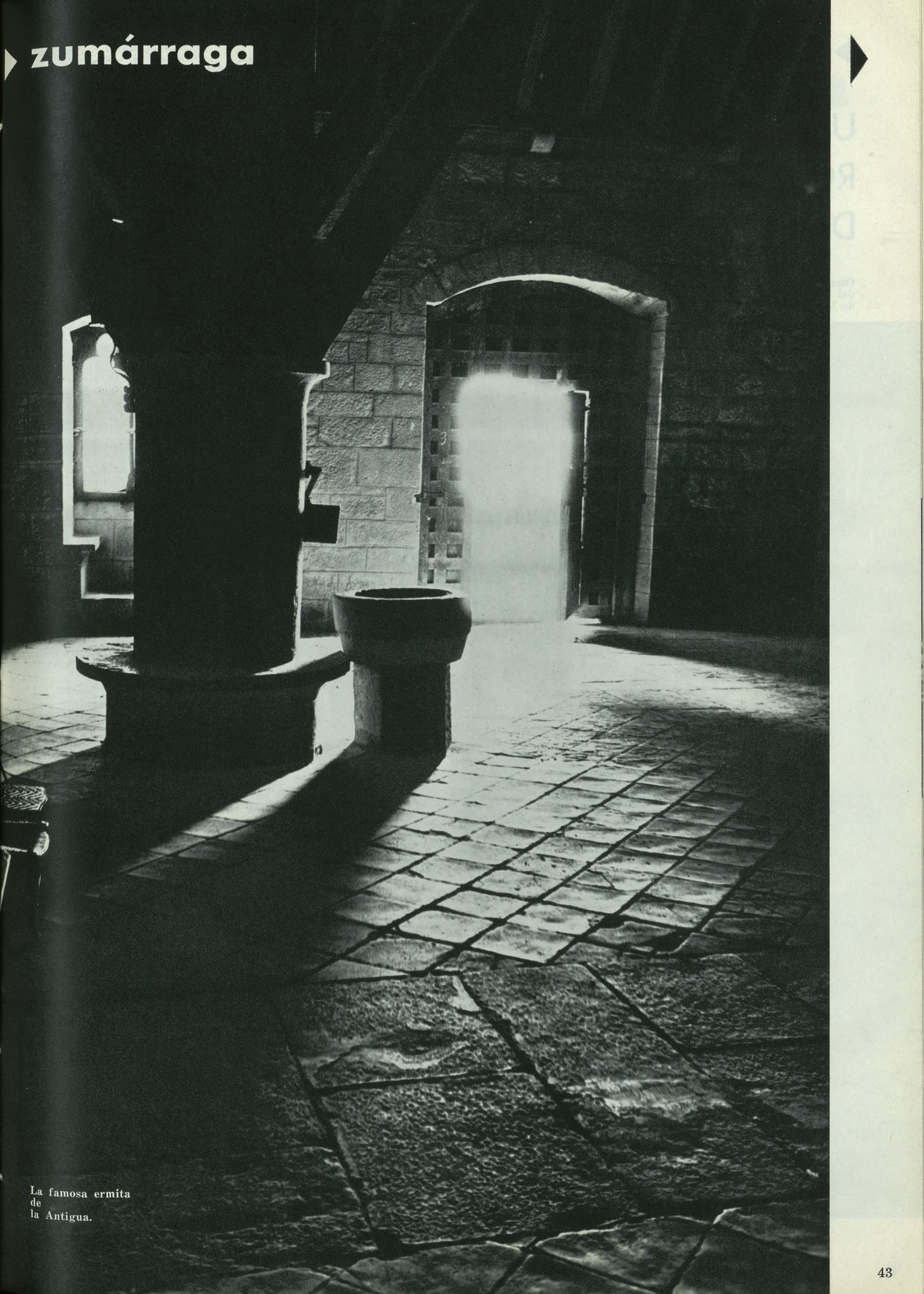
Escudo de los Arriarán, en la casa de Legazpi.

La villa guipuzcoana de Zumárraga, con el monte a un lado y el río y el ferrocarril a otro, es un rincón tranquilo y noble, al que se llega de golpe, en una vuelta del camino, viajando las verticales geografías del País Vasco. En su plaza de España, cuadrada y espaciosa, la estatua de don Miguel López de Legazpi, por Aniceto Marinas. Un metal verde que brilla al sol. La general industrialización de la comarca acaba de llegar a Zumárraga.

Y, atraídas por la industria, gentes de Extremadura, de Galicia, de Andalucía, de Navarra... «Tenemos ya más vecinos de fuera que de aquí», nos decía el alcalde de Zumárraga. En el pueblo han nacido forjas y fundiciones. La agricultura es escasa. La milicia verdeante de los pinos desciende sus batallones por las altas laderas que rodean el pueblo. Aquí, allá, cerca y lejos, los caseríos. Zumárraga ha doblado su población en siete años. Nueve mil doscientos habitantes, de hecho.

Con el advenimiento de la industria pesada y la metalurgia, el pueblo ha renovado sus inquietudes culturales. Gestiona el buen suministro de agua y la atención a la enseñanza. El pantano es la grande y refrescante esperanza de Zumárraga. «Pero se trata de un proyecto muy caro.» En las fiestas patronales de la Virgen de la Antigua, las milenarias danzas vascas de los nativos tienen ya un alrededor de folklore andaluz, gallego o castellano. Con sus manos laboriosas, los recién llegados se han traído su música y su nostalgia. Todo ocurre ante la ermita de la Antigua, allá en su colina arbolada. Una explanada donde florecieron ritos paganos bajo lunas anteriores a Grecia y a Roma. La ermita tiene una asombrosa construcción interior de madera y es monumento nacional.

En la casa de los Legazpi se va a instalar la delegación local del Instituto de Cultura Hispánica y el Museo de Filipinas. Legazpia, Villarreal y Zumárraga son pueblos hermanos, paredaños entre sí, con problemas comunes y vidas paralelas. Suman un total de 30.000 habitantes. Cuando, en un plazo de diez o quince años, haya llegado a su pleno desarrollo el plan comarcal, estas treinta mil almas serán ya sesenta mil. En los comercios de la plaza de España se leen rótulos y apellidos tan obstinadamente vascos como Urdangarin. Sobre los tejados, alguna antena de televisión. Y más allá, contra el cielo, en lo alto del monte, una cruz. Junto al soportal dormitan automóviles con matrícula de San Sebastián. En un extremo de la plaza, una gran piedra con barra de hierro,



La famosa ermita
de
la Antigua.

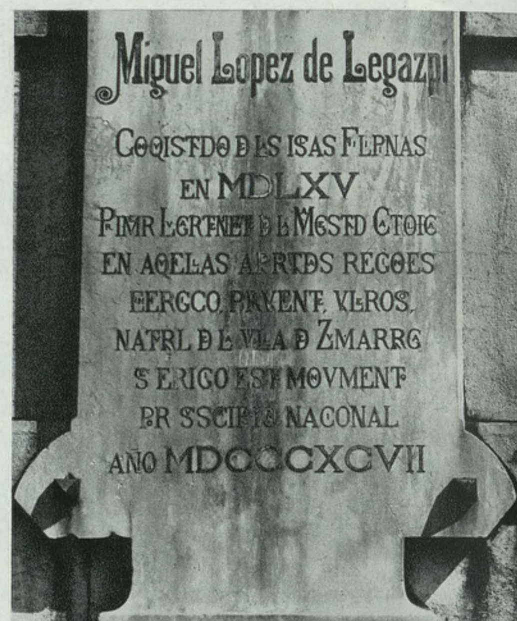
▶ zumárraga

UN CASERIO SECULAR RODEADO DE FABRICAS TREPIDANTES

Otro aspecto del interior de la Antigua.



El monumento a Legazpi, en la plaza de España.



donde antaño se sujetaba el ganado y hoy se apoyan bicicletas.

Hay un balcón ahogado de tiestos. El Ayuntamiento tiene un gran reloj perpendicular a la fachada. Un reloj como de estación. La ermita de la Antigua la cuida un casero que tiene ovejas y hospitalaria cerveza fresca para el visitante que sube hasta allí, a pie o en coche, por la carretera en espiral.

El apellido del mayorazgo de Legazpi —nos cuentan—desapareció pronto de Zumárraga. El escudo que aparece sobre la puerta de la casa es el de los Arriarán. La torre ha sido lar de labriegos durante mucho tiempo. A su espalda está el río Urola, cuyo curso fue desviado hace cien años para instalar el tendido del ferrocarril. El edificio ha estado varias veces en peligro de desaparecer. Es una construcción rojiza que hoy rodean fábricas trepidantes. Tiene en torno un reciente jardincillo. A sus ventanas traseras se asoman los montes lejanos y la luz sutil, como el revés del oro o de la plata, que baña siempre estos cielos indecisos del Norte.

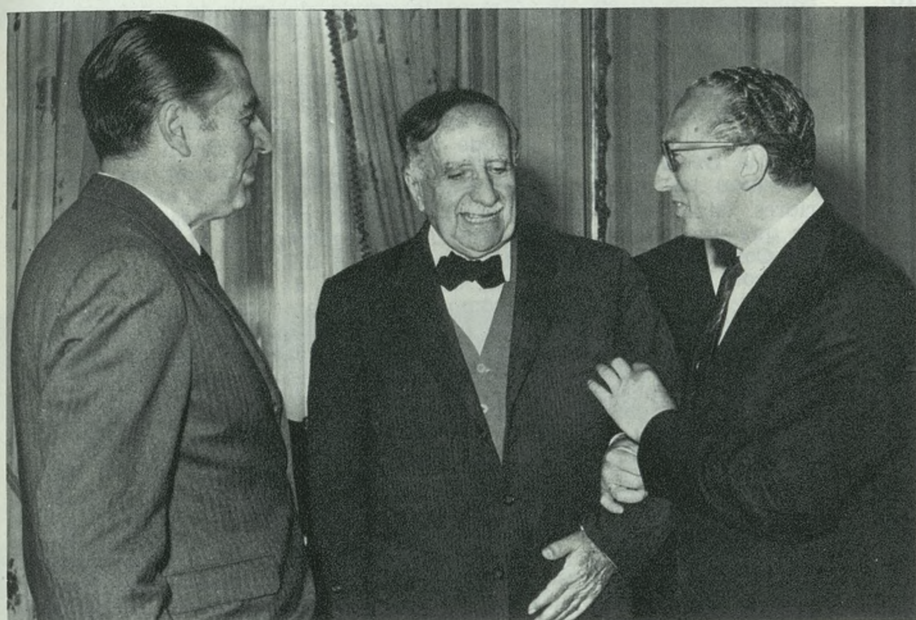
Zumárraga es un pueblo limpio y ordenado. El asfalto entró en él hace tiempo, como en todos los de la región. Entre las seis y las siete de la tarde, un turno de obreros abandona las fábricas. Por allá abajo corre el tren, camino de San Sebastián. Al atardecer, se recorta en los montes la luz que el fervor popular mantiene encendida en las dos cruces que presiden el paisaje. A la puerta de la ermita de la Antigua los niños juegan y ríen. Luego, con la anochecida, descienden hacia el pueblo cogidos de la mano. Cantando.

F. ALEJANDRO

Crónica de un viaje

Por ISMAEL MEDINA

iberoamérica y españa tienen un lenguaje común: LA JUSTICIA SOCIAL



El Presidente del Perú, don Fernando Belaúnde Terry, con el hispanista doctor Víctor Andrés Belaúnde y el ministro español de Trabajo, don Jesús Romeo Gorría.



Los ministros de Trabajo de España y Perú, señores Romeo y Cussianovich, firman los acuerdos de seguridad social. Se halla presente el embajador español, señor Sanz Briz.

JESUS ROMEO HA LLEVADO A IBEROAMERICA EL SENTIMIENTO SOLIDARIO DEL PUEBLO ESPAÑOL Y EL OFRECIMIENTO DE AYUDA DE SU GOBIERNO

Crónica de un viaje

A lo largo de un periplo le 46.000 kilómetros he acompañado al ministro de Trabajo, don Jesús Romeo Gorría. Entre el 20 de julio y el 16 de agosto, he convivido junto a él la feliz peripecia de su primera experiencia americana. Cuando en el aeropuerto internacional de Lima-Callao le asediaron los periodistas peruanos, comenzó su declaración con unas palabras que significaban toda una justificación para el viaje: «Se dice con frecuencia en mi patria que un español no es completo hasta que no ha estado en Iberoamérica.» Al regresar a Madrid hubiera podido responder que un hombre con auténtica vocación social nunca tendrá una visión completa de la responsabilidad y el alcance de su misión hasta que no haya penetrado en la pasión del futuro que remueve el alma de los pueblos de Iberoamérica.

En Washington, un colega norteamericano, obsesionado por la proximidad de las elecciones chilenas, quiso indagar mi opinión sobre el posible desenlace, después de mi reciente estancia en Santiago. «¿Ganará Frei o ganará Allende?», me preguntó. «Ganará aquel que para el pueblo chileno represente una más segura garantía de una solución social de auténtico contenido nacional», le respondí. Esta es en realidad la gran cuestión de Iberoamérica: la instauración de un orden social justo y estable. Quienes traten de explicarse el vital y formidable problema que hace vibrar a Iberoamérica desde el Caribe al cabo de Hornos, a través de los esquemas especulativos de acuñación europea o norteamericana, se equivocará siempre y acabará por no entender nada. Yo tengo la certeza de que Iberoamérica, más tarde o más temprano, deslumbrará al mundo con un milagro de resurrección, increíble para quienes cuadriculan su visión del futuro en silogismos cartesianos, en elaboraciones utilitarias calvinistas o en credenciales dogmáticas de materialismo histórico. Ciertamente, el milagro iberoamericano jamás podrá parecerse al milagro alemán, al italiano, al israelí ni a ninguno de los milagros alzados sobre el juego aséptico de los mecanismos económicos, crecidos sobre la servidumbre del hombre a los imperativos técnicos y a la dictadura de los intereses circunstanciales. El milagro iberoamericano será como una formidable explosión, de la que, en principio, los espíritus cautelosos no acertarán a descifrar si conduce a la salvación o a la ruina definitivas. Una cosa es cierta, sin embargo. Esa explosión que decidirá el destino histórico colectivo de Iberoamérica ha comenzado ya.

¿Lo ha entendido así el ministro de Trabajo español? La respuesta dada a su regreso a Madrid, en el curso de una entrevista concedida a la revista *SP*, ha sido clara: «Creo que se equivocan quienes enjuician la situación iberoamericana atraídos por las manifestaciones políticas externas en que la inquietud y el ansia de futuro de nuestros pueblos se exterioriza. El problema de Iberoamérica es fundamentalmente un problema social, que, pese a la riqueza de matices y a las peculiaridades con que se materializa en cada país, ofrece al observador unas constantes comunes. La identidad de actitud ante la vida de todos los pueblos iberoamericanos, surgida de la verdad incuestionable de un formidable y positivo mestizaje de culturas y de sangre, hace que todos y cada uno de ellos, con indiferencia respecto de la propia peculiaridad geopolítica, hagan frente a una problemática social en cierta manera homogénea y que inexorable y fatalmente hayan de coincidir, cuando son fieles a su propia esencia nacional, en el hallazgo de las soluciones. Por eso creo que, en el terreno de las soluciones sociales, los pueblos iberoamericanos han de encontrar las razones de una comunidad activa y dinámica que les sitúe, con personalidad propia y fuerte capacidad resolutiva, en la línea de la decisión histórica del mundo.»

Apenas llegado a Lima, primera etapa de su viaje, Jesús Romeo Gorría señaló de manera inequívoca la base dialéctica sobre la que estaba dispuesto a entablar el diálogo: «No se fragua la convivencia en un estatismo del pasado, sino en una dinámica del porvenir.» El pasado es, ciertamente, una razón importante para entenderse. Pero no es la nostalgia del pasado lo que mueve a los pueblos para unirse en empresas de protagonismo histórico. Importa menos en este instante decisivo del mundo—explicaría el ministro de Trabajo español—lo que un día hiciéramos juntos que lo que estamos dispuestos a hacer juntos en el porvenir.

¿Qué pueden hacer juntos los pueblos español e iberoamericanos de cara al futuro de la humanidad? En la respuesta a este interrogante está la clave del viaje del ministro de Trabajo de España e incluso el éxito que a su gestión le han atribuido los observadores políticos de muchos países. Después de haber asistido a casi cuatro semanas de intensa, directa y abierta convivencia de la misión social española, encabezada por Jesús Romeo, con hombres de los más diversos sectores de los países visitados, yo me atrevo a formular un presagio: la comunidad iberoamericana—que, como alguien ha dicho, forma una cruz gigantesca, cuyos brazos van de Filipinas a la Península Ibérica y su vástago desde la Tierra del Fuego a México—está en condiciones de crear una solución social e ideológica distinta y original a los problemas del mundo en que la humanidad se asfixia. El parto no será fácil. Puede resultar que incluso la alborada nos llegue con tintes dramáticos antes de alzarse sobre el horizonte abierto de una común esperanza. Pero una cosa es cierta: la marcha ha comenzado y no habrá fuerza capaz de detenerla.

La crónica de un viaje por Iberoamérica, y, más todavía, la crónica del viaje de un ministro de Trabajo, está inevitablemente aquejada de subjetivismo. El encuentro y el descubrimiento de Iberoamérica y de la pasión que hierve en sus entrañas puede producir a un periodista español cualquier clase de sentimientos, menos el de la indiferencia. Es posible que colegas de otras latitudes geográficas y espirituales puedan sentirse notarios objetivos, con todo lo que de relativo tiene la objetividad, ante el fantástico despliegue de Iberoamérica. El periodista español, no. El español siente de inmediato la necesidad de tomar partido apasionadamente, de la misma forma a como lo toma el periodista de allá que viene a nuestro solar ibérico. Al periodista español le ocurre lo mismo que al ministro de Trabajo al que acompañó: que cuando en Lima, en la sencilla Casa Central de Cooperación Popular, le pasan una película en la que se describe la situación de los indios del Ande y su grave y alegre esfuerzo comunitario por saltar de la miseria a la esperanza, se subleva, se angustia y se emociona. Siente todo aquello que desfila sobre la pantalla como algo que afecta directamente a su propia sangre y sueña empresas revolucionarias que no le son ajenas. Siente que aquel cholo que aguarda en el zaguán, con sus ropajes exóticos y una demanda de justicia social en su mirada antigua, es un hermano, es un camarada de lucha, es un hombre con cuya suerte se es irremediablemente solidario.

«No hemos venido a ampliar nuestro mercado. Nuestra visita no tiene fines comerciales», dijo Jesús Romeo a un periodista limeño que le interpelaba en una conferencia de prensa. ¿A qué iba entonces el ministro de Trabajo español? «La promoción social—explicaba al referirse a la acción de su Departamento en otra ocasión—constituye lo que pudiéramos llamar el nuevo frente de la política social española, dirigida a romper las viejas fórmulas y a sobreponerse a la secuela de todo lo pasado.» La razón del viaje era sólo ésa: explicar los afanes que mueven al pueblo español para consolidar un orden social justo, describir las realizaciones logradas en ese caminar hacia nuevos frentes de la política social, conocer lo que en esa misma línea de conquista de la justicia social piensan y alcanzan los pueblos iberoamericanos, intercambiar experiencias, profundizar en un mutuo conocimiento y, en fin, ofrecer la ayuda del mundo del trabajo español, si era requerida o necesaria, hasta el límite mismo en que la realidad de España la haga posible.

Seis días de permanencia en Perú dieron como resultado la firma de un Convenio de Cooperación Social y de dos acuerdos: uno sobre seguridad social y otro sobre ayuda técnica. Cinco días de permanencia en Chile, en pleno período preelectoral, se cerraron con la firma de una Declaración Conjunta sobre Cooperación Social, en la que se sentaban los principios que podrán servir de base a acuerdos posteriores. Cinco días en Venezuela sirvieron para precisar los términos en que una misión oficial venezolana negociará en Madrid este otoño un Convenio de Cooperación Social. Seis días en Brasil se clausuraron con la firma solemne de un Convenio de Cooperación Social. Un día en Washington tuvo como resultado una Declaración Conjunta con la O. E. A., en la que se afirmaban los términos de una decidida participación de España en los proyectos de ayuda técnica de la Organización de Estados Americanos a los países de Iberoamérica. Puede sorprender a observadores ajenos que todo ello se logre en el espacio de poco más de tres semanas, sin que hayan existido negociaciones previas de ninguna índole, cuando acuerdos de menor entidad con otros países fuera de nuestra comunidad han llevado meses de elaboración. Pero a ustedes y a mí todo esto nos parece la cosa más natural del mundo, incluso cuando se estudia el texto de los convenios y se descubre en ellos, al igual que en las declaraciones, una rigurosa precisión y perfección técnicas. La respuesta la encontramos en otro pasaje de unas declaraciones de Jesús Romeo: «Ninguno hemos tenido jamás que esforzarnos para entendernos. Hablamos el mismo lenguaje. Quiero decir que participamos todos de una misma actitud ante los problemas sociales de nuestra época. Puedo asegurar que nunca me he sentido extraño ante las cuestiones que se planteaban en el diálogo ni ante las realizaciones sociales que me fueron mostradas... El encuentro entre nuestros pueblos no puede ni debe hacer tanto de lo que antes hemos hecho juntos sino de la capacidad que tengamos para hacer algo juntos en el futuro. En definitiva, para, por medio de una política social coordinada, defender, consolidar y ampliar algo que es consustancial a la manera de ser de los pueblos iberoamericanos: la libertad y la dignidad del hombre, en el seno de una comunidad estable.»

Desde que el viejo, admirado y siempre juvenil Víctor Andrés Belaúnde nos explicó en el palacio del Gobierno de Lima, después de una comida ofrecida por el Presidente de la República, como el plural ensucia las grandes palabras (ensayen el distinto significado singular y plural de Dios, amor, honor...), le he tomado gusto a decir el Ande, como los hombres sufridos que lo habitan, en vez de los Andes. El Ande es uno, increíble y fantástico. Entenderlo así, en su entereza de espina dorsal de Iberoamérica, significa comprender el continente como una unidad, como un cuerpo enterizo, en el que cada uno de sus países es un órgano con función propia, sí, pero que carece de significado y de valor positivo aislado de los otros.

La visión del Ande presta al español, de pronto, con violencia inusitada, un entendimiento distinto y distante de las andanzas aprendidas en la escuela de aquellos españoles del XVI, a los que alguien (y ahora lo entiendo) ha llamado los semidioses. Y, al propio tiempo, una comprensión también distinta de aquella civilización incaica que hizo del Ande inaccesible el solar familiar de una sociedad desarrollada. Y hasta estoy por decir que próxima, en su más íntima encarnadura espiritual, a los valores ancestrales del ibero que en el español han permanecido por encima de todas las mezclas y admisiones culturales. Por los caminos de Iberoamérica me ha asaltado más de una vez la sospecha de si la afinidad de nuestros pueblos, evidenciada lo mismo en el amor que en el repudio, no va acaso más allá del entronque que representó la singular manera de «estar» los españoles desde el primer momento en la tierra nueva.

Al hablar de estas cosas, en la amable noche de Santiago de Chile, a la que el fabuloso despliegue de colgaduras electorales pres-



El Presidente de Chile, don Jorge Alessandri, recibió al señor Romeo Gorría en presencia del ministro chileno de Trabajo, don Miguel Schweitzer, y del embajador español, don Tomás Súñer Ferrer.



En el jardín de la Embajada de España en Caracas, de izquierda a derecha: el director general venezolano de Trabajo; el director general español de Previsión; la señora de Lares Martínez; la embajadora, señora de Vega Guerra; el ministro venezolano de Trabajo, señor Lares Martínez; el señor Romeo Gorría; la esposa del subsecretario venezolano de Trabajo; el embajador de España, señor Vega Guerra; la esposa del director general de Trabajo; el subsecretario venezolano de dicho Departamento; el director general de Asuntos Consulares, señor García La Higuera, y el secretario general técnico del Ministerio español de Trabajo.

taba un aire más de fiesta que de lucha, un amigo chileno me explicaba mientras paseábamos la Alameda de los cafés de la inacabable tertulia hispánica: «Pero, viejo: usted no comprende lo que era pasar el Ande con tanta chatarra encima y sin que todavía estuviera inventada la aspirina.» Y yo pensaba, mientras contemplaba los retratos de Frei y de Allende, multiplicados hasta el infinito sobre los postes, las farolas y los cables, con el subrayado común de los colores chilenos, que el destino de Iberoamérica reside hoy en trascender el Ande de una revolución inevitable, con la misma fe fabulosa de aquellos hombres de la chatarra y la falta de aspirina, pero servida con la segura impedimenta de los recursos técnicos que el progreso ha puesto en las manos del hombre. Y recordaba a mi amigo las palabras de Jesús Romeo en la Universidad Católica de Santiago aquella misma tarde: «Un interés común tiene que enlazar los intereses individuales. Nos importa intercambiar nuestros productos, mezclar nuestras culturas, cubrir nuestras respectivas necesidades, asistirnos nacional e internacionalmente en una defensa mutua, eficaz y recíproca. Así nacerán los nuevos y renovados sentimientos de comunidad. Así resplandecerá la unidad comunitaria, que para nosotros nos debe resultar más sencilla que para nadie, porque los demás tendrán que elaborar una historia común, y, en cambio, entre nosotros el esfuerzo sólo radicará en no interrumpirla. Recreemos el mundo. El mundo que puede ser entre nuestros brazos, para servirlo, si es preciso, con nuestro sacrificio, y para subyugarlo, si es posible, con nuestra espiritualidad.»

Los brasileños, confiados en el providencialismo de su raíz ibérica, suelen decir que mientras ellos duermen el Brasil crece. ¡Vaya si crece! Crece, como toda Iberoamérica, con una potencia fantástica e increíble. Crece en oleaje incesante. Pero en ese fabuloso crecimiento se genera, al tiempo, el dramático problema social de los pueblos que se desparraman por los costillares, unas veces exuberantes y otras rudos, del Ande. Tenemos que recrear el mundo. Nuestro mundo. Esa es la búsqueda que sobresalta a Iberoamérica. Pero ¿cómo?

Una primera respuesta podemos hallarla en estas palabras del ministro de Trabajo español, que bien pudiera haber dicho cualquiera de los hombres que hallamos en nuestro camino: «Nacidos en este siglo, disciplinados por la dificultad, orgullosos de una vieja herencia, ahora que nuestras generaciones asumen la misión histórica que tienen asignada, juntos podemos, aunque nuestros medios no sean cuantiosos, sostener en el mundo la creencia de que los derechos del hombre derivan de Dios, y no del Estado; la convicción de que la miseria y la pobreza sancionan, más que al hombre que las sufre, a la comunidad en cuyo seno se padecen; la repulsa de la agresión y de la fuerza, que ensombrecen a la humanidad y que la prostituyen; la exigencia de que las injustas diferencias sociales, ni dentro de cada pueblo ni tampoco entre los pueblos, sean tolerables, y la declaración y la defensa de que la libertad no es un adjetivo circunstancial del hombre, sino un atributo que le diviniza, indeclinable y sagradamente recibido, de la misma mano que germina las tierras, inquieta los mares y enciende las estrellas. En definitiva, podemos ser en ese mundo protagonistas de una ejemplar conducta universal.»

Lima ha crecido en un poderoso triángulo, hermoso y multiforme, desde su viejo corazón, en que se alza la silueta en bronce de Pizarro, hasta la orilla misma del Pacífico, con las blancas villas del barrio del Barranco mirándose en sus aguas frías. Aprisionada por ese anchuroso crecimiento, que ha encaramado el suburbio por las pinas laderas de los montes, se alzaba la silueta de la cárcel. De ella sólo queda hoy un inmenso solar y, en una esquina de él, un muro de ladrillos, cercado por una tapia, al que dan religiosa y permanente custodia hombres y mujeres del pueblo. Aquel muro liviano pertenecía a la capilla, y sobre él el Cristo contempla misericorde a los humildes desde un cielo violentamente azul. Dicen que las perforadoras que pudieron con los espesos sillares de piedra de la vieja prisión se quebraron por dos veces al intentar romper la humilde fragilidad del rojo ladrillo apenas recocido. Ahora, ante la mirada vigilante y fervorosa del pueblo, unos obreros se afanan en los preparativos para trasladar completa aquella estampa de fe a un lugar adecuado.

«No hemos necesitado aprender a ser libres, porque nacimos con la libertad. No nos violentará sentirnos miembros de una comunidad, porque, en nosotros mismos, somos comunidad. No precisamos alentar nuestra vocación internacional, porque en la salida de nosotros mismos hacia los demás está la explicación de todos los movimientos históricos que nos han estremecido. Y seremos justos no por la conveniencia de nuestros intereses, sino por la convicción de que cuando los caminos de la justicia se abandonan los pueblos pierden la magistratura que los exalta, para confundirse en la destrucción o esclavizarse en la tiranía.» Esta actitud la resumiría *Correio da Manha* en un título: *«Ministro espanhol louva a libertade.»* Y *Diario de Noticias* presagiaba a cinco columnas: *«Amizade Ibero-Brasileira tem raizes na Democracia.»*

El problema reside en precisar la estructura que garantice esa libertad, que asegure estabilidad a esa comunidad, que enriquezca ese entendimiento irrenunciable de universalidad, que dote de solidez y viabilidad a un orden social justo. Y el problema adquiere dimensiones formidables en un mundo—como el iberoamericano—de dimensiones inauditas. Un mundo en el que hay una Venezuela donde el 60 por 100 de la población tiene menos de veintiún años. Un mundo en el que existe un Brasil donde el índice de crecimiento demográfico llega ya al 4 por 100 y donde, a los cuatro años de hacerse realidad el sueño político de Kubischek y el delirio urbanístico de Niemeyer —que es la fabulosa Brasilia—, los edificios de las dos Cámaras parlamentarias se han quedado ya pequeños. Un mundo que reproduce

Crónica de un viaje

insistentemente una insostenible concentración de la riqueza en pocas manos, mientras masas enormes superviven milagrosamente.

¿Dónde está la solución salvadora?

Al borde de la dorada playa de Copacabana, dos muchachas hablaban del tema del *monobikini*, que en los últimos meses ha escandalizado medio mundo. «Es una estupidez—decía una de ellas—. El mayor atractivo de la mujer está en dejar al hombre mucho margen de imaginación.» Para encontrar solución al gran problema de Iberoamérica, con sus anchas y fecundas caderas tropicales, no basta con amarla apasionadamente. Es necesario una dosis formidable de imaginación para adivinar los misterios y la potencia de redención que esconde tras de sus increíbles paradojas.

Pese a la grave hondura de los problemas sociales iberoamericanos, me he traído a España una segura confianza en el porvenir de aquellos pueblos nuestros. Esa fe en el porvenir de Iberoamérica se apuntala en tres razones sobre todo: en la imaginación de las nuevas promociones de políticos que emergen, en la capacidad técnica de sus expertos y de sus líderes sociales y, más que nada, en la terminante voluntad de triunfar que todos tienen. Mientras los habitantes de la «Europa del milagro», como la denominó Ismael Herraiz en un magistral ensayo revelador del juego que subyace bajo su gran despliegue, se ensombrecen ante el menor riesgo de descender unos puntos en el bienestar, los pueblos de Iberoamérica alzan una bandera alegre de esperanza sobre el drama de su situación. Viven en son de decisión revolucionaria. Se movilizan en torno al anhelo unánime de un orden social justo, de un orden político estable, de un Estado fuerte que, precisamente por serlo, no necesite nunca ser violento. Han consumido ya todas las dosis de anarquía o de tiranía que un pueblo de nuestra estirpe es capaz de digerir sin convulsión. El gran tema en torno al que se debate el destino de América es el de la política social.

En Venezuela, mientras volábamos sobre la selva en un DC-3 de las Fuerzas Aéreas, hacia el Estado de Bolívar—el de las montañas de hierro, de la gran siderurgia, del mágico espectáculo de los rápidos del Caroní, de los gigantescos cargueros de 60.000 toneladas, que navegan trescientos cuarenta y un kilómetros tierra adentro por el Orinoco; de la presa de Guri, mayor aún que la de Assuán; del sueño próximo de una fabulosa zona industrial...—, pregunté a un ingeniero geólogo que se sentaba frente a mí: «¿Por qué cree usted que se ha producido tan rápido entendimiento entre el ministro español de Trabajo y sus interlocutores venezolanos?» «Ustedes y nosotros—me respondió—hablamos un mismo idioma social. ¿Cómo no íbamos a entendernos? Lo único que hacía falta era que conversáramos de hombre a hombre y con sinceridad.»

Ese lenguaje común, en el que reside la clave del entendimiento alcanzado por Jesús Romeo en sus conversaciones con cuatro Presidentes de Repúblicas fraternas; en el diálogo inacabable con sus colegas de Perú, de Chile, de Venezuela y de Brasil; con los técnicos de estos países y con muchos líderes sindicales, con los universitarios que le escucharon y le aclamaron en la Universidad Católica de Santiago; con los magistrados, técnicos y sindicalistas que le ovacionaron en el Tribunal Supremo de Trabajo de Brasil; con los trabajadores a los que habló en las grandes centrales sindicales de Río de Janeiro, esa razón segura de identidad puede hallarse sintetizada en estas afirmaciones extraídas de una de sus múltiples intervenciones públicas:

«En las acciones de la política social vamos a encontrar la más formidable sugestión para nuestro empeño, porque ella encierra en sus definiciones, con los mismos principios que impulsan el progreso, las normas que socialmente lo consolidan. Porque la realidad es que no cabe concebir la prosperidad de un país, por mucha que sea su riqueza y por grande que sea su fuerza, si la ascensión social de los ciudadanos está limitada por los privilegios, si el disfrute de la renta nacional está concentrado por el abuso, si la igualdad de oportunidades está mediatizada por las diferencias, si la promoción social carece de las escalas verticales que la desenvuelvan. Y ésta es, en síntesis, la tarea que se ofrece a una auténtica política social. Su realidad inmanente está en su consecución, porque sólo con la filosofía de sus aspiraciones no se consigue otra cosa que frustración y desesperanza.»

Si un pueblo necesita, más que historia, ambiciones, yo aseguro que los pueblos de Iberoamérica se encuentran muy dotados para afrontar la empresa de las revoluciones sociales nacionales, en las que sueñan el logro de un gran destino histórico.

Al lado de esa ansia de futuro, que contagia y atrae, y de la que un español de hoy ha de sentirse, por fuerza y por fe, íntimamente solidario, España está con los pueblos de su irrenunciable comunidad iberoamericana. No para presumir primacías, y mucho menos para encender lámparas votivas a la nostalgia de la historia, sino para ponerse en línea con quienes quieren ganar un horizonte ancho y luminoso de justicia social. Como prenda de esa voluntad quedan al otro lado de nuestro común Atlántico no ya las palabras del ministro español de Trabajo, sino los compromisos firmes suscritos, el perfil inminente de los centros de formación profesional que España patrocina y el sendero abierto sobre las aguas familiares de la Mar Oceana para que la transiten hasta nuestras Universidades Laborales los trabajadores de América, con la voluntad decidida de ser los alféreces de una empresa social revolucionaria que ha de comenzar por la promoción de sus camaradas de lucha y de anhelo.

Una voz familiar recorre Iberoamérica a través de las ciudades, de las pampas, de las montañas, de las selvas y de los ríos, convocando a los pueblos a una empresa de salvación colectiva, de la que el hombre, requerido por su libertad y su dignidad irrenunciables, ha de ser protagonista y beneficiario. Un nuevo mundo amanece. España quiere estar presente en esta alborada.

I. M.



El Presidente de Brasil, mariscal Humberto Castelo Branco, recibió al señor Romeo Gorría, acompañado por el embajador español don Jaime Alba. En la foto inferior, el señor Romeo Gorría con el ministro brasileño de Trabajo, señor Sussekind, y los líderes sindicales brasileños.





En Washington, el ministro español de Trabajo hizo unas importantes declaraciones sobre su gira por Iberoamérica.

46.000 kilómetros de recorrido

MISION ESPAÑOLA A AMERICA.—La misión española a América, presidida por el ministro de Trabajo, don Jesús Romeo Gorría, la formaban el director general de Previsión, señor Cabello de Alba; el secretario general técnico del Ministerio de Trabajo, señor Santos Blanco; el secretario general técnico del Instituto Nacional de Previsión, señor Martí Bufill; el director general de Asuntos Consulares, señor García La Higuera, y el jefe del Gabinete de Prensa del Ministerio de Trabajo, señor Medina Cruz.

SALIDA DE MADRID.—El día 20 de julio salió de Madrid la misión española, desde el aeropuerto de Barajas, siendo despedidos sus componentes por el ministro de la Vivienda, señor Sánchez Arjona; subsecretario, directores generales y altos cargos del Ministerio de Trabajo; embajadores de los Estados Unidos, Brasil, El Salvador y Chile; encargado de Negocios de Perú, director general de Asuntos Internacionales del Ministerio de Asuntos Exteriores, el director de Política de América y otras personalidades. En representación del vicepresidente del Gobierno, capitán general Muñoz Grandes, despidió al señor Romeo el segundo jefe del Alto Estado Mayor, general Navarro Garnica.

LA ESTANCIA EN PERU.—El 20 por la noche la misión llegó a Lima, donde fue recibida por el ministro de Trabajo peruano y por el embajador de España, señor Sanz Briz.

Su estancia en la capital peruana se extendió hasta el día 26. Durante esos días el señor Romeo visitó al Presidente de la República, don Fernando Belaúnde Terry, a quien impuso, en nombre del Gobierno español, la Gran Cruz de Carlos III. El señor Belaúnde, posteriormente, interrumpió un Consejo de Ministros para condecorar al señor Romeo con la Gran Cruz de la Orden del Sol.

El ministro español visitó a su colega peruano, señor Cussianovich, y fue recibido por el alcalde de Lima, quien le entregó una réplica en plata de las llaves de la ciudad. También visitó el Museo de Arqueología, la Oficina de Cooperación Popular, el Centro Español, etcétera.

El día 24 se firmaron los siguientes documentos:

— Convenio básico de Cooperación Social.

— Acuerdo sobre Seguridad Social.

— Acuerdo sobre Cooperación Técnica.

En la residencia del embajador español, don Angel Sanz Briz, el señor Romeo impuso a su colega peruano las insignias de la Gran Cruz del Mérito Civil y recibió a los miembros de la colonia española.

En el Ministerio de Asuntos Exteriores el señor Romeo asistió a un acto durante el cual fueron impuestas a todos los miembros de su séquito las insignias de la Orden del Sol. El día 26 la comitiva española salió para Santiago de Chile.

EN CHILE.—La misión española fue recibida en Santiago por el ministro de Trabajo y Previsión Social, señor Schweitzer, y por el embajador de España, señor Súñer. En Chile, el señor Romeo tuvo un intenso programa de trabajo, celebrando múltiples reuniones con su colega y con el ministro de Hacienda. Realizó una visita de cortesía al Presidente Alessandri. Fue condecorado con la Orden del Mérito y recibido como doctor «honoris causa» en la Universidad Católica de Chile. En esos días el señor Romeo también recibió a la colonia española y visitó los puertos de Viña del Mar y Valparaíso. También la Cámara de Diputados de Chile rindió un homenaje a España. Finalmente, en la Cancillería chilena se firmó una declaración conjunta sobre cooperación en la asistencia social, y seguidamente la misión española abandonó Santiago para trasladarse a Caracas.

EN VENEZUELA.—El 3 de agosto la misión española llegó a Caracas, siendo recibida por el ministro venezolano de Trabajo, señor Lares Martínez, y por el embajador español, señor Vega Guerra. En Venezuela el señor Romeo recorrió la «zona del hierro». en el Estado de Bolívar, manteniendo un amplio cambio de impresiones sobre la programación y problemas de aquella región. Posteriormente, recibió a la colonia española y se reunió con una representación de dirigentes del Instituto Venezolano de Seguros Sociales, mantuvo conversaciones de trabajo con su colega, señor Lares, y fue recibido por el Presidente Leoni, con quien celebró una entrevista cordialísima de más de hora y media.

EN BRASIL.—El día 7 la misión llegó a Brasilia, siendo recibida por el ministro brasileño de Trabajo, señor López Sussekind, y el embajador español, señor Alba. En la tarde de dicho día el señor Romeo fue recibido cordialísimamente por el Presidente Castelo Branco, visitó la Cámara de Diputados y el Senado, así como al presidente del Tribunal Supremo. Por la noche llegó a Río de Janeiro. En esta capital recibió el señor Romeo el homenaje de los dirigentes sindicales brasileños y se constituyó una comisión mixta para la aplicación del acuerdo de emigración hispanobrasileño. El señor Romeo se entrevistó con el ministro de Asuntos Exteriores, señor Leitao da Cunha; fue recibido solemnemente en el Tribunal Superior de Trabajo y pronunció una conferencia sobre la política social española.

Finalmente, fueron firmadas las actas del convenio de asistencia técnica para los trabajadores de ambos países. El día 12 la misión española se trasladó a los Estados Unidos.

EN LOS ESTADOS UNIDOS.—El día 12 la misión llegó a Washington, donde la labor del señor Romeo fue múltiple, acompañado por el embajador español, marqués de Merry del Val. Visitó al vicecoordinador de Asuntos Laborales Internacionales, del Departamento de Estado. Se entrevistó asimismo con el secretario general de la O. E. A., señor Mora; con el secretario de Sanidad, Educación y Beneficencia, señor Celebrenzze; inauguró la Agregaduría Laboral de la Embajada de España, etc. Posteriormente, visitó al subsecretario de Estado, Averell Harriman, y al secretario de Trabajo, Wirtz.

En Nueva York, el señor Romeo visitó el Pabellón español y condecoró con la Medalla del Trabajo a los españoles que más se han distinguido en la Feria neoyorquina.

El ministro de Trabajo, señor Romeo, y el secretario general de la O. E. A., señor Mora, firmaron una declaración conjunta exponiendo el deseo común de que España ayude a Iberoamérica en su desarrollo económico.

El domingo 16 de agosto la misión española regresó a Madrid. Durante su viaje, la misión ha recorrido 46.000 kilómetros.

DECLARACION CONJUNTA

del ministro de Trabajo de España, don Jesús Romeo Gorría, y del secretario general de la Organización de los Estados Americanos, Dr. José A. Mora

CON ocasión de la visita a la Organización de los Estados Americanos del excelentísimo señor ministro de Trabajo de España, don Jesús Romeo Gorría, al final, y como culminación de su gira por varios países latino-americanos, en unión de algunos de sus principales colaboradores, se han sostenido muy fructíferas conversaciones sobre la colaboración de España con la O. E. A. y con los países latino-americanos en el campo de la capacitación y la asistencia técnica.

Por una parte, se han concretado los detalles de la cooperación del Ministerio de Trabajo de España para la realización de varios cursos de capacitación destinados a formar instructores y monitores para dotar a las escuelas técnicas de varios Estados miembros del personal de ese carácter que requieren para su mejor funcionamiento en su tarea de formación de personal técnico y de obreros calificados. Esta cooperación, por el momento, comprende cursos de formación de instructores para escuelas técnicas en las Repúblicas de El Salvador, Honduras y Ecuador. Incluye también la cooperación de la O. E. A. en la ejecución de los convenios de Cooperación Social que el señor ministro de Trabajo de España suscribió con los Gobiernos del Perú y del Brasil en el curso de sus recientes visitas a dichos países.

En las conversaciones celebradas en la O. E. A. en el curso de esta visita se exploraron también ampliamente las posibilidades de cooperación de España en proveer a los países latino-americanos de asistencia técnica en distintos aspectos del campo laboral y de la seguridad social. Quedó confirmada la buena disposición y las amplias posibilidades que tiene España en este terreno y se estuvo conforme en continuar explorando esas posibilidades en algunos campos y en concretarlas de inmediato en otros.

Por último, se ha manifestado por ambas partes la mejor disposición para considerar la conveniencia de plasmar en un futuro próximo esta voluntad de cooperación en un convenio entre el Ministerio de Trabajo de España y la O. E. A., que sirva de marco conceptual y jurídico a la futura colaboración de ambos en las materias cubiertas por las conversaciones.

Por sus realizaciones concretas y por el espíritu que las ha animado, estas conversaciones constituyen un excelente augurio de relaciones cada vez más estrechas y fructíferas entre España y la Organización de los Estados Americanos, relaciones que ya han producido beneficios concretos para los países latino-americanos a través de los cursos de capacitación de personal latino-americano en materias de interés para el progreso de éstos en el campo económico y social.

XXXVI congreso internacional

MAS DE 700 FIGURAS DEL AMERICANISMO MUNDIAL, EN ESPAÑA

Con ceremonial de la Edad Media fueron recibidos los congresistas en el Palacio del Tinell.



LOS Congresos de Americanistas, muy cerca ya del centenario de su origen europeo, jalonan un historial de manifestaciones científicas y de luminosas etapas de superación en el conocimiento del hombre de América. Han tenido lugar ahora en Barcelona, Madrid y Sevilla las jornadas del XXXVI Congreso de esta serie—el cuarto que se celebra en España—, y desde el Salón del Tinell, primer lugar de la gloria colombina, hasta la sevillana «puerta de las Indias», pasando por la colina de luz de la Moncloa, en la madrileña Ciudad Universitaria, la geografía española fue lugar de atracción, en los días de este Congreso itinerante, para las 725 prestigiosas figuras del americanismo mundial, representantes de 38 países, que trajeron a la España de los XXV Años de Paz el fruto de sus investigaciones, en un propósito colectivo de estudio, en un acercamiento cada vez mayor de madurez espiritual entre España y América y en la conciencia de un quehacer común. No alcanzará a interpretar la trascendencia de este parlamento de congresistas, en su trigesimosexta reunión, quien crea que ha sido solamente una ambientación y matización de la época colombina: las más avanzadas técnicas dan hoy a las ciencias americanistas sorprendentes aportes, que se muestran y codifican en estos Congresos.

de americanistas



38 países participantes

Los miembros del Congreso, en la plaza barcelonesa del Rey

entrevistas en el congreso



LEWIS HANKE

El doctor Lewis Hanke, norteamericano, figura de prestigio universal, primer director de la Hispanic Foundation y actual catedrático de Historia de América Latina en la Universidad de Columbia, ha consagrado largos años al estudio del Padre Las Casas, y ahora se dedida a terminar una historia exhaustiva de la vida imperial de Potosí. Su obra «La lucha española por la justicia en la conquista de América» es fundamental para el conocimiento del pasado americano. Responde a nuestra encuesta:

—El Padre Las Casas fue un hombre muy español, y la polémica que ha suscitado, no sólo ahora, sino en vida, nos enseña muchas cosas. Con todos sus defectos (impetuoso, audaz, exagerado, etc.), es una gran personalidad hispánica. Sepamos comprender sus exageraciones, consecuencia de su inevitable mentalidad medieval, pero siempre fue amante de la justicia. Muchos seguían al Padre Las Casas en su tiempo porque, español por los cuatro costados como él era, personificaba la lucha de ideas de su época.

»Ocuparé los años que me quedan de vida en terminar mis estudios sobre Potosí, que fue la expresión de la lucha de intereses de aquellos siglos, así como la pugna de ideas se manifestó en torno a la figura del Padre Las Casas. Están ya en preparación tres tomos, que aportarán, de modo exhaustivo, todo cuanto significó el imperio económico de la plata de Potosí en el Alto Perú, lo que hoy es Bolivia.





A lo largo de ochenta y nueve años

Los Congresos Internacionales de Americanistas nacieron de una necesidad cultural en el año 1875. Los estudiosos del tema americanista, tratando de intercambiar sus investigaciones y aunar sus esfuerzos en pro de los mejores resultados para todos, impulsaron estas reuniones. A la Société Américaine de France se debe la puesta en marcha de esta Organización internacional. A lo largo de ochenta y nueve años de existencia, esta asamblea permanente de americanistas ha mantenido los contactos entre los investigadores de los más diversos países, aunque los primeros Congresos se caracterizaron, más que por su valor científico, por la mentalidad literaria de la época, cargada de peregrinas hipótesis en cuanto al origen del hombre en América.

El doctor Luis Pericot García, catedrático de Prehistoria en la Universidad de Barcelona y presidente de este XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, figura española de gran relieve, cuya obra «El hombre indígena», en su actual segunda edición, ya es credencial suficiente, nos dice, con marcada emotividad española:

—Se puede afirmar que los cuatro Congresos de Americanistas celebrados en España son modélicos, porque marcan la trayectoria de las distintas etapas que ha ido teniendo el americanismo.

»El primero que se celebró en España, en Madrid, el año 1881 (el cuarto en la cronología americanista), marca la salida de este Congreso del ámbito en que se habían desarrollado hasta entonces: Nancy, Luxemburgo y Bruselas. La primera vez, por así decir, que el Congreso salió fuera, en un "inter-europeísmo" (en una Europa que, por otra parte, no estaba acostumbrada a estas reuniones), fue en España precisamente.

»La segunda vez que se celebró un Congreso de Americanistas en España fue en Huelva, el año 1892, en el IV Centenario del Descubrimiento, y marcó época igualmente, porque al empezar después la nueva etapa de estos Congresos, la de las celebraciones turnadas entre Europa y América, se hace, primero, un alto en el camino y se viene de nuevo a España.

»Siguen luego los Congresos en América, y, tras esa etapa, de novedad entonces, y pasada una nueva generación, cuando América toda, con su independencia, se ha despedido de España, se vuelve a España con un tercer Congreso, en 1935, celebrado en Sevilla, que presidió entonces esa figura inolvidable que fue el doctor don Gregorio Marañón. El nuevo mundo de una América políticamente independiente ya, volvía a mirar a España, como punto de partida siempre para todo nuevo ciclo histórico.

»Y ahora, con este cuarto Congreso que se celebra en España, no hay que olvidar otro nuevo signo de la época al que estamos asistiendo: el americanismo como preocupación universitaria y de las generaciones estudiantiles, acrecentado con el intercambio cultural, profusión de becas, oleadas de estudiantes de América, etc.

Un «kero» peruano

Cada Congreso de Americanistas tiene su emblema, y el de éste ha sido un «kero» (vasija de madera dura) peruano, de arte hispanoindígena, que representa un pájaro bifronte, conservado hoy en el Museum für Völkerkunde, de Viena.

Y este emblema, que cientos de congresistas exhibieron, ha sido también un símbolo de la España «por la que se completó la redondez de la tierra», porque hombres y mujeres de toda Europa y de toda América, en los cinco idiomas oficiales del Congreso (además del español, el francés, el portugués, el inglés y el alemán), se identificaron esos días en el estudio y comprensión del mundo indígena que España abrió a la historia, y cuyos misterios, tradiciones y culturas, metidos todos en un «kero» simbólico, se traían esta vez de nuevo a España, en comunicaciones, debates y simposios.

España ha vivido en América y para América, y hoy quiere seguir viviendo con América. Con presentimiento de universalidad la encontró, con creación de un nuevo derecho unió luego su destino a ella y con cariño de madre la sigue y acompaña hoy.

Nada americano es ajeno

Desde los primeros momentos de la organización del XXXVI Congreso de Americanistas, fueron creados los Comités de Honor, nacional y de Barcelona, Madrid y Sevilla, habiendo aceptado la presidencia del primero Su Excelencia el Jefe del Estado español, y figurando en él como vocales los ministros de Asuntos Exteriores, Educación Nacional e Información y Turismo, así como el director del Instituto de Cultura Hispánica, el presidente de la Real Academia de la Historia y varios directores generales. El Comité Ejecutivo estuvo integrado en su presidencia por el doctor Pericot, teniendo como vicepresidente al doctor Ciriaco Pérez Bustamante, del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo». Figuras de reconocido valor científico y larga ejecutoria americanista integraban, como miembros, este Comité organizador, cuya secretaría general ocupó don José Alcina Franch, del Seminario de Antropología Americana de la Universidad de Sevilla, actuando de vicesecretarios don Demetrio Ramos Pérez y don Leoncio Cabrero Fernández, de las Universidades de Barcelona y Madrid, respectivamente, y de tesorero, don Juan Pérez de Tudela Bueso.

Del temario del Congreso puede decirse que «nada americano le fue ajeno», pues abarcó todas las especialidades que se refieren al pasado americano, tanto precolombino como de la conquista, colonización e independencia: prehistoria, orígenes del hombre americano, contactos transpacíficos, arqueología, etnología, antropología, indigenismo, temas lingüísticos, problemas colombinos, historia económica, social y religiosa; políticas e instituciones, aculturación y cambios sociales, arte, folklore, técnicas auxiliares de la investigación, etc.

Característica de este Congreso en la organización de sus jornadas de trabajo, tanto de Barcelona como de Madrid y Sevilla, fue la constitución de 26 simposios, evitando así, con sus especialidades, la dispersión de los temas.

Los congresistas

De los 725 congresistas inscritos oficialmente, más de la cuarta parte—254—eran norteamericanos, siguiéndoles en número los españoles, con 100, y luego México, con 70. Otros países con representación numerosa han sido Alemania, con 36 congresistas; Argentina, con 30; Brasil, con 22; Francia, con 20; Perú, con 30, y Venezuela, con 20. Los países participantes fueron 38.

Nunca en Europa se había reunido para un Congreso de esta serie tal número de asistentes. Se dieron cita en España las más destacadas autoridades en el campo de los estudios americanistas: el director de la Hispanic Foundation, Howard F. Cline; el doctor Woodrow Borah, de California, de demografía indígena mexicana; Lewis Hanke, especialista en los estudios lascasianos; Gordon Ekholm, consagrado al estudio de los contactos culturales; Pedro Armillas, de origen español y entregado hoy en Illinois a la investigación de las antiguas culturas americanas; señora Wormington Dover, prehistoriadora; Herbert Baldus, etnólogo brasileño; la gran arqueóloga señora Doris Stone; Hermann Trimborn, de etnología colombiana e historia antigua del Perú; Mario J. Buschiazzo, argentino, de historia del arte hispanoamericano...

Igualmente, quienes estén versados en estas cuestiones sabrán valorar nombres españoles como los de don Diego Angulo Iñíguez, en

Aspecto parcial del Salón del Tinell en la primera reunión del Congreso.



El ministro de Educación Nacional, señor Lora Tamayo, acompañado de las primeras autoridades de Barcelona, pronunciando el discurso inaugural.

historia del arte hispanoamericano; don Julio Guillén, director del Museo Naval de Madrid; don Manuel Ballesteros Gaibrois, director del Seminario de Indigenismo; don José Antonio Calderón Quijano, director de la Escuela de Estudios Hispánicos de Sevilla; doctor Claudio Esteva Fabregat, autoridad en antropología social; don Manuel Giménez Fernández, una de las primeras figuras en el estudio del Padre Las Casas; doctor Antonio Tovar, como lingüista, etc. No nos es posible detallar la lista de estos grandes de las ciencias americanistas, por falta de espacio.

La inauguración en Barcelona

Reunidos los 725 congresistas en el Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona, pasaron a la histórica plaza del Rey, adornada con las banderas de los 38 países participantes; tres clarineros, al estilo del siglo XV, hicieron sonar sus clarines, rememorando el recibimiento de Cristóbal Colón por los Reyes Católicos en aquel mismo lugar. Y una guardia de honor, de guerreros ataviados al estilo de la época, se apostó a la puerta del Palacio del Tinell, en tanto que un heraldo leía en castellano antiguo unas palabras de bienvenida. En las ventanas del histórico salón y en los balcones de la alta torre se veían, vestidos a la usanza medieval, damas y caballeros, que componían una nota evocadora.

Después de las palabras del heraldo, entraron los congresistas en el amplio Salón del Tinell, donde se procedió a la designación de las distintas personalidades que dirigirían las comisiones en que estaba dividido el Congreso. A propuesta del doctor Baldus, del Brasil, fue elegido por aclamación presidente del Congreso el doctor Luis Pericot, y como secretario general, el doctor Alcina Franch. El director del Museo de Historia de la ciudad, doctor Udina, explicó luego a los congresistas las características de Barcelona, del edificio en que estaban reunidos y de las ruinas romanas sobre las que se asentaba.

Hizo luego su entrada en la plaza del Rey el ministro de Educación Nacional, don Manuel Lora Tamayo, quien fue saludado por los sones de las trompetas medievales y acompañado hasta el estrado presidencial por dos «consellers», a la antigua usanza.

Solemne apertura

Con el ministro de Educación Nacional ocuparon en la presidencia del acto, entre otras

entrevistas en el congreso



ETTA BECKER - DONNER

La doctora Etta Becker-Donner, austríaca, es arqueólogo, directora del Museum für Völkerkunde, de Viena; vicepresidenta de Etnologische Forschungs Gesellschaft, y presidenta, hasta 1963, de la Asociación Internacional de Mujeres Académicas. Nos hace la siguiente declaración:

—La mujer toma parte hoy en las ciencias americanistas, y lo hace con mucha preparación, resultado lógico de su participación actual en el mundo moderno. Y parece que la mujer tiene una marcada especialidad para la etnología, debido a su mayor sensibilidad para captar una situación dada en un momento determinado y también porque es la propia mujer quien puede recoger y valorar la información de no pocos aspectos de la vida.

»Una alta representación de la mujer americanista ha estado patente en este Congreso, al que han asistido más de cien, de casi todos los países, europeos y americanos.



M. LEON - PORTILLA

El doctor Miguel León-Portilla, mexicano, fue secretario general del anterior Congreso Internacional de Americanistas, el XXXV (celebrado en México en 1962). Actualmente es presidente del Instituto Interamericano de Indigenismo y profesor de Historia Antigua de México. Nos dice:

—Hace poco fuimos un grupo de mexicanos (como una manifestación americanista más de la vinculación entre España y América) a Sahagún (León) a donar a la alcaldía un cuadro de fray Bernardino de Sahagún, a quien en América consideramos como padre de la Antropología en el Nuevo Mundo.

»Comienza hoy a surgir un gran interés científico por los temas de indigenismo, tan vitales para nosotros, y lo tratado en este Congreso es buena prueba de ello.

»España conoce hoy mejor a una América mestiza, y ya no de una manera romántica, sino en un contexto científico.

»Próximamente, en Quito, en el Congreso Iberoamericano de Indigenismo, del 19 al 25 de octubre, se tratarán cuestiones socio-económicas y de índole técnico-práctica en indigenismo. Y los trabajos de este Congreso de Americanistas pueden colaborar a esas tareas prácticas en la formulación científica. Los estudiosos de la España de hoy tienen gran interés en colaborar, y eso será muy provechoso para todos.

»El actual Congreso Internacional de Americanistas pasará a la historia de estas reuniones como uno de los grandes Congresos celebrados.





Don José Alcina, secretario del Congreso, con el antropólogo mexicano doctor Comas.

Don Leoncio Cabrero, con los profesores japoneses Hori y Shogo.



Don Demetrio Ramos, vicesecretario, y la congresista señorita Laura Sancho.

La exposición bibliográfica y documental en la Biblioteca Nacional de Madrid.

entrevistas



BIRGITTA LEANDER

La profesora Birgitta Leander, sueca, del Museo Etnográfico de Estocolmo, realiza actualmente investigaciones en España:

—Me interesa mucho—nos dice—, para mis estudios americanistas, conocer bien España, y me he de quedar aquí un tiempo entregada a mis tareas de investigación. Muchas sorpresas guarda España para quienes vengan aquí, tanto en archivos públicos como privados y en otras instituciones. He podido comprobarlo en el corto tiempo que llevo en España, pues he visto coronado el esfuerzo de mis primeros trabajos con el hallazgo de un documento interesantísimo: el «Códice Mariano Jiménez» (una lista de tributos mexicanos), copia de un original de 1549, que ya no existe, y del que sólo se habían hecho diez copias, de las cuales quedaban dos o tres, que desaparecieron cuando la guerra en Alemania, y si acaso había alguna más, estaría tal vez por los Estados Unidos. La aparición de esta copia, que ahora se estudia para su publicación, constituirá pronto un documento importante para referencia básica en las citas de los estudiosos.

personalidades, el gobernador civil, el presidente del Congreso, el alcalde, el general gobernador militar, presidente de la Diputación, rector de la Universidad de Barcelona, comisario general de Cooperación Internacional, decano del Cuerpo Consular, delegado provincial de Información y Turismo, etc.

En el solemne acto de apertura, el doctor Pericot, presidente del Congreso, se extendió en una explicación de cada uno de los Congresos de Americanistas celebrados en España e hizo resaltar la importancia del actual Congreso y el renacer cultural y científico que le asiste de toda España, refiriéndose a la vez a la amplia labor de investigación americanista desarrollada en los últimos decenios en España y destacando en esto la labor del Ministerio de Educación Nacional, del Instituto de Investigaciones Científicas y del Instituto de Cultura Hispánica.

Para declarar inaugurado el Congreso, en nombre de Su Excelencia el Jefe del Estado, pronunció un brillante discurso el ministro de Educación Nacional, don Manuel Lora Tamayo, del que son estos párrafos:

«Al agradeceros, señores congresistas, la elección de España para vuestro XXXVI Congreso, quiero deciros que no sólo honráis con ello toda una ejecutoria histórica de nuestra nación, que juzga con orgullo la empresa cultural y civilizadora llevada a cabo por los españoles, como su aportación más positiva a la historia universal, sino que hacéis honor al propio tiempo al esfuerzo de estos años por intensificar los estudios americanistas y la pervivencia de una relación ancestral. Nos dais con ello un crédito de confianza que sabemos bien a lo que obliga, pero que confiamos en que la generación actual, abierta a la atrayente seducción de estos estudios, ha de comprender bien, correspondiendo con su entrega y dedicación.

»La labor que lleva a cabo España en la preparación de la "Guía de Fuentes de la Historia de América latina", dentro de la programación de la obra "Fuentes de la Historia de las Naciones", acometida por el Consejo Internacional de Archivos, bajo los auspicios de la UNESCO, ha puesto de manifiesto una valiosa serie de archivos privados, cuyos noticiarios, junto con los demás específicamente históricos, eclesiásticos, militares y de la administración general, constituyen un nutrido y documentado censo, que ha de contar eficientemente en la investigación futura.

»Es propósito nuestro individualizar y dar mayor personalidad a las actuales enseñanzas de historia de América, conjuntadas actualmente en complejas titulaciones, y considerar, por otra parte, la procedencia de ensancharlas en la futura ordenación departamental que haya de establecerse en las facultades universitarias. Pensamos a este propósito que la Universidad de Barcelona podría ser la sede de una especialización en América prehispánica, poco cultivada hasta aquí entre nosotros, sobre la ancha base que constituyen su actual brillante labor en prehistoria, antropología, etnología, filología, etc.

»Al daros la bienvenida, distinguidos investigadores, puedo aseguraros que vuestra labor presente coincide con la que preside el movimiento cultural español, que se abre a todas las corrientes con permanente espíritu de integración ecuménica, animado por la llama inextinguible de nuestro sentido cristiano de la vida. Que la objetividad de vuestro estilo historicista sepa captarlo así en cada momento.»

26 simposios

En la misma tarde del día de la inauguración del Congreso—31 de agosto—comenzaron las sesiones de trabajo en la Universidad de Barcelona, combinadas con visitas al Museo de la Ciudad y a la Exposición del Museo Etnológico, en el Palacio de la Virreina, e igualmente, en las jornadas siguientes—1 y 2 de septiembre—, a la Exposición Bibliográfica y Documental Americanística, de la Universidad de Barcelona, y a la Diputación Provincial. Esos días, además, simultáneamente, se desarrolló un programa de visitas al Castillo de Montjuich, al Pueblo Español, a la Sagrada Familia, etc.

Haciéndose imposible, por razones de espacio, desglosar todos los temas tratados en las distintas sesiones de trabajo, mencionaremos solamente aquellas que se desenvolvieron dentro del marco de los simposios, lo que demuestra la calidad de este Congreso y la concentración de especialistas: «Recent Developments in the study of Inca Social Organization», «Indigenismo y antropología social», «Etnohistoria de Mesoamérica», «Las políticas e instituciones del bienestar social en el Nuevo Mundo, siglos XVI al XVII»; «Los antiguos imperios de América», «The Foundations of American Aboriginal High Cultures: Agriculture and Village Settlement», «Problemas colombinos», «Los indios Talamanqueños de Costa Rica», «Transpacific Contacts», «Problemas lingüísticos», «Aculturación en Iberoamérica», «The Urbanization Process in Nuclear Meso America and South America», «Afroamérica», «Aportación indígena al arte hispanoamericano», «El carnaval», «Concepts of the Indian in 16th and 17th century Spanish America», «Estado actual de la etnología en la América latina y orígenes del hombre en América a la luz de las más recientes investigaciones».

Muchos de los temas fueron objeto no de un simposio en cada una de las tres ciudades en que se celebró el Congreso, sino que conti-







Visita al nuevo Museo de América.

nuaron desarrollándose en más de una de estas ciudades, aunque desde distintos puntos de vista.

Un Congreso que fue de toda España

En Madrid, las sesiones de trabajo y simposios tuvieron lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, programado el horario con otros actos, entre ellos la visita a la Exposición Bibliográfica y Documental, y Exposición Cartográfica, en la Biblioteca Nacional; al nuevo Museo de América, al Instituto de Cultura Hispánica, al viejo Madrid; recepción y fiesta folklórica ofrecida por el Ayuntamiento y una excursión a Toledo. Además, en los días que duró el Congreso en Madrid—4, 5 y 6—, se desarrolló un programa de visitas al Museo del Prado, Palacio Real y El Escorial.

Gran parte del suelo español está salpicado de huellas relacionadas con la historia de América, y nunca hubiera podido un Congreso recorrer todos esos lugares; pero se logró que este Congreso, de los más importantes que registra el historial americanista, fuese orgullo no de una ciudad española más que de otra, sino de España entera, de todos los españoles, y Barcelona, Madrid y Sevilla fueron en este caso representación de toda la historia hispánica.

Otro tanto se quiso representar con los tres festivales o actos folklóricos ofrecidos a los congresistas, correspondientes a las tres etapas locales del Congreso: las fiestas ofrecidas en el Pueblo Español, de Barcelona; en los jardines madrileños de Cecilio Rodríguez, en el Retiro, y en el Casino de la Exposición, en los sevillanos jardines de María Luisa, respondían, en el primer caso, a un folklore del área del Mediterráneo, de corte clásico; en el segundo, a un folklore de ambiente castellano, del centro de España y también del norte, y en el tercero, a un folklore andaluz. Fue, pues, un Congreso que, aun en la parte programada de los festejos, recogió la panorámica de toda España.

En el Instituto de Cultura Hispánica

El Instituto de Cultura Hispánica ofreció a los congresistas una recepción, con asistencia del Cuerpo Diplomático iberoamericano, en el salón de Embajadores de la Institución o «la Casa de América», como la llamó con cariño en esa recepción el decano del Cuerpo Diplomático de Iberoamérica, embajador del Uruguay, señor Casas Araújo.

El presidente del Congreso, doctor Pericot, recordó en esta ocasión el tercer Congreso Americanista celebrado en España, cuando él asistió a la inauguración, presidida entonces por el doctor Marañón, cuyos conceptos se le quedaron profundamente grabados, y manifestó como sin la ayuda del Instituto de Cultura Hispánica no se hubiera realizado ahora este XXXVI Congreso, ya que al ir, en 1962, al Congreso último, a México, llevaba el encargo del Instituto de atraer para España a esta magna asamblea en 1964.

El director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, personificación de los desvelos de la España de hoy por América, y cuya vida y pensar se pueden definir como una tarea diaria en el quehacer americanista, transmitió, en nombre del presidente del Patronato del Instituto, ministro de Asuntos Exteriores, señor Castiella, un saludo de cordialísima bienvenida a los congresistas, y, con palabras llenas de unción, recordó los días del último Congreso de Americanistas celebrado en España, cuando él acompañó a su padre, presidente de aquella magna asamblea, como hijo y secretario suyo:

«Días—dijo—de angustia española. Se perfilaban ya por el horizonte nacional los negros nubarrones de la tormenta que estaba próxima y que era inevitable. Porque la historia es, como la vida humana, una sucesión inevitable de paz y de tormenta.

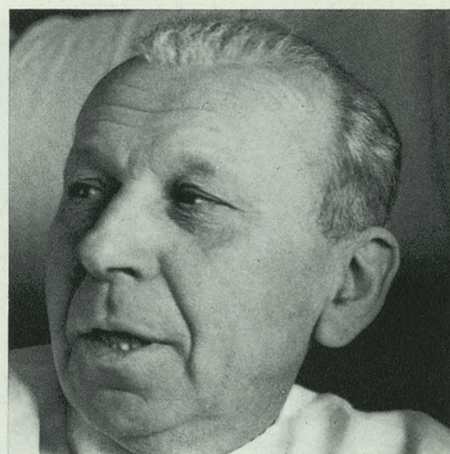
»Casi treinta años después, este ejemplar Congreso de Americanistas se reúne de nuevo en España. La tormenta pasó y será siempre recordada (y respetada) en un valle ibérico, que se llama el Valle de los Caídos. Y han pasado veinticinco años de paz..., llenos de paz. Ya no hay nubes, sino un sol generoso, comprensivo y creador.»

A continuación recordó las palabras finales de su padre en aquel Congreso, repitiéndolas: «Cuando Europa encontró al continente joven, húmedo de selvas, henchido de razas y de lenguas ignoradas, de colores vivos y de animales raros, de tesoros no concebidos, de plantas que servían para matar y para curar, la humanidad sintió ese alivio inmenso del adolescente taciturno, que un día encuentra a la novia y la besa en los labios.

»Cinco siglos han pasado, y aquel idilio heroico de los dos hemisferios ha dado ya el fruto maduro de la paz: paz amasada, por igual, con sangre americana y europea.»

Aprovechó la ocasión el señor Marañón para anunciar que la Casa de la Entrevista, en donde la reina Isabel y Cristóbal Colón se vieron y hablaron por primera vez, en Alcalá de Henares, está siendo reconstruida por el Consejo Cristóbal Colón, organismo del Instituto, y comunicó también a los congresistas la creación por el Instituto del Centro de Estudios Jurídicos Hispanoamericanos, con el deseo de la constitución de la cátedra de Derecho Hispanoamericano en las Facultades españo-

en el congreso



HERBERT BALDUS

El doctor Herbert Baldus, brasileño, presidente del Comité organizador del XXXI Congreso de Americanistas, que tuvo lugar en São Paulo en 1954; catedrático de la Escuela de Sociología y Política de São Paulo, director del Departamento de Etnología del Museo Paulista y miembro honorario del The Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, nos manifiesta:

—Antes, el trabajo de los etnólogos era "extensivo" (visitar muchos lugares), y su resultado se concretaba mayormente a inventarios culturales, porque el mapa etnográfico de toda la América del Sur estaba hecho con criterios lingüísticos. Ahora, el trabajo de los etnólogos es más profundo, más "intensivo": visitar más tiempo el mismo lugar, y así prevalecen hoy los estudios monográficos. La anterior era una etnología que trabajaba horizontalmente; hoy trabajamos intensiva y verticalmente.

»La etnología brasileña se dirige cada vez más a los aspectos sociológicos y sicológicos.

»No es mucha la población india, pura, con que cuenta hoy el Brasil, pero está distribuida en infinidad de grupos, distantes entre sí, a veces, bastante más de 230 leguas, lo que muestra su inmensa heterogeneidad cultural. La mayoría de sus lenguas están representadas unilateralmente por tribus: en ocasiones sólo 30 ó 50 individuos son los que hablan una lengua, y rarísima vez es patrimonio de dos o tres mil.



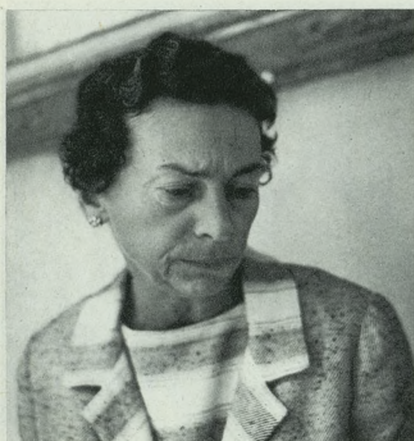


El director general de Bellas Artes, señor Nieto, con la directora del Museo de América, doña Pilar F. Vega, y los señores Pericot, Angulo, Ballesteros, Camón y Tudela.



El director general de Prensa, señor Jiménez Quílez, examina la maqueta de un pueblo hispanoamericano en el Museo de América.

entrevistas



DORIS STONE

La doctora Doris Stone, costarricense, presidenta del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas, en 1958; presidenta de la Junta Administrativa del Museo Nacional de Costa Rica y de la Junta Indigenista e investigadora de arqueología, antropología y etnología para el Museo Peabody, de la Universidad de Harvard, opina:

—Es muy necesario que el americanista haga una visita a España y aprenda a entender a América entendiendo a España.

»Estoy admirada de cómo este Congreso ha podido celebrarse, tan brillantemente, en tres ciudades distantes.

»La cultura indígena mesoamericana se sitúa cada vez más atrás, relacionada comercialmente con Suramérica. Cada día se abren al investigador nuevos horizontes.

»Sobre el conocimiento de la América Central prehispánica puede decirse que apenas se ha raspado la superficie. En el campo de la etnología urgen más investigaciones, porque con la carretera interamericana y la apertura de caminos confluentes, así como por los demás medios de la vida moderna, se transforman las poblaciones indígenas, cuyas culturas van perdiéndose para los científicos.

las, subrayando la pronta adhesión del Instituto a la creación por la Universidad española de un departamento dedicado exclusivamente al estudio de América, según aludió en su discurso de apertura del Congreso el ministro de Educación Nacional.

Tuvieron también oportunidad los congresistas, en los días en que estuvieron en Madrid, de visitar las primeras salas del nuevo Museo de América, no inaugurado aún oficialmente, en la Ciudad Universitaria, presidiendo este acto el director general de Bellas Artes, don Gratiniano Nieto. Este Museo pretende patentizar, según nos manifestó la directora del mismo, doña Pilar Fernández Vega, «los anhelos civilizadores de España, no con una fría exhibición de objetos artísticos, sino con el deseo de plasmar el espíritu de la obra española en su integridad».

Días sevillanos

En Sevilla, tercera etapa del Congreso, los estudiosos del americanismo continuaron, el día 8 de septiembre, sus sesiones y simposios, con el mismo entusiasmo, y buena cuenta da de ellos el acalorado debate sobre el Padre Las Casas. Dentro del programa de ese día se celebraron diversos actos, como la visita al Archivo General de Indias, donde se montó una exposición especial para esta ocasión, de importantísimos documentos y autógrafos, y la visita a la Exposición Bibliográfica de las publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, que cumple su vigésimo aniversario. Hubo además un programa de excursión a Itálica y de visita a la Casa de Pilatos, así como un concierto de música española en el teatro Lope de Vega.

El 9 de septiembre se realizó una excursión de todos los congresistas, por la mañana, a La Rábida, donde el director general de Relaciones Culturales, del Ministerio de Asuntos Exteriores, don Alfonso de la Serna, impuso, en nombre del ministro, las insignias de la Encomienda de Isabel la Católica, a los congresistas allí presentes: doctor Herbert Baldus, del Brasil; doctor Wigberto Jiménez Moreno, de México, y doctor J. Eric. S. Thompson, de Gran Bretaña, anunciando que también se había concedido esta condecoración a los ilustres americanistas Lewis Hanke, norteamericano; Magnus Morner, sueco, y Herman Trimborn, alemán.

Nuevas corrientes

En casi todas las ramas americanistas privan hoy nuevas corrientes: la abundante constatación de los contactos transpacíficos, la antigüedad del hombre de América—según las últimas técnicas del carbono 14—, y de la que se ha dicho que ya tiene su paleolítico; las modernas técnicas en el proceso de incorporación de las masas indígenas a la vida nacional de las distintas repúblicas americanas, la contribución de la actual genética a la etnología, los resultados de los nuevos hallazgos en distintas áreas americanas, el concepto de «región» en que hoy centran sus estudios los antropólogos—más que en el de comunidad, ya que ésta no es un «totum» cultural aislado—, el intento de coordinar los trabajos de los antropólogos con el de los historiadores, etcétera.

No es fácil sintetizar en una reseña periodística el valor y el aprovechamiento del Congreso, pues se trata de complejas especialidades. Cuando se publique la Memoria, con todas las comunicaciones presentadas y las actas de todas las sesiones de trabajo, serán los estudiosos en la materia quienes recogerán los frutos sazonados del Congreso, al tener en sus manos, como nuevos elementos de trabajo, los resultados de estas jornadas, donde cada congresista prestó atención a su especialidad.

La sesión de clausura

Poco antes de la sesión de clausura tuvo lugar la votación para elegir la sede del próximo Congreso—el XXXVII—, recayendo la elección en la Argentina, con una superioridad de sólo dos votos sobre el aspirante inmediato, Perú.

En el acto de clausura, que tuvo lugar en el teatro Lope de Vega, en el parque de María Luisa, de Sevilla, ocuparon la presidencia: el director general de Relaciones Culturales, don Alfonso de la Serna; gobernador civil, señor Utrera Molina; alcalde de Sevilla, don José Hernández Díaz; rector de la Universidad hispalense, señor Calderón Quijano; presidente y secretario del Congreso, señores Pericot y Alcina Franch. Miembros del Comité organizador, autoridades militares y religiosas y otras representaciones ocupaban lugar destacado en el escenario.

Fueron leídas primero las 14 resoluciones, que los presentes aprobaron. Estas resoluciones, dado el carácter del Congreso, se sitúan en un orden, unas veces, de reconocimiento a labores americanistas, y otras, de técnica y ciencia. Subrayamos entre ellas parte de la resolución 5.ª, reveladora de la necesidad moderna de trabajar «en equipo» o colaboración: recomendar a los organismos internacionales especializados, tales como la ONU, UNESCO, OEA, el Instituto Indigenista Interamericano, etc., que en colaboración con los países interesados de América completen sus programas de integración y aculturación socioeconómica del indígena americano, con investigaciones sistemáticas del campo de la Antropología Física, Fisiológica, Sicológica, etcétera.

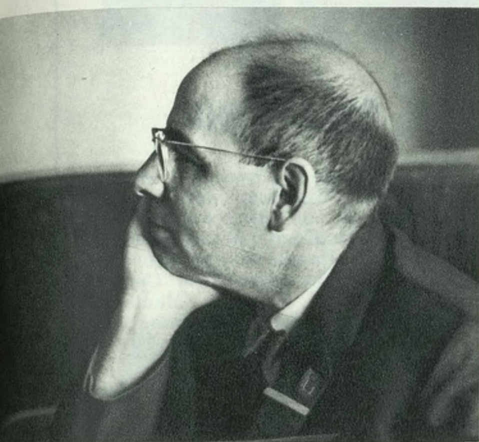
Tras la aprobación de las resoluciones, se concedió la palabra a diversos congresistas, representativos de las lenguas empleadas en el Congreso, hablando a continuación el vicepresidente, doctor Pérez Bustamante, quien subrayó, entre otras cosas:



Simposio dirigido por el doctor Joseph Grimes.



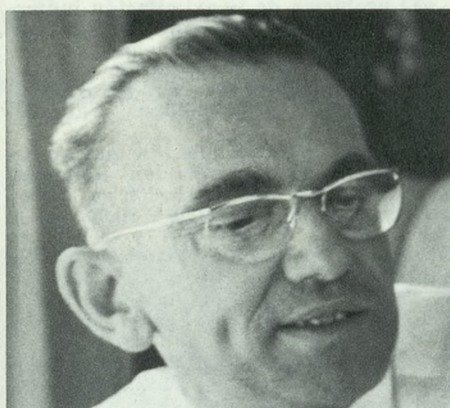
El director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, lee su mensaje al Congreso. Y un aspecto del Salón de Embajadores durante la recepción a los congresistas.



El profesor Antonio Tovar, en el Simposio de problemas lingüísticos.



en el congreso



FRANÇOIS CHEVALIER

El doctor François Chevalier, francés, historiador social, con especialidad en el tema agrario, director por diez años del Instituto Francés de México, director del Instituto de Estudios Andinos (con sede en Lima) y profesor en París del Instituto de Estudios Latinoamericanos, responde a nuestra encuesta:

—Defecto del sociólogo sería limitarse sólo al estudio del presente, respecto a los países de larga historia hispana o prehispánica. Es necesario conocer la historia para no equivocarse.

»El siglo XIX tuvo mucha importancia en la gran propiedad en América, que, aunque creada en la época virreinal, se desarrolló en el XIX. Cabría preguntar si el presente puede copiar algo del pasado, al referirnos al tema agrario, y habría que responder que sí, que lo de ahora viene condicionado por los problemas planteados ayer. El siglo XIX, con sus leyes liberales, destruyó la legislación protectora española de las comunidades indígenas incorporadas al mundo hispánico.

»Se quiere distinguir a toda costa entre la antropología social, la etnología, la geografía humana, etc., cuando lo indicado es ir más a la colaboración de todas las ciencias sociales. Cada vez es menos individualista el saber, y necesita ser más integral. El historiador sociólogo, suma de muchas disciplinas, no es precisamente de las especialidades más atendidas. Poner en marcha la necesitada colaboración que dejamos dicho es una de las virtudes deseadas siempre en un Congreso Internacional de Americanistas.

Los americanistas visitan en Sevilla el Archivo de Indias.



Uno de los simposios celebrados en Sevilla, dirigido por Lewis Hanke.





Visita al monasterio de La Rábida.



El director general de Relaciones Culturales, señor De la Serna, con un grupo de americanistas en La Rábida.



La sesión de clausura en el teatro Lope de Vega de Sevilla fue presidida por las primeras autoridades y por don Alfonso de la Serna, que pronunció un importante discurso.

«No son muchos los días, señores congresistas, que habéis pasado entre nosotros, pero a través de ellos creemos que habéis podido advertir lo que América significa para España. Nada de lo que allí ocurrió o de lo que está ocurriendo nos es indiferente. Vivimos su vida y sentimos sus problemas; todos sus problemas: desde los etnográficos hasta los económicos, desde los antropológicos hasta los políticos, como si fueran nuestros...»

Luego el alcalde de Sevilla, señor Hernández Díaz, se dirigió a la concurrencia, haciendo votos muy fervientes para que el Congreso fuese para Sevilla como un examen de conciencia y una reválida de sus posiciones ante la Historia:

«Sevilla—agregó—mantiene viva la fe que significó aquella epopeya gloriosa, en la que escribió páginas inmortales..., y bajo las bóvedas de su catedral (que sabe de las plegarias esperanzadoras de los hombres que se lanzaban a la tremenda aventura del océano...) se seguirá rezando a la Virgen de la Antigua, Señora de la Hispanidad... Sevilla cuidará como una joya su río, el glorioso Betis, el universal Guadalquivir, patrimonio de la Hispanidad... Nuestra ciudad es un inmenso Museo de América, y hemos de lograr siempre una participación comunitaria de los valores espirituales que ello representa...»

Don Alfonso de la Serna, en las palabras finales del acto, transmitió un saludo muy cordial del ministro Castiella a los congresistas. De su magnífica pieza oratoria en esa oportunidad recogemos aquí, como final, la afirmación que hizo por toda España:

«Tenemos el orgullo de pensar que somos el primer país indigenista del mundo, porque a nuestro indigenismo científico hemos añadido los españoles el profundo indigenismo (más arduo y no menos trascendental) de nuestra relación humana con el indio americano, de nuestra convivencia, de nuestro mestizaje masivo y secular..., que en el fondo era pura y simplemente libre y espontáneo amor.»

Por eso una asamblea de la magnitud de este XXXVI Congreso de Americanistas bien puede cerrarse con palabras como las del director general de Relaciones Culturales en ese emotivo discurso:

«América es una antigua y permanente historia de amor que España tiene.»

NIVIO LOPEZ PELLON

(Reportaje gráfico de Eurofoto y Basabe)

entrevistas en el congreso



ENRIQUE PALAVECINO

El doctor Enrique Palavecino, argentino, director del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires y profesor de Etnografía Americana de la Facultad de Filosofía y Letras, además de asesor del Centro de Antropología del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, nos habla de la asimilación indígena a la cultura occidental:

—El americanismo es una ciencia compleja en la que participan técnicos de muy diferentes disciplinas. El hombre americano puede y debe ser estudiado por antropólogos físicos, antropólogos culturales, arqueólogos, lingüistas, historiadores y sociólogos. Superponiendo las imágenes que cada uno de estos enfoques arrojen, tendremos una imagen integral del hombre americano en su presente y en su pasado.

»El problema de la asimilación indígena a la cultura occidental es un problema técnico, que tiene que ser resuelto mediante el aporte de especialistas de las distintas ramas (antropólogos, lingüistas, sociólogos, educadores, etc.).

»Subsiste la falsa idea de que la Argentina no tiene población indígena; pero hay en mi país alrededor de 150.000 indígenas, entre ellos unos 80.000 en el Chaco (tobas y matacos) y 20.000 en Patagonia (araucanos casi todos, de la Puna de Atacama).



ERIC S. THOMPSON

El doctor Eric S. Thompson, inglés, presidente del XXX Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Cambridge en 1952; arqueólogo durante más de dos décadas, de la Institución Carnegie, de Washington; etnólogo, profesor honorario de la Universidad de Méjico, especialista en los mayas, cuya obra «Catálogo de los jeroglíficos mayas» lo sitúa como una de las autoridades mundiales, nos responde:

—Veinte años atrás, los científicos admitían el contacto migratorio hacia América por Alaska, casi de modo exclusivo; pero hoy se admiten muchos contactos transpacíficos entre las culturas del Viejo Mundo y América. Gran interés despiertan ahora estas relaciones entre las culturas prehispánicas y las del Viejo Mundo.

»Desde hace unos setenta años se está explorando en la zona maya, y siempre se descubren cosas nuevas. Los tupidos bosques que ocultan las ruinas mayas hacen muchas veces que junto a ellas, a distancia de menos de cien metros, no nos demos cuenta de su existencia. A esto se debe que continuamente se obtengan nuevos descubrimientos. Quizá queden hoy alrededor de dos millones de indígenas mayas puros.



RAFAEL FRÜHBECK CONFIRMA EN LUCERNA SU PRESTIGIO INTERNACIONAL

Triunfo extraordinario con Monserrat Caballé, el Orfeón Donostiarra y la Orquesta Suiza del Festival

Concierto del Orfeón Donostiarra en la iglesia de los jesuitas.
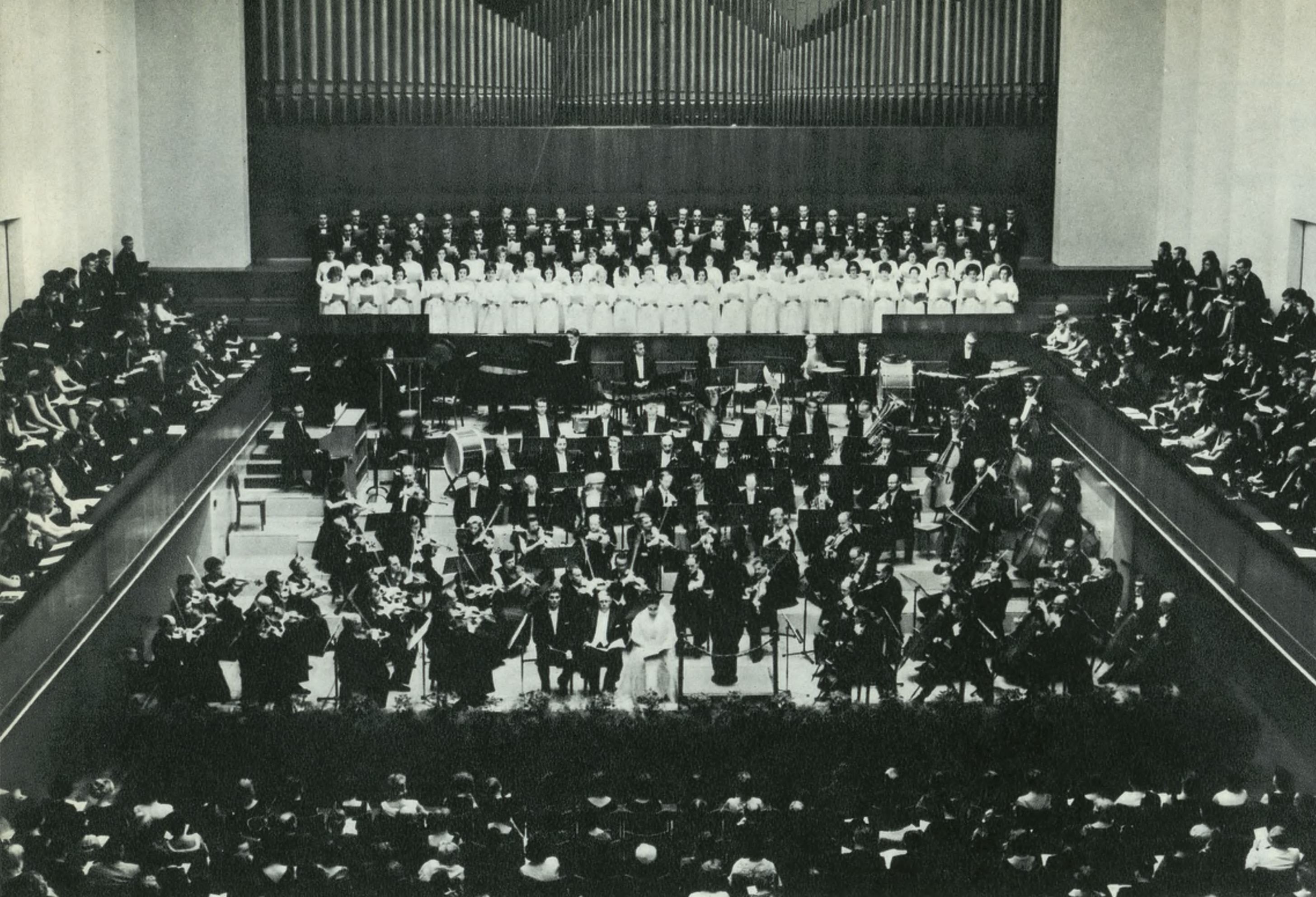


Casi desde su arranque directorial, hace sólo cuatro años, a los veintiséis de edad, comenzaron para Frühbeck las salidas al exterior. Antes incluso de la titularidad de la Orquesta Nacional viajó con nuestro primer conjunto y mereció generales aplausos. Desde 1963 el centro de la vida musical sudamericana, Buenos Aires, lo recibe como huésped. Y, sin embargo, faltaba la gran prueba, la que ahora se ha vencido en Lucerna, en cuyas *Semanas* convergen las figuras más representativas de la dirección universal. Y en este marco, tan querido y frecuentado en las distintas épocas por los Toscanini, Fürtwaengler, Walter, Karajan y demás colosos, un maestro español de treinta años consigue la unanimidad entusiasta, suscita comentarios y juicios de fervor desusado, gana en horas una popularidad capaz de abrir todas las puertas y puede ver escrito en diarios de importancia, y con el refrendo intachable de firmas solventes, que el mejor concierto de las *Semanas* ha sido el suyo.

Para el crítico musical presente, la comprobación directa de esta reacción brillantísima supuso un motivo de bien justificado júbilo, máxime cuando algunas piezas fundamentales del éxito fueron españolas. También la soprano Monserrat Caballé y el Orfeón Donostiarra, que prepara y dirige con amor y competencia singulares Juan Gorostidi, alcanzaron un triunfo inenarrable.

Frühbeck actuó en el centro del Festival con un programa sinfónico-vocal que, por la serie de elementos convocados, determinó los precios más altos: 40 francos, cerca de 600 pesetas, una buena plaza.

Ya en los ensayos pudo verse hasta qué punto se había producido la compenetración y la estima del maestro por sus colaboradores. La Orquesta Suiza del Festival, conjunto de puntualidad y silencio ejemplares, llegó hasta la concesión de media hora, co-



Aspecto de la Kuntshaus de Lucerna en la jornada española triunfal.

mo apéndice del tiempo señalado, para dar margen a una más detallada preparación de *El sombrero de tres picos* en el estilo españolísimo—intención, elasticidad, casticismo, «raza»—impuesto por el director.

Antes, de forma espontánea, brotó el aplauso en su honor, en el de solistas y coro, intérpretes de *Carmina Burana*, el oratorio profano de Carl Orff. Un buen tenor, Tappy, y un barítono sensible, Olsen, prestaban concurso a Monserrat Caballé, soprano de exquisita musicalidad y preciosa voz ideal para el dificilísimo «filado» sobre agudo, y al Orfeón Donostiarra.

«¡Qué coro!», se admira en el arranque de su crónica un crítico de Zurich. En verdad, esta centuria de cantores *amateurs* de San Sebastián deslumbraron con la plenitud de sus voces, redondas, timbradas, brillantísimas, y en la perfecta manera de afinar y la riqueza de planos y de matices logrados.

Frühbeck, con tan valiosos miembros, dio a la obra de Orff todo el relieve soñado. Con una memoria infalible, seguro y autoritario el gesto, siempre dueño de la situación y artista, fue timonel experto que condujo la nave hasta la victoria. Los signos de ésta permiten hablar de apoteosis: ocho salidas entre aclamaciones—palmas, gritos, «pateos» de entusiasmo—, diez minutos de ovación, constituyen el exponente.

Se afirmaba de esta forma un nuevo eslabón decisivo en la irrompible cadena que, en poco tiempo, ha hecho de Frühbeck un director elegido entre los grandes. En efecto, apenas pasaron dos lustros desde que, obtenida la dispensa de edad, Frühbeck era nombrado músico mayor, director de banda militar. No hace seis que desfilaba con la de su regimiento por las calles de Santander. Uno más tarde, con la Orquesta de Bilbao, con la de Cámara madrileña; pronto, con la Nacional... La titularidad, en el año 1962. Luego, la Orquesta del Colón, de Buenos Aires; la Filarmonía y Sinfónica de Londres, la Nacional francesa, conjuntos suizos, alemanes, belgas, italianos, portugueses... ¡Y Lucerna! Sueño dorado de tantos, que para Frühbeck es ya gozosa realidad, confirmación de méritos y puerta de grandes hazañas futuras.

ANTONIO FERNANDEZ-CID





Gorostidi, firmando autógrafos, y Monserrat Caballé, recibiendo la felicitación de una admiradora.



Sala del teatro del Ministerio de Información y Turismo, en la que se interpretarán siete conciertos sinfónicos.

música para un continente

El I Festival de Música de América y España presentará, por primera vez en Europa, una antología de la música culta americana

La capital de España va a acoger, en este mes americano de octubre, un magno festival de música culta, en el que será interpretada, a lo largo y ancho de siete conciertos sinfónicos y tres conciertos de cámara, una primera antología de obras de los más importantes compositores contemporáneos del Nuevo Continente, junto con ejemplos significativos del actual momento musical de España.

Es la primera vez que una embajada musical americana de esta categoría visita Europa, y basta repasar la nómina de autores y obras para comprender lo sustantivo de este mensaje artístico:

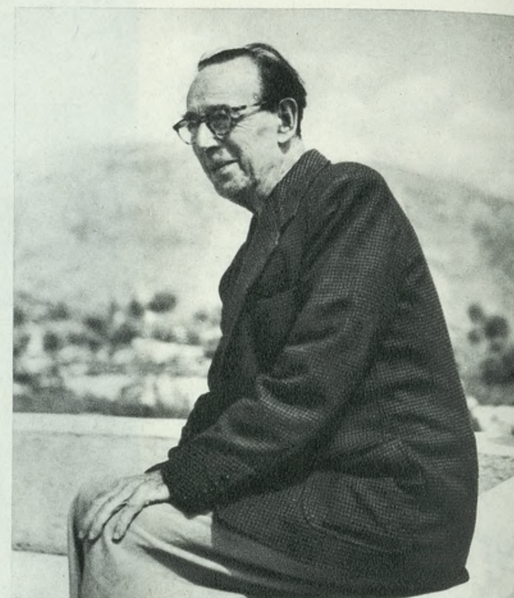
Argentina estará representada por Alberto Ginastera (*Sinfonía de Don Rodrigo*), Roberto Caamaño (*Concerto para piano y orquesta*) y Mario Davidovsky (*Sincronismos núm. 2*). Brasil, por Heitor Villa-Lobos (*Sinfonía núm. 12*) y Mozart Camargo-Guarnieri (*Variaciones sobre un tema Nordestino*). Canadá, por Harry Somers (*Lírica para orquesta*). Colombia, por Roberto Pineda Duque (*Preludio sinfónico*). Cuba, por Aurelio de la Vega (*Sinfonía en cuatro partes*). Chile, por Domingo Santa Cruz (*Quinteto para instrumentos de viento*), Juan Orrego Salas (*Sinfonía núm. 3*) y Gustavo Becerra (*Quinteto para piano y cuarteto de cuerda*). Estados Unidos, por Aaron Copland (*Noneto para cuerda*), Virgil Thomson (*Concertino para arpa y cuerda*) y

doce

Walter Piston *(Capriccio para arpa y orquesta de cuerda)*, Quincy Porter *(Estampas de Nueva Inglaterra)* y Vladimir Ussachevsky *(Pieza para instrumentos de metal y cinta magnetofónica)*. Guatemala, por Enrique Solares *(Partita para cuerda)*. México, por Carlos Chávez *(Soli II para quinteto de viento)* y Blas Galindo *(Quinteto para instrumentos de arco y piano)*. Panamá, por Roque Cordero *(Segunda sinfonía)*. Perú, por Celso Garrido Lecca *(Sinfonía en tres partes)* y Pozzi Escot *(Lamentos)*. República Dominicana, por Manuel Simó *(Rutas)*. Uruguay, por Héctor Tosar *(Te Deum, para bajo, coro y orquesta)*. Y Venezuela, por Antonio Estévez *(Concierto para orquesta)*.

Hermanada con esta brillante selección de composiciones americanas (contrastadas muchas de ellas a través de los Festivales Interamericanos de Washington, organizados por la Unión Panamericana), será ofrecida igualmente una antología de la plana mayor de la música española contemporánea, integrada por obras de Julián Bautista, Carmelo A. Bernaola, Luis de Pablo, Manuel de Falla, Conrado del Campo, Victorino Echevarría, Francisco Escudero, Oscar Esplá, Roberto Gerhard, Jesús Guridi; Ernesto Rodolfo y Cristóbal Halffter; Federico Mompou, Xavier Montsalvage, Joaquín Rodrigo, José Soler y Joaquín Turina.

Si, por un imperativo de calendario, la primera edición de los Festivales de Música de América y España tiene que lamentar ausencias obligadas por la síntesis—subsanables en el futuro—, es decir, si «no están todos los que son»—meta imposible de alcanzar en un solo Festival—, sí, desde luego, y como podrá observar el lector, «son todos los que están».



oscar esplá (España).
«SINFONIA AITANA».

Interpretación

Las más prestigiosas orquestas sinfónicas españolas prestan su concurso al Festival, conducidas por sus directores titulares: la Orquesta Nacional de España (maestro Rafael Frühbeck de Burgos), Orquesta Sinfónica de Madrid (maestro Vicente Spiteri), Orquesta Filarmónica de Madrid (maestro Odón Alonso) y Orquesta Municipal de Valencia (maestro Enrique García Asensio). Como directores invitados actuarán los maestros Guillermo Espinosa y Enrique Jordá.

Los conciertos de cámara correrán a cargo de agrupaciones de la importancia del Cuarteto Clásico de Radio Nacional, Agrupación Nacional de Música de Cámara y Quinteto de Viento de Madrid. Los Coros de Radio Nacional de España, dirigidos por Alberto Blancafort, intervendrán también en varias de las composiciones ofrecidas en el Festival.

Solistas de prestigio bien conocido en España y América avalan asimismo el interés y pureza de la interpretación: el arpista Nicanor Zabaleta, los cantantes Sofía Bandín, Angeles Chamorro, Isabel Penagos, Carmen Pérez Durías, Raimundo Torres, Julio Catania y José María Higuero; los pianistas Yara Bernette, Carmen Díez Martín, Alicia de Larrocha y Roberto Caamaño; los violinistas Luz Vernova y Agustín León Ara; el clarinetista Máximo Muñoz...



virgil thomson (Estados Unidos).
«CONCERTINO PARA ARPA Y CUERDA».

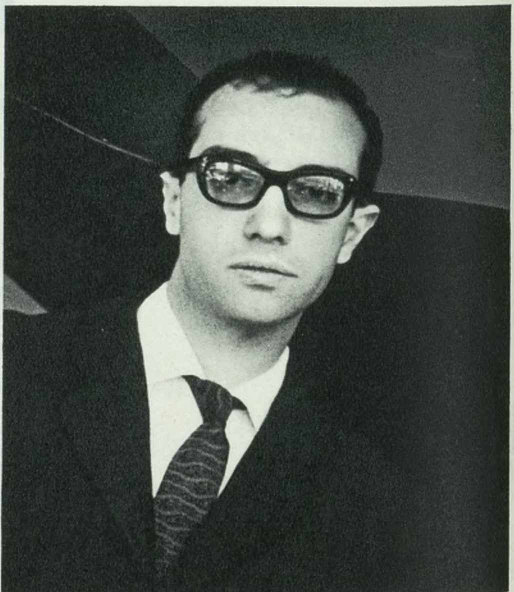
Doce estrenos mundiales

De cómo ha sido acogido el Festival por los creadores musicales da idea el hecho singular de que serán presentados aquí doce estrenos mundiales y numerosas primeras audiciones en Europa y España. A ello han colaborado diversas fundaciones con sus encargos, el III Festival Interamericano de Música—cediendo varios estrenos previstos para el mismo—y, muy especialmente, los propios compositores e intérpretes.

Así, el Festival de Música de América y España dará a conocer por primera vez las composiciones: *Sinfonía Aitana*, de Oscar Esplá; *Sinfonía de Don Rodrigo*, de Alberto Ginastera; *Canticum in P. P. Johannem XXIII*, de Ernesto Halffter; *Capriccio para arpa y orquesta de cuerda*, de Walter Piston; *Concertino para arpa y cuerda*, de Virgil Thomson; *Te Deum, para bajo, coro y orquesta*, de Héctor Tosar; *Mixturas*, de Carmelo A. Bernaola; *Preludio sinfónico*, de Roberto Pineda-Duque; *Constanes rítmicas*, de José Soler; *Sincronismos núm. 2*, de Mario Davidovsky; *Pieza para instrumentos de metal y cinta magnetofónica*, de Vladimir Ussachevsky, y *Lamentos*, de Pozzi Escot.

Conversaciones musicales

Paralelamente a la celebración de los conciertos, se desarrollarán las Primeras Conversaciones de Música de América y España, en las que figuran como ponentes los maestros Oscar Esplá, presidente de los coloquios *(Exposición crítica de la música actual en España)*; Domingo Santa Cruz, vicepresidente *(Exposición crítica de la música en Hispanoamérica)*; Virgil Thomson *(Exposición crítica de la música en Norteamérica)*, y Alberto Ginastera *(Relación actual y tendencias actuales de la música de América y España)*, pudiendo intervenir con comunicaciones y observaciones la totalidad de los músicos y personalidades asistentes.



josé soler (España).
«CONSTANTES RITMICAS».

Jornadas intensas

Del 14 al 31 de octubre de 1964, pues, Madrid va a vivir una gran convocatoria, recibiendo a los principales compositores, críticos, intérpretes y personalidades del continente musical americano, a los que se unirán sus colegas españoles y una brillante representación de la crítica europea.

Recepciones, viajes, actos sociales ofrecidos por diversas entidades, complementarán las horas de estudio y audición. Y como nota destacada citemos una muestra singular: la «Exposición Manuel de Falla», reunión—en espacio original—del tiempo, «las partituras, cartas, libros, admiraciones y amistades, honores» y ese hilo sutilísimo de emoción hacia la figura del gran maestro, que constituye la pauta espiritual del I Festival de Música de América y España.

M. O.

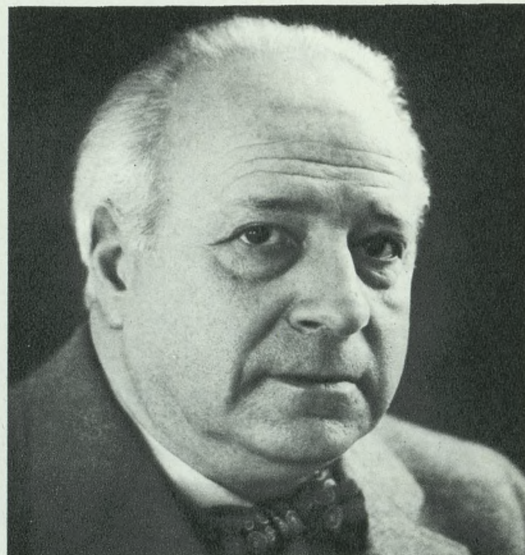
estrenos mundiales



alberto ginastera (Argentina).
«SINFONIA DE DON RODRIGO».



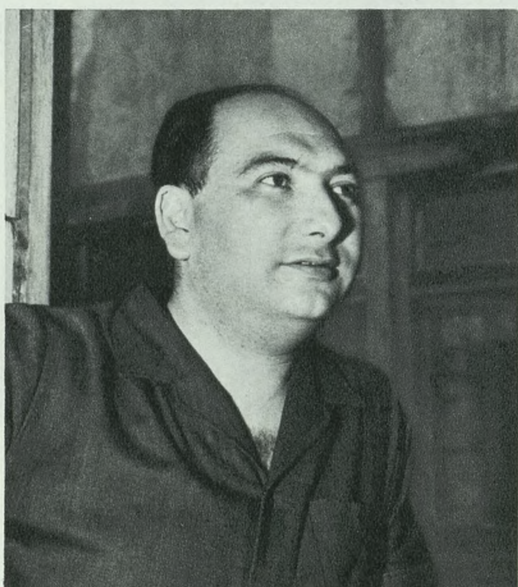
ernesto halffter (España).
«CANTICUM IN P. P. JOHANNEM XXIII».



walter piston (Estados Unidos).
«CAPRICCIO PARA ARPA Y ORQUESTA DE CUERDA».



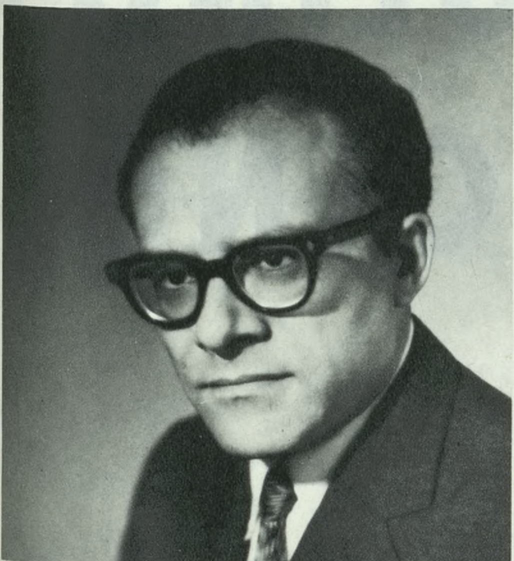
héctor tosar (Uruguay).
«TE DEUM PARA BAJO, CORO Y ORQUESTA».



carmelo a. bernaola (España).
«MIXTURAS».



r. pineda duque (Colombia).
«PRELUDIO SINFONICO».



vladimir ussachevsky (EE. UU.).
«PIEZA PARA INSTRUMENTOS DE METAL Y CINTA MAGNETOFONICA».



mario davidovsky (Argentina).
«SINCRONISMOS NUM. 2».



pozzi escot (Perú).
«LAMENTOS».

La inmensidad de la llanura manchega en la geografía del «Quijote».

MOLINOS HISPANOAMERICANOS EN CAMPO DE CRIPTANA

«...En España está Castilla,
y en Castilla está la Mancha,
y en la Mancha del *Quijote*
está Campo de Criptana.
Y coronando la villa,
los "gigantes" que la guardan...»



El molino «Cariari» de Costa Rica.

PARA comprender la Mancha, para abarcar la inmensidad de su llanura, en la que la mirada se pierde en lejanías sin fin; para contemplar la maravillosa sucesión de matices de sus tierras de labor, que se extienden hasta confundirse con los azulados perfiles de las sierras en los horizontes; para entender, en fin, en sus rasgos fundamentales, la geografía literaria del *Quijote*, es preciso asomarse a la espléndida balconada de los cerros que son pedestal de la villa manchega del Campo de Criptana. Es el gran mirador de la Mancha.

A sus pies la llanura se extiende grandiosa, inacabable, sin que sean capaces de detener el empuje arrollador de la tierra llana los dentados perfiles de los montes de Toledo en Puerto Lápice o las azulencas gibas de las sierras de Alhambra y Alcaraz. Un auténtico mar de tierra se ofrece a la mirada, que resbala por la extensa superficie, recogiendo en rápida panorámica la riqueza del paisaje no adivinado, que no es árido y muerto—¡lejos el tópico del páramo y la estepa!—, sino lleno de vida, en el que alternan con las manchas pardas, ocres, rojizas, de sus limpios barbechos, las doradas y ondulantes mieses, que el viento riza en auténtico oleaje; los verdes pámpanos de los viñedos, que amparan en milagrosa frescura los prietos racimos, y el gris plateado de los viejos olivos. Trinitaria cosecha manchega, ofrenda litúrgica de esta tierra llana—el pan, el vino y el óleo—al Creador. Y, completando esta imagen marinera, caprichosamente diseminados como brillantes islotes, como luminosos archipiélagos, los hitos blancos de las casas campesinas, las quinterías, los «coceros» y los «majanos» salpicando de espumas el paisaje.

No es extraño que un poeta manchego viese los molinos de viento como «bajeles en tierra» y los llamara «fragatas manchegas». Tres «carabelas» resto de la poderosa «armada» que para Don Quijote fueran gigantes—aque-

En el albaicín criptanense
las casas trepan
hasta los molinos.





Molinos de la comunidad hispánica:
«El Pilón»,
de Argentina,
junto a «El Burleta»
y «El Infanto».

llos «treinta o poco más»—navegaron un día hasta tierras americanas en singladura de ilusión, mensajeras de la madre patria como antaño las naves de Colón, en demanda de apoyo para este vivo monumento a Cervantes que son los molinos de viento.

Esta llamada quijotesca del espíritu habrían de entenderla y atenderla necesariamente aquellos países hermanos que hablan nuestra misma lengua, que piensan y sienten en este común vivir del espíritu de una raza que se llama Hispanidad. Los pueblos hispánicos van a levantar el mayor monumento a Cervantes en el corazón de la Mancha secular, en la misma cabecera de la «Ruta de Don Quijote», en la villa del Campo de Criptana, «la de los molinos de viento».

El viajero que se acerca a este pueblo—«el más bonito de toda la Mancha», en frase del pintor Gregorio Prieto—contempla entusiasmado su inconfundible silueta, ya difícil de olvidar. Reclinada la villa sobre la ladera de la colina, levantándose sobre la línea del horizonte como en un esfuerzo ascensional, la nítida blancura de sus casas reverbera al sol como una joya, coronada por los molinos de viento, guardia de gigantes en permanente alerta, que, tendiendo sus aspas sobre una teoría de tejadillos rojos, pardos, ocres, con ademán protector, cuidan celosos de su pureza, de su blancura y de su leyenda.

Y hoy, junto a los viejos molinos, que saben de la «descomunal batalla», tres nuevos gigantes yerguen su blanca silueta sobre la villa. Nuestros hermanos, los hombres de allende los mares, los plantaron en estas tierras del Caballero y el Escudero, como símbolo de un ideal. *Quimera*, de Chile; *Pilón*, de Argentina, y *Cariari*, de Costa Rica, forman la vanguardia de esta nueva escuadra.

Tres molinos nuevos, blancos, que en esta mar de la Mancha llevan sus aspas, alas al viento, un olor marinero, salpicados de espumas. Tres gaviotas americanas de las abruptas costas del Oeste y la misteriosa isla de Pascua; de las costas de acá, en que los ríos se hacen mar y el mar se confunde con los ríos; de las costas verdes que lanzan a los dos océanos el aroma del cafetal. Tres gaviotas deslumbrantes, de fúlgida blancura, que, como a Colón, anuncian la proximidad de las tierras americanas.

Hermanos de América, de Filipinas; los que entendéis nuestra lengua y nuestro corazón: en la tierra de Don Quijote está vuestra propia tierra. Los gigantes tienden sus brazos no en son de amenaza, sino en abrazo de paz, esta paz que nos rebosa por españoles y por cristianos. Y no olvidéis «que los suelen tener algunos de casi dos leguas»...

JOSE ANTONIO SANCHEZ MANJAVACAS

(Fotos Dumny.)

filatelia

LUIS MARIA LORENTE

Desde el año 1960 se emiten en España unas series de sellos denominadas «Forjadores de América», con las que se enaltece la obra de las personalidades de la historia hispanoamericana. Tales series se ponen a la venta y circulación los 12 de octubre, Día de la Hispanidad.

Todas estas series de los «Forjadores de América» están compuestas por un total de ocho sellos, figurando en cada una de ellas cuatro personalidades, o sea, que cada una de éstas figura al mismo tiempo en dos sellos de distinto valor facial. Estos ejemplares tienen un mismo formato y una similitud de composición, por lo que todos ellos reunidos forman un conjunto armónico. Son sellos confeccionados en huecograbado y a dos colores, con tiradas en series completas, del orden de los tres millones y medio de ejemplares.

La serie del año 1960 fue dedicada a cuatro personajes que hicieron que la Florida, hoy Estado norteamericano, fuera durante siglos territorio español, y son: Pedro Menéndez de Avilés, marino y militar, que tuvo numerosos mandos en buques y peleó en la batalla de San Quintín, para luego ser gobernador de Cuba y reconquistar la Florida; Hernando de Soto, que estuvo en Darién con Pedrarias Dávila, en Nicaragua con Fernández de Córdoba y en Perú con Pizarro, para después ser nombrado también gobernador de Cuba y adelantado de la Florida, desde donde marchó hasta el Mississippi, descubriéndolo, y en cuyas aguas fue sumergido; Juan Ponce de León, que fue a América con Ovando, y, obsesionado por la fantástica idea de la existencia de una fuente maravillosa de permanente juventud, navegó hasta las Bahamas y descubrió la Florida en 1512, de donde fue nombrado adelantado; y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que, a resultas de la desgraciada expedición de Pánfilo de Narváez a estas tierras, permaneció seis meses cautivo, y luego, andando, llegó hasta Tejas, siguiendo posteriormente hasta San Miguel de Culiacán, en México. No terminaron aquí las caminatas de Cabeza de Vaca por tierras americanas, pues, siendo administrador de la colonia del Plata, llegó hasta el actual Paraguay.

La serie de 1961 se emitió en honor de: Sebastián de Belalcázar, que estuvo en Nicaragua y Perú, fundó San Francisco de Quito y Santiago de Guayaquil, así como otras poblaciones en la región de Popayán. Blas de Lezo, marino, que, siendo guardiamarina, perdió la pierna izquierda y, con el grado de teniente de navío, el ojo del mismo lado; participó en numerosos combates, ganando la gloria en la defensa de Cartagena de Indias contra una escuadra al mando del almirante inglés Vernon, que tan seguro estaba de su victoria, que antes del combate ya había mandado acuñar una medalla conmemorativa. Rodrigo de Bastidas, el navegante que fue tras Colón y exploró el mar de las Antillas, fundando Santa María en Nueva Granada. Y Ñuflo de Chaves, al que llamaban «la flecha humana», por sus numerosos viajes, que llegó al Paraguay con Cabeza de Vaca, recorrió los ríos Pilcomayo y Paraguay, cruzó dos veces el Chaco y fundó las poblaciones de Nueva Asunción y Santa Cruz de la Sierra.

En 1962 se honra a: Alonso de Mendoza, militar en las campañas de Italia y Alemania, participa en la conquista de México, y, para celebrar la pacificación del Perú por La Gasca, funda la ciudad de Nuestra Señora de la Paz. Gonzalo de Quesada, licenciado en Derecho y militar, justicia mayor con Pedro Fernández de Lugo, llega hasta las fuentes del río Grande o Magdalena y funda Santa Fe de Bogotá. Deslumbrado por la leyenda de Eldorado, alcanzó el Orinoco y fue el primer hombre blanco que comió patatas. Juan de Garay, que estuvo con Ñuflo de Chaves en la fundación de Santa Cruz de la Sierra. Capitán general del río de la Plata, se le debe la segunda fundación de Buenos Aires, en el año 1580. Y Pedro de la Gasca, que fue nombrado por Carlos I presidente de la Audiencia del Perú en unos momentos turbulentos; pero su actuación fue tan feliz, que se le ha calificado de hábil, benéfico y justiciero.

La serie del año 1963 estuvo dedicada a: José Gálvez, visitador general de Nueva España, quien durante su gestión desde 1765 a 1771 realizó reformas altamente beneficiosas para tal virreinato y fue el que impulsó el avance de la presencia española en California, al tiempo que creó el primer Departamento Marítimo que hubo en América, en el puerto de San Blas. Fray Junípero Serra, el franciscano evangelizador de las Californias y fundador de numerosas misiones en aquellas tierras, algunas hoy importantes poblaciones. Vasco Núñez de Balboa, que llegó a América con Rodrigo de Bastidas, para luego descubrir, en septiembre de 1513, el mar del Sur o Pacífico. Y Diego García de Paredes, que, después de combatir en Italia, fue al Nuevo Mundo, fundando en Venezuela la ciudad de Trujillo.

La serie del año actual recuerda: Al marqués de Charcas y de los Atabillos, Francisco Pizarro, conquistador del Perú, personalidad rayana en lo mitológico y con dotes extraordinarias de dirigente de hombres. Asimismo, se honra a uno de sus grandes lugartenientes, Diego de Almagro, que fue luego nombrado adelantado de los territorios al sur del Perú y llegó hasta Copiapó, en Chile, mientras su segundo, Saavedra, se internaba en Bolivia. El virrey Francisco de Toledo, que dio una organización administrativa al Perú, dividiéndolo en cincuenta distritos o corregimientos, estableciendo en cada pueblo un cabildo y decretando que los indios tuvieran sus propios jefes indígenas. Y Santo Toribio de Mogrovejo, licenciado en Leyes por Salamanca, en donde fue catedrático; por su capacidad y conocimientos, sin ser eclesiástico, fue nombrado arzobispo de Lima, en donde desarrolló una intensa labor misionera.

Si de por sí estos sellos dedicados a los «Forjadores de América» son interesantes, su valor se acrecienta por el hecho de que ya varias veces el motivo del sello español ha tenido una réplica en sellos de Repúblicas americanas. Así, Bolivia en 1961, y con ocasión del IV centenario de la fundación de Santa Cruz de la Sierra, emitió un sello en honor de Ñuflo de Chaves; en 1962, otro dedicado a Alonso de Mendoza, y un tercero, honrando a Panamá, en este año de 1964, puso en servicio dos sellos al cumplirse el 450 aniversario del descubrimiento del mar del Sur o Pacífico, con la efigie de Vasco Núñez de Balboa. Todos estos sellos bolivianos y panameños fueron confeccionados, al igual que los españoles, por la Fábrica Nacional de Moneda de Madrid.







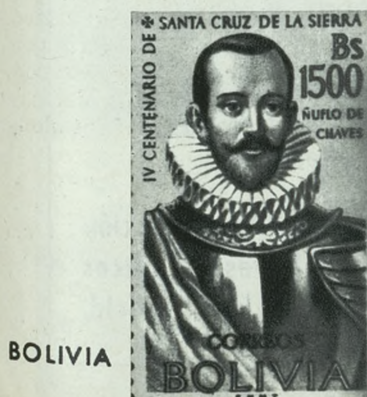








ESPAÑA



BOLIVIA

BRASIL

Un sello de 20 cruceiros, color púrpura, recuerda a Su Santidad Juan XXIII. Impreso en litografía.

CUBA

Bajo el título de «Flota Mambisa», una serie con los valores de 1, 2, 3, 9 y 10 centavos muestra distintos tipos de buques. Son sellos policolores, realizados en litografía.

Otra serie es la que lleva por título «El ahorro fomenta la industria nacional», compuesta de los faciales 1, 2 y 13 centavos.

ECUADOR

El sello de correo ordinario del año 1958, conmemorativo de la visita del Presidente de Honduras, ha sido sobrecargado para ser usado en el correo aéreo. Igual transformación ha sufrido el sello de la misma serie en honor de la visita del ministro de Asuntos Exteriores de Colombia, don Carlos Sanz de Santamaría. Un sello de 80 centavos, multicolor y del mismo formato que de la serie de 1961, reproduce la mariposa que figuraba en el de idéntico valor de tal serie.

MEXICO

Los sellos con faciales de 10, 20 y 40 centavos de la serie para el correo ordinario de 1950-52, así como los de 10 y 20 pesos de la aérea de los mismos años y el de 50 centavos de entrega inmediata de 1956, aparecen ahora con nueva filigrana.

El L aniversario de la defensa de Veracruz se conmemora con un 40 centavos para el correo aéreo, en el que figuran las efigies del oficial de la Armada teniente José Azueto y del cadete Virgilio Uribe.

PANAMA

Los sellos correspondientes a la serie «Libertad de cultos», de 10 centavos de valor, en los que figuran el templo de Dom Bosco y la iglesia de los Sales, han sido de nuevo emitidos, con colores distintos de los anteriores.

PERU

Para el correo aéreo, y en honor de la organización Alianza para el Progreso, apareció una serie de faciales de 0,40, 1,30 y 3 soles, en los que figura la insignia de la organización.

URUGUAY

La nueva tirada del sello de 20 centésimos dedicado a la Cruz Roja se distingue de la anterior en que no lleva el pie de imprenta nacional.



Perspectiva panorámica de San Antonio (Tejas).

UN INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA EN TEJAS

Por

ENRIQUE RUIZ-FORNELLS

Patio del palacio del gobernador español.



CURIOSIDAD intelectual e interés por las tareas académicas de España han existido siempre en los Estados Unidos. En aquellas regiones donde la huella española todavía existe, el interés continúa por tradición y propio impulso. En aquellas otras por las que los españoles no pasaron y no hubo estudios de la cultura y la lengua del mundo hispánico, ha surgido gracias al esfuerzo de un grupo de hispanistas que desde época muy temprana contribuyeron a su expansión.

El profesor Harry Bernstein, en la ponencia que presentó al Congreso de Instituciones Hispánicas, celebrado en Madrid en junio de 1963, *The Yankee and the Hispanist,* declaró que ya en 1741 Garrat Noel escribió la primera gramática española, impresa cuando los Estados Unidos todavía eran colonia. Más tarde los nombres de William H. Prescott, George Ticknor, Henry W. Longfellow y William Dean Howells figuran siempre, entre otros, como los de esforzados hispanistas que dedicaron con éxito sus vidas al estudio de estas materias. Es decir, que todo lo hispánico es estudiado en los Estados Unidos con dedicación, profundidad y constancia desde hace siglos.

Una de las regiones donde el paso de los descubridores españoles ha quedado más claro es la de Tejas. Su tradición española

UN INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA EN TEJAS



Don Pedro Sánchez Navarro, director del Instituto de Cultura Hispánica de San Antonio, y su esposa.

La Villita, un pueblo español que ocupa toda una manzana a la sombra de los rascacielos.

data de los primeros años del siglo XVI, cuando Alonso de Piñeda navegó a lo largo de la costa del Estado hasta la desembocadura del río Grande. De 1528 hasta 1536, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, superviviente de la expedición de Pánfilo de Narváez, exploró el Sur, y Francisco Vázquez de Coronado cruzó el Norte. Durante ciento cuarenta años otros españoles—Luis de Moscoso y Alvarado, Antonio de Espejo y Juan de Oñate—atravesaron en diferentes ocasiones las tierras de Tejas. En 1690, Alonso de León estableció la misión de San Francisco, abandonada tres años más tarde. No fue, sin embargo, hasta 1800, cuando la civilización hispánica arraigó firmemente en esas regiones.

Muchos son los recuerdos que a partir de entonces conserva Tejas de España. Y quizá la ciudad que guarda más intacta esta esencia es San Antonio, situada al sur del Estado, y donde hoy día existe un Instituto de Cultura Hispánica, lleno de actividad y proyectos.

San Antonio tiene constante relación histórica con todo lo español. Fundada en 1718 por una expedición procedente de Monclova, capital entonces del Estado de Cohauila, constituyó el primer establecimiento europeo de Tejas. Actualmente es centro comercial del Sur y el natural puerto de tránsito entre México y los Estados Unidos, con un poderío industrial creciente.

La ciudad fue mencionada ya por Cabeza de Vaca al relatar su visita a lo que hoy se llama las Villitas, y que entonces era el lugar de estacionamiento regular de los soldados españoles. Antes había sido residencia de los indios Cohuittecan. La ciudad fue siempre puesto militar importante, y, por tanto, en ella han tenido lugar gran parte de los acontecimientos importantes del suroeste americano.

A finales del siglo XVII los franciscanos españoles empezaron a llevar la cruz y la civilización a Tejas. En 1691, en la aldea india Yanaguana, el padre Damián Massanet erigió una cruz y bautizó el lugar con el nombre de San Antonio. En 1718 se le concedió carácter oficial con la fundación de la misión de San Antonio de Valero, más tarde conocida con el nombre de El Alamo. A pocos kilómetros de este lugar fue construida también la de San José, y en 1730, las tres misiones de San Francisco de la Espada, San Juan Capistrano y Concepción Acuña.

El primer intento serio de colonización se realizó en 1731, al establecerse 15 familias procedentes de las islas Canarias, con un total aproximado de 55 personas. La colonia fue llamada de San Fernando.



Teatro al aire libre sobre el río Arneson.

El río cruza por el centro de San Antonio, dándole un gran encanto a la ciudad.



La misión de San José une la moderna ciudad de San Antonio con su pasado.

UN INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA EN TEJAS



La catedral de San Fernando es uno de los monumentos más importantes de Tejas.

Si los orígenes del actual Estado de Tejas son de la más pura raíz hispánica, al crecer y desarrollarse, la población de habla hispana lo ha hecho al mismo compás. Según el censo de 1950, Tejas cuenta con un millón y medio de personas que todavía conservan sus costumbres, lengua y en muchos casos la religión de sus antecesores.

El sistema educativo de Tejas es de los más completos. Consta de 52 *Junior Colleges* y Universidades, sin incluir las organizaciones dedicadas a la enseñanza media y elemental. La institución más importante y una de las de mayor prestigio en todo el país es la Universidad de Tejas (1887), que radica en la ciudad de Austin. A ésta siguen otras de una gran actividad académica, como Baylor University (1844), Texas Christian University (1873), North Texas State College (1890), Texas Women University (1901) y Rice University (1923), entre otras.

Concretamente, en San Antonio es de notar que desde los primeros días de su historia, además de ser centro comercial importante, ocupa también en el plano cultural uno de los lugares más destacados. La Orquesta Sinfónica de la ciudad es conocida por sus interpretaciones en toda la nación, y sus temporadas de ópera, galerías de arte, museos y grupos artísticos son un buen exponente de su inquietud en este aspecto.

Atendiendo únicamente al plano educativo, San Antonio cuenta, para una población de 587.718 habitantes, con 46 escuelas elementales, 16 institutos de enseñanza media y cinco universidades, que forman el núcleo de la educación superior de la ciudad. En su recinto se encuentra St. Mary's University (1852), Trinity University (1869), Incarnate Word College (1881), Our Lady of the Lake College (1912) y San Antonio College (1925).

En este centro moderno y pujante, y dentro de la vida académica y cultural de Tejas, es donde se ha fundado un Instituto de Cultura Hispánica, por iniciativa de don Pedro Sánchez Navarro y del padre Ignacio Barrachina, que, convencidos de la necesidad de hacer sentir la cultura hispánica entre gentes de habla española, reunieron sus esfuerzos y medios económicos para la instalación del Instituto. Fundado el 15 de diciembre de 1956, quedó reconocido por las leyes y registro público del Estado de Tejas el 14 de febrero de 1957. En medio de casi dos millones de personas de ascendencia española, el Instituto recoge el pasado cultural para transportarlo y cederlo a las nuevas generaciones. A través de su Junta Directiva mantiene estrechos lazos de contacto con los de México y Madrid. Su biblioteca, siempre creciente, forma ya, sin duda alguna, un centro especializado, y, bajo la dirección de profesores con experiencia de muchos años, organiza clases de lengua española, conferencias sobre temas históricos y literarios, representaciones teatrales y recepciones.

Por su emplazamiento, la tradición que recoge, el entusiasmo de sus miembros y la constante y progresiva labor que realiza, el Instituto está llamado a ser un centro importante de difusión de la cultura de los pueblos hispánicos en los Estados Unidos.

E. R.-F.

EDUARDO FREI

PRESIDENTE DE CHILE

UN caballero chileno de alta estatura, prestancia señorial, palabra brillante y emotiva, que llega al corazón de quien la escucha, es el nuevo Presidente de Chile. Don Eduardo Frei Montalva va a suceder a otro caballero, el gran señor don Jorge Alessandri, actual vecino de la Casa de la Moneda, el viejo palacio virreinal que Santiago ha conservado celosamente como una reliquia histórica para despacho del jefe del Estado, lo mismo que ocurre en tantas otras capitales hispanoamericanas con los grandes monumentos de la herencia española.

Al conocerse en la medianoche del 4 al 5 de septiembre el triunfo electoral definitivo y contundente del líder demócrata cristiano, el mundo entero, que esperaba con emoción el resultado, dio un respiro de satisfacción. Porque esta vez, la primera en la historia de Chile, sus elecciones presidenciales habían desbordado la medida nacional para convertirse en un acontecimiento de interés público mundial. En la América inquieta de nuestros días, los fenómenos políticos se suceden en serie, y un triunfo marxista, que era la disyuntiva que se oponía al democristianismo, hacía temer un desiderátum capaz de romper la estabilidad del Nuevo Mundo.

Estas elecciones han sido emocionantes, además, porque desde el primer momento, hace ya medio año, cuando se enfrentaron resueltamente las figuras de Allende y Frei, los cálculos asignaban iguales posibilidades a uno y a otro. El recuento previo era tan equilibrado, que tenía en vilo a un tiempo a los chilenos y a todo el mundo occidental. Por eso, el día del comicio histórico se había congregado en Santiago una muchedumbre de periodistas, fotógrafos, cameraman e informadores de todos los medios de comunicación, llegados de todas partes. Se veía por las calles a quienes iban a difundir la nueva por las ondas, cargados con el equipo de trabajo: máquinas portátiles en la mano, y en bandolera, magnetófonos, cámaras, micrófonos y cuanto la moderna técnica de la transmisión ha incorporado al periodismo de la era atómica el viejo periodismo de la pluma estilográfica y el signo taquigráfico.

La coincidencia era absoluta, en una apreciación que ha resultado fallida: el triunfador lo sería por la mínima diferencia, apenas definitoria. No ha ocurrido así: el triunfo de Frei, que en una suma global de dos millones y medio de votos ha logrado una ventaja de más de cuatrocientos mil, es la sorpresa gozosa que Chile le ha dado al mundo. Naturalmente, los teóricos se han lanzado al estudio del fenómeno para analizarlo y explicárselo. Se considera que la decisión ha estado en manos de la mujer chilena. A ella le corresponde el 53 por 100 del censo y ella ha sido la que ha volcado la votación. Lo que equivale a decir que esa decisión, en última instancia, ha sido de carácter espiritual. Porque en Chile todos estaban de acuerdo en que es imprescindible una transformación social profunda; incluso Frei era más contundente que su adversario marxista en el enfoque de algunos aspectos, pero la auténtica división que diferenciaba a los candidatos era, repetimos, de orden espiritual. Frei, católico de arraigo y prestigio, se aferraba a la mano de Dios, y anunciaba la realización de su revolucionario programa social en el seno de la vida cristiana, mientras que Allende, materialista como cumple a un discípulo de Marx, pretendía realizar su programa ceñido al rigor frío de las cifras y el cálculo.

Nos encontramos, pues, ante un claro triunfo del espíritu de Chile, que ha demostrado conservar el tesoro de la fe heredada por encima de eventualidades comunes de carácter social. Ahora, tras el respiro de la victoria, se ha despertado en el mundo la curiosidad por el futuro chileno. Las declaraciones del nuevo Presidente son categóricas y anuncian cambiar la estructura del país. Puede decirse que son los chilenos los que más tranquilos están. La inquietud es foránea y se refiere a los altos intereses establecidos a lo largo de los cuatro mil kilómetros de «loca geografía», como ellos llaman a su territorio, espigado entre el Pacífico y la columna cenital de los Andes. Los ricos han votado a Frei, y le han votado los pobres. Quiere decir que están de acuerdo en la exigencia de una reforma social profunda, que los primeros aceptan conceder lo que Frei pretende transferir a los segundos. Y entre los dos sectores, diferenciados en Chile como en pocas partes, el Estado que el Presidente demócrata-cristiano va a presidir inspira a unos y a otros confianza en que la evolución será profunda y constructiva.

Carlos Marx ha perdido vigencia. Las encíclicas papales de Juan XXIII constituyen ahora el alto código ideal para la formación de la nueva sociedad, donde en paz y en gracia de Dios ha de vivirse el ideal de justicia. Con «El capital» en sus manos ha sucumbido Allende. Con las encíclicas en las suyas ha triunfado Frei. La experiencia que va a vivir Chile es por eso de trascendencia universal y tiene para todos un interés acuciante. Estamos en septiembre y aún aparecen blancos los picachos de los Andes. El cielo chileno, azul, diáfano, refleja el azul del largo mar que baña sus costas. Se anuncia ya en los campos con brotes floridos la primavera austral. Resplandece el sol. La naturaleza, armoniosa y desbordante, parece un conjuro propicio para que la tierra araucana que Valdivia colonizó heroicamente, el gran Chile, flor de cortesía ciudadana, de finura espiritual, de campechanía y de simpatía, inicie una era maravillosa de desarrollo y prosperidad para todos sus hijos.

FELIX CENTENO



Eduardo Frei saluda a la multitud con el doble signo de la victoria después de conocerse su triunfo electoral.



El nuevo Presidente chileno goza de una extraordinaria popularidad, y en cualquier lugar donde es advertida su presencia el público le agasaja.

Entrevista Castiella - Cabot Lodge





El embajador norteamericano Mr. Henry Cabot Lodge, enviado especial del Presidente de los Estados Unidos, celebró conversaciones con el ministro español de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, en San Sebastián. En la segunda fotografía, Mr. Cabot Lodge durante la conferencia de prensa que tuvo lugar en el aeropuerto de Barajas momentos después de su llegada a Madrid.





El Presidente de Nicaragua, miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica

Ministro venezolano en Madrid

El ministro de Obras Públicas de Venezuela, don Leopoldo Sucre Figarella, que ha realizado un breve viaje a España, visitó a su colega español don Jorge Vigón, con quien aparece en primer término en la fotografía. El señor Sucre ha cambiado impresiones con el general Vigón para estudiar la posibilidad de emplear en Venezuela ingenieros españoles.

Clausura del CEMCO 63

En el Instituto Eduardo Torroja, de la Construcción y del Cemento, se clausuró el curso CEMCO 63, al que asistieron 16 becarios hispanoamericanos. En la foto, el secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, don Enrique Suárez de Puga, entrega el diploma a uno de los ingenieros asistentes.



En la sede del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, de Managua, el Presidente de la República, doctor René Schick Gutiérrez, ha recibido del embajador español en Nicaragua, don José Pérez del Arco, el diploma y la placa de miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, por el constante apoyo que el doctor Schick presta a las actividades del Instituto Nicaragüense, del que es antiguo miembro. Asistieron a esta solemne ceremonia el Gobierno, el Cuerpo Diplomático y más de 300 invitados, representantes de todos los medios sociales.

El Presidente Schick pronunció un importante discurso de marcada significación hispánica, contestando a las palabras de ofrecimiento del embajador español al entregarle el diploma. Después se hizo entrega también de sus correspondientes títulos a los miembros de la Junta de Honor del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, por este orden: Presidente de la República, doctor Schick; embajador de España, señor Pérez del Arco; ministro de Relaciones Exteriores, doctor Ortega Urbina; ministro de Educación Pública, doctor Meneses Ocón; presidente de la Cámara de Diputados, doctor Morales; rectores de la Universidad Nacional y de la Centroamericana, doctor Fiallos y padre Pallais; presidente de la Academia Nicaragüense de la Lengua, don Pablo Antonio Cuadra; ex presidentes del Instituto Nicaragüense, doctores Vega Bolaños e Ycaza Tigerino, y miembros del Tribunal Supremo, doctores Serrano y Linares. En este acto el presidente de la Junta directiva del Instituto Nicaragüense, don Juan Munguía Novoa, pronunció un discurso de vinculación al Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, glosando varios párrafos del discurso que el ministro español de Asuntos Exteriores, señor Castiella, había pronunciado en la clausura del Congreso de Instituciones Hispánicas en El Escorial.

En la primera foto, el Presidente de Nicaragua, doctor René Schick, con el embajador de España, don José Pérez del Arco, y el presidente del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, don Juan Munguía Novoa. En la segunda, un aspecto parcial del salón del Instituto donde se celebraron los actos, repleto de ilustres personalidades.



objetivo hispánico

Zorrilla de San Martín, condecorado



Durante la recepción ofrecida por el embajador español en Montevideo, don Rafael Ferrer Sagreras, y su esposa, doña Pilar Regoyos, en la que le fue impuesta la Gran Cruz de Isabel la Católica al ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, aparecen, de derecha a izquierda: el asesor diplomático don Gilberto Pratt, el ministro don Alejandro Zorrilla de San Martín, señorita Lacalle Herrera, el escultor don José Luis Zorrilla, doña Pilar Regoyos, el embajador alemán señor Ebert, señora de Zorrilla San Martín, el ministro de Obras Públicas, don Isidoro Vejo; señora de Alfaro y don Francisco Limiñana, ministro encargado de Asuntos consulares en la Embajada de España.

Consagración de un nuevo obispo ecuatoriano



En la catedral de Loja (Ecuador), el nuncio de Su Santidad monseñor Bruniera ha consagrado al religioso ecuatoriano fray Jorge Mosquera como vicario apostólico de Zamora-Chinchipe y obispo titular de Asuoremista.

Monseñor Mosquera, cuando ejercía el cargo de prefecto apostólico en las misiones del oriente ecuatoriano, descubrió las ruinas de Valladolid y decidió refundar la ciudad que en el siglo XVI había creado Juan Salinas de Loyola. Ahora, en su escudo episcopal, ha querido que figuren entrelazadas las banderas de Ecuador y España, y rogó al embajador español, conde de Urquijo, que le apadrinara en la ceremonia de la consagración episcopal.

En la foto, el conde de Urquijo con los embajadores de Perú y de Panamá en el acto académico que se celebró en Loja después de la consagración del nuevo prelado y durante el cual pronunció unas emotivas palabras el embajador de España.

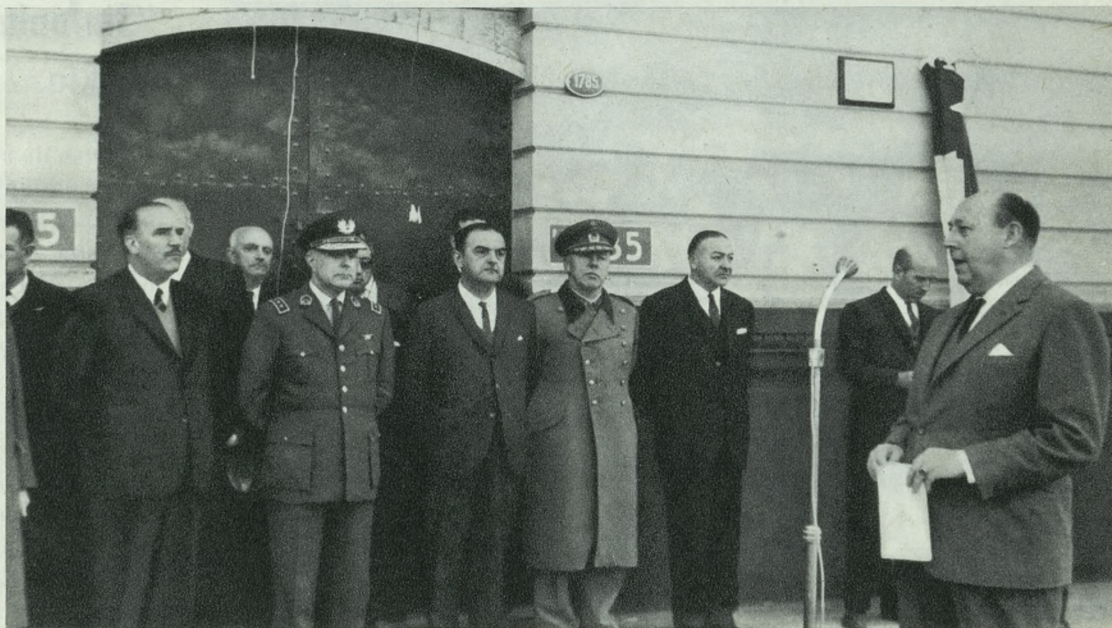
XXXVII Aniversario de la Guardia Civil peruana

El embajador español en Lima, don Angel Sanz Briz, con los ministros de la Guerra, Asuntos Exteriores y Marina, el alcalde de Lima, el jefe del Estado Mayor del Ejército peruano y don Víctor Andrés Belaúnde, en uno de los actos conmemorativos del XXXVII aniversario de la creación del Cuerpo de la Guardia Civil en el Perú.



En memoria de Concha Espina y Víctor de la Serna

En Valparaíso, las autoridades de la ciudad, en presencia del cónsul general de España, han descubierto una placa conmemorativa en la calle de Yungay, en el mismo edificio donde vivió la eminente novelista española Concha Espina y donde nació su hijo el ilustre escritor Víctor de la Serna. Pronunciaron emotivos discursos de gran fervor hispánico el alcalde, señor Winter Elizalde; el cónsul, señor Ruiz del Arbol, y el presidente del Instituto Chileno de Cultura Hispánica, señor Montecinos Caro. El acto contribuyó a exaltar los profundos vínculos existentes entre España y Chile.



En el Instituto Panameño de Cultura Hispánica

El Instituto Panameño de Cultura Hispánica condecoró al nuevo obispo de David, monseñor Daniel E. Núñez, que fue asesor cultural en varias juntas directivas. En la foto, don Manuel Benavent, vicepresidente del Instituto; la doctora Elsa Mercado, embajador de Panamá en Madrid; el nuevo prelado, dando las gracias por la condecoración con que le distingue el Instituto; don Félix Fernández-Shaw, encargado de Negocios a. i. de España; don Benito Reyes, don José A. Molino y el conferenciante español don Félix Ros.



objetivo hispánico



Amistad hispano-colombiana

El conde de Montefuerte, encargado de Negocios de España en Bogotá, impone la Encomienda del Mérito Civil al industrial colombiano don Alberto Mc. Allister. En primer término, a la izquierda, don Eduardo Gómez Prieto, vicepresidente de la Cámara de Comercio Hispano-Colombiana, que también fue condecorado por su labor en el fomento del comercio entre España y Colombia.



"Sinfonía española", en Río

Grupo de personalidades asistentes, en un cine de Río de Janeiro, al estreno de la película *Sinfonía española,* patrocinado por la Embajada de España a favor de la Sociedad Española de Beneficencia. Estuvieron presentes el rector de la Universidad, el príncipe Pedro de Orleáns y Braganza, el secretario general de Asuntos Culturales de Itamaratí, embajadores de varios países hispanoamericanos y de España y otras personalidades.



Dimitri Tiomkin, caballero de Isabel la Católica

El compositor Dimitri Tiomkin ha sido distinguido por el Gobierno español con la Cruz de Caballero de la Orden de Isabel la Católica. En la fotografía, un momento del acto de imposición de las insignias. Acompañan al ilustre compositor don Félix Roberto Cortés, cónsul general de Costa Rica y decano del Cuerpo Consular de Los Angeles, y el cónsul de España en Los Angeles (a la derecha), don Eduardo Toda Oliva.

La diagonal del XXXVI Congreso de Americanistas

Por DEMETRIO RAMOS

DESDE los largos gallardetes de la gótica escalinata del Tinell, de Barcelona, donde los hombres de armas a la usanza del siglo XV, los clarineros, heraldos y maceros con gramallas rojas esperaban a los llegados de todos los confines, hasta la antigua Real Fábrica de Tabacos de Sevilla, hecha de piedras doradas y del aroma de los fardos que venían de ultramar, donde los congresistas tuvieron sus últimas sesiones, todo vivió—hombres y arquitecturas—al latido de las resonancias de América. Los distintos acentos del mismo idioma poblaron los rincones de la varia geografía española en el largo peregrinar del Congreso, que hubo de ser itinerante quizá por esa ansia que tuvieron las distintas regiones por dejarse acariciar de tan dulces modulaciones, si no fue por el deseo de mostrarse España totalmente abierta, de par en par, a la mirada de tantos ojos que adivinaban en cada encrucijada el origen de sus familias y los lances de sus antepasados. Por eso las solemnidades de Barcelona, cuadradas con su espíritu ceremonial y clásico, al modo del ritmo grecolatino que culminó, como un rito litúrgico, con las danzas del Pueblo Español de Montjuich, donde el concejal de la Ciudad Condal señor Asmarats nos habló de la capacidad aglutinante de la sardana, hasta el extremo de arrastrar al círculo mágico de las manos entrelazadas al propio doctor Pericot, presidente del Congreso. Por eso también los paseos por el viejo Madrid, más allá de la bajada del arco de Cuchilleros, y la escapada a El Escorial, y sobre todo, Toledo.

Si los actos de Barcelona fueron un feliz e inolvidable pórtico, el umbroso recorrido de Toledo, que condujo el doctor Angulo, y por otro lado, el propio director general de Bellas Artes, doctor Nieto, resultó impresionante. En aquellas callejas, en las galerías del mendocino Santa Cruz—convertido en maravilloso museo—, en las naves de la catedral, por donde antaño pisaron tantos y tantos llegados de las Indias en la época del Emperador, los congresistas volvían a pisar, justamente, sobre las huellas de sus predecesores. Las viejas piedras y los nuevos afanes de los americanistas se cruzaban las miradas, y los silencios y contemplaciones se comunicaron en ósmosis intemporal. Los empedrados de Toledo nunca pudieron ser mejor vestidos, ni sus esquinas, agudas como las espadas, mejor miradas. Así, sobre la lejana ermita que tomó como centro de su historia don José Zorrilla parecían flotar los versos de ronda del poeta venezolano Luis Augusto Arcay, que hablaban de la intimidad del encuentro con la amada:

Tú y yo, solos apenas.
Solos en la profunda soledad del tiempo.
En el aire detenido en sus vigilias.
En el lino de fuego de las horas...

Y luego, Andalucía, con la visita a la tierra de los marineros de Palos y al mudéjar convento de La Rábida, junto a la moderna Universidad de verano, y después, los caldos de Jerez, con aquella disputa de guitarras entre voces de México y aires llaneros de Mario Sanoja, y la de Arcos de la Frontera, encabalgada en aquel imponente picacho que miraba otrora al reino moro que desapareció el mismo año que se descubría América. Todo, en fin, parecía dispuesto para poder imaginar cómo estaba la España de entonces, con su sol caliente, cuando se gestó la gran aventura de los españoles. Y en Sevilla, la Sevilla americana—como la llamó don Alfonso de la Serna—, las viejas gradas de la catedral, donde se hacían las contrataciones para Indias, volvieron a poblarse de hombres llegados del otro lado del océano, como también la Casa Lonja, convertida en alcázar de la historia, se vio repleta de presurosos investigadores, que querían aprovechar la estancia para comprobar este o aquel dato, en aquella *resaca* del Congreso, como decía Rosarito Parra con su gracia andaluza. Todo esto fue el alma sutil de un Congreso lleno de fatigoso laborar en horas interminables.

De lejos, e incluso al pie de las sesiones de trabajo, apenas habrá podido advertirse la trascendencia que en el desarrollo cultural de España ha de tener el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas; desde dentro, en la palpitación febril de su pulso, este alcance se contemplaba como inexorable. Es más, su impacto no se limitará a la íntima influencia, dentro de nuestras fronteras, sino que desbordará su influjo sobre todo el orbe hispánico apenas en un puñado de años, pues al ponerse en línea—en toda la línea—el americanismo español, como resultado de las distintas escuelas nacidas y desarrolladas en todos los países implicados, actuará sobre ellos, por reflexión, el mejor servicio que ha de ofrecerles la decantación de sus experiencias reunidas. Se trata de un fenómeno de juvenil vitalidad que por ser antiguo se recrece sobre sus bases, al comprobarse—como se ha comprobado—su valor actualista, su legítima exigencia y su proyección hacia el futuro. Por eso, sin duda, el ministro de Educación Nacional de España, doctor Lora Tamayo, al contemplar en el viejo Salón del Tinell, de Barcelona, la nueva dimensión del americanismo que le colmaba, declaró solemnemente su decisión de crear en la Universidad catalana la sección de estudios americanistas, que faltaba, y de intensificar en todas las secciones de historia de las demás universidades, mediante la creación de las cátedras pertinentes, la preparación americanista. Por eso también el director general de Relaciones Culturales, don Alfonso de la Serna, en su discurso de clausura de Sevilla, pudo asegurar que si América es una antigua y permanente historia de amor que España tiene, «a este amor somos fieles, y queremos servir hoy profundizando en nuestro conocimiento americano y aportando, en la medida de nuestras fuerzas, una pequeña pero sincera ayuda para resolver los problemas de América». Y explicaba lúcidamente este interés actual como deber inexcusable, «porque en América se encuentra el terreno de desafío de nuestro tiempo al hombre occidental». Limpia España de toda mira interesada desde hace tantos años, no puede, en cambio, desconocer un deber y una deuda para unirse en la tarea con los pueblos hermanos, a los que no puede contemplar indiferente, como si con ellos no estuviera ligada por la sangre, la cultura y la trayectoria histórica, que en su modernidad tipificó sus bases configuradoras.

Por eso, quizá, el XXXVI Congreso Internacional de Americanistas no ha sido sedentario, sino caminante y peregrino, es decir, vitalista; nutrido, como un río, de los aportes sucesivos de las tres escuelas españolas, en las plataformas de tres grandes ciudades, tan distintas en su americanidad: la de Barcelona, ligada a su tradición promotora, la que predominó en el siglo XVIII; la de Madrid, engarzada en su afán de mirar ordenador, y la de Sevilla y La Rábida, abierta ya a los caminos del océano, de donde salieron descubridores y pobladores. Tensado sobre este trípode el laborar de los diez días del Congreso, muy distinto ha sido su espectáculo de los anteriormente reunidos en España.

El primero, que en 1881 tuvo por sede Madrid, IV de la serie, fue un auténtico acontecimiento social. El mismo Alfonso XII presidió una sesión, pronunció un florido discurso y reunió en torno suyo a los políticos de la época, pues incluso en los comités organizadores figuraban Cánovas del Castillo y Sagasta, los jefes de los partidos turnantes. Fue una especie de torneo, que se prolongó hasta la recepción ofrecida por el monarca en el Palacio de Oriente, como una fantasía de etiqueta, repleta de pecheras almidonadas.

El segundo, celebrado en 1892, nominalmente en La Rábida, IX de la serie, tuvo por sede los salones de un hotel de Huelva y contó con hasta 11 vicepresidentes y no menos de 25 secretarios adjuntos. Era, bien se puede suponer, una especie de aditamento a las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento, lleno de piezas oratorias, pues hasta Castelar estuvo presente. Doña María Cristina, reina regente, con el rey niño, se trasladó al histórico lugar para presidir la clausura de lo que casi se redujo a unos juegos florales colombinos. El tercero, reunido en Sevilla en 1935, XXVI de la serie, tuvo ya mayor enjundia, aunque sus actas tardaron en publicarse catorce años. Fue su presidente el doctor Marañón, cuyo discurso, pieza del mejor estilo y de diáfanas resonancias, recordó muy acertadamente su hijo, don Gregorio Marañón Moya, en la recepción que ofreció a los congresistas, como director del Instituto de Cultura Hispánica.

Con este último Congreso, a través de la diagonal que cruzó la geografía española en diez días, desde la Barcelona que vistió sus galas de apertura en el ambiente incomparable de su escenario histórico—allí donde se dio constancia oficial del descubrimiento del continente americano—, para pasar, por Madrid, El Escorial y Toledo, a Sevilla, La Rábida y Palos, donde la iglesia de San Jorge escuchó los rezos de los expedicionarios, América ha vuelto a ser noticia palpitante: entrega de un mensaje del pasado y llamamiento fogoso; como ejército movilizador de nuevas entregas, que desandaba el camino para volver al punto de partida y reemprender la tarea. No ha sido ahora ni un acontecimiento social, ni un torneo de elocuencias, ni una plataforma de políticos, ni solamente una prometedora esperanza. Ha sido una pura realidad de contrastación científica. El balance no puede ser más abrumador, con 26 simposios sobre temas específicos y 55 secciones dedicadas a las diversas especialidades, donde los investigadores y maestros de todas las latitudes han aportado sus experiencias y trabajos. Y, por si fuera poco, cinco exposiciones preparadas para el caso, amén de las publicaciones que se ofrecieron, como la *Bibliografía americanista española* y el número especial de *Revista de Indias*.

Y, curiosamente, como en la época de los relatos de los viejos cronistas de Indias, otra vez la preocupación se ha centrado sobre el hombre—el de ayer y el de hoy—: los hechos de los hombres y sus actividades y problemas, sin fondos de paisajes, en su pura esencia, desde su movilidad vital hasta su testimonio arqueológico. Tan amplia resonancia alcanzaron estas jornadas, que nunca congreso alguno se vio asistido por mayor atención informativa y difusora—como era lógico y como augurio esperanzador en esta España tan americana—, hasta que los aires de la Sevilla náutica y transcontinental volvieron a escuchar los versos de aquel poeta cubano, José María de Heredia, recordados por el doctor Pérez Bustamante en su discurso de clausura, que en el desgranar de sus estrofas evocaban los espectáculos de las ciudades del otro lado del océano, como la Cartagena de Indias:

Silente villa, antaño de océanos señora...

La sensación gozosa, pura delicia de un arco que se cierra, fue la mejor despedida, que podríamos reflejar con las frases de luminosa prosa del chileno Ovalle, cuando escribió: «Vamos por aquellos montes pisando nubes», porque todos, los que volvieron a América y los que nos quedamos en España, hemos vuelto a cabalgar, en efecto, sobre los algodones de la ilusión.

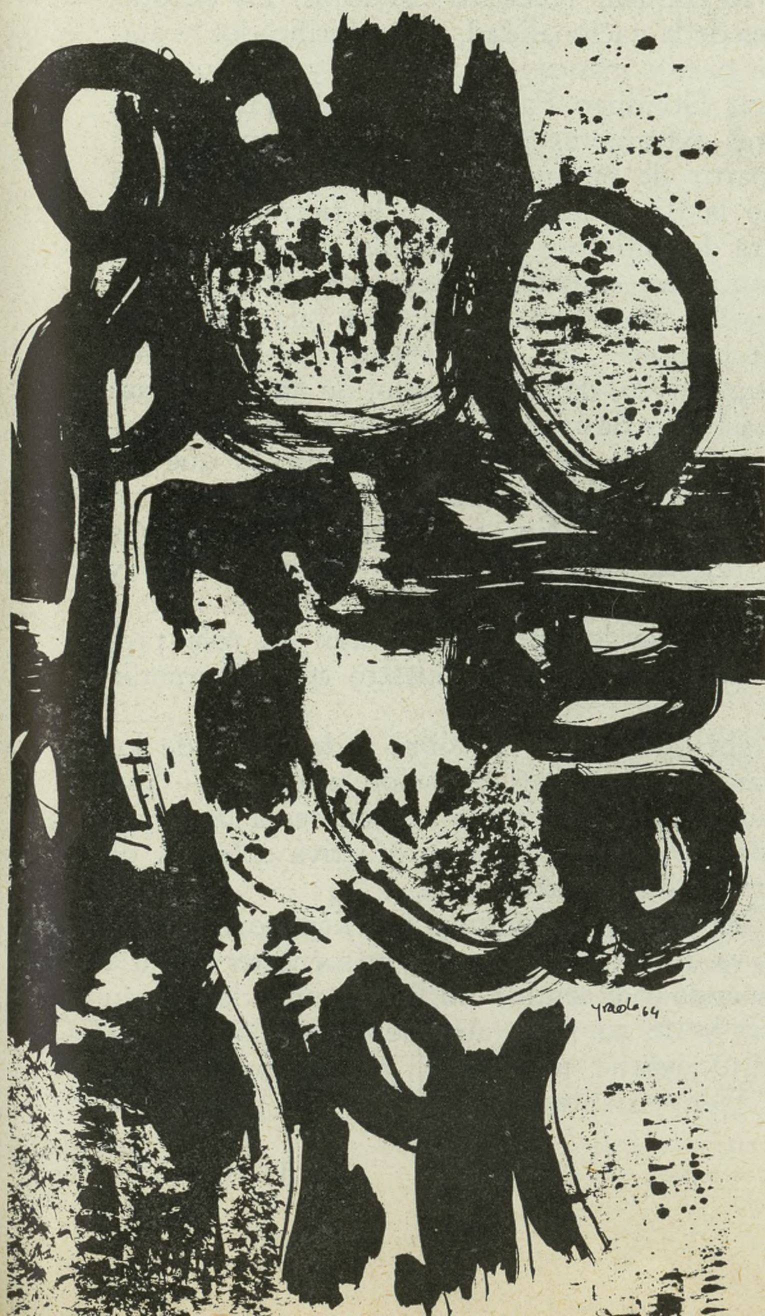
LA RAZA EN LA ARGENTINA

por

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI

Nadie hay tan racista como el antirracista. Porque, en términos generales, a lo que el antirracista aspira es a imponer el principio de la indiscriminación de las razas para mantener a flote o reflotar la suya, con el subsecuente menoscabo de la raza fundadora y el consiguiente predominio de la polilla invasora.

Bien está, por una noche, llorar por caridad un sitio en el pajar. Pero resulta monstruoso que, enjugados el llanto y la noche, el pordiosero de ayer nos reclame en propiedad el caserío. Esto es lo que nos viene ocurriendo a nosotros los argentinos.



Un día —con España— llegamos a América como españoles, con nuestra fe y nuestra raza. No llegamos a ella para infiltrarnos, sino para sujetar la tierra y acaudillarla. Teníamos títulos suficientes para hacerlo: nos los habían dado Dios y Alejandro VI. Y aquí pusimos nuestra sangre.

Llegamos a América en pobreza de minoría, pero con minoría tocada de milicia; con la militaridad de quienes se saben señores por gracia y operación del Señor.

No vinimos a deshacer sino a hacer: no a matar sino a dar vida; no a derribar sino a construir: a levantar sobre nuestros hombros una nacionalidad.

A empellones de proas y espadas, forjamos un continente y le dimos un contenido. No vinimos a arcabucear indios —como nuestros primos los cuáqueros— sino a asentar paces con aquéllos y rescatarlos —Dios por delante— de la iniquidad de la paganía; no a aherrojar esclavos sino a liberarlos de sus yerros; no a humillarlos sino a enseñorearlos, que era una manera de comunicarles nuestro señorío.

Así le dimos nuestra sangre a América: porque cuadraba a nuestro deber y a nuestro derecho hacerlo. Y América se entregó a nuestro destino porque ése era su divino destino: el de integrarse en la comunión hispánica. En la comunión hispánica digo y no en la comunión latina; porque la presencia presuntamente itálica de Colón en la empresa de nuestros Reyes —de ese misterioso Colón que podía ser genovés o catalán o gallego o judío— no obligaba en manera alguna a la españolidad a compartir privilegios y mandatos con la italianidad.

Una poderosa comandita de tenebrosos internacionales viene desde hace tiempo desarrollando la estrategia de llamar Latinoamérica o América Latina a lo que es la América Española: estrategia a la que sirve un crecido número de incautos, incapaces de comprender el efecto mágico que las palabras ejercen sobre las mentes. Porque el objetivo perseguido por esa perra designación no es otro sino el de desespañolizar a esta América nuestra para que nos la dejemos robar como cosa inservible y sin razón de ser, como cosa sin dueño y sin ayer y sin mañana.

Fue así como, entre gallos y media noche, nos invadió la gringada; primero con el cuento del



progreso, después con el de la libertad de comercio, más tarde con el de la universalidad de las ideas, luego con el de la opresión española, y, por último, con el de la latinidad: cuento éste a cuyo amparo —rotas las fronteras, abolidas las aduanas, forzadas las cancelas de la sangre— se nos metió la extranjería por la casa.

Ningún pueblo más fácil de engañar que el pueblo argentino. El liberalismo en su hora y la democracia en la suya hicieron entre nosotros de las suyas.

Nacimos a la vida americana para ser la punta extrema de un Imperio austral cuyos pies bailaban riesgosamente en el Polo. Nuestro pueblo eran los pueblos; los pueblos indohispanos, de estirpe grande y pobretera, cuyo orgullo se cifraba en el cumplimiento de una misión: la de fundar aquí, en este desamparado triángulo de América, una raza fundacional.

Contábamos para ello con nuestra vocación de fundadores: la que cumplieron y nos legaron Pedro de Mendoza y Juan de Garay —fundadores del Plata— y, por el Norte y por el Oeste, los gauchos españoles Lerma y Aguirre y Alvar Núñez y Cabrera y Rojas y Loaiza y Vera de Aragón y Jofré y los Césares y toda la caterva de los héroes que vinieron a estas tierras, no a arañar metales, no a ensuciarse las uñas, sino a hincar fuertes y poblados y a levantar iglesias y ciudades donde el español de América —en comunidad indiana— pudiera sembrar en español y pisar en español.

Todo eso nos fue dado por espada y por bulas, por hecho y por derecho, de facto y de jure, por hombría y por vaticanidad. Y mucho de ello —casi todo ello— nos fue quitado por la mamarrachería snob y extranjerizante que desde 1853 obsesionó a nuestras clases llamadas dirigentes.

Políticos de medio pelo se sucedían unos tras otros —después de la caída del Brigadier General don Juan Manuel de Rosas— en el gobierno de la República. Nuestros caudillos, los acaudilladores de la nacionalidad, eran sacrificados —atados de pies y manos— a lanzazos y arcabuzazos, mientras Domingo Faustino Sarmiento importaba maestras extranjeras para «civilizar» al país.

A partir de entonces la Argentina comenzó a ser, no la tierra nuestra, sino la tierra de nadie, la tierra del último recién llegado, donde ser criollo, donde ser «español americano» —como hasta en aquellos años se llamaba a los tataranietos de los fundadores— iba a constituir casi un baldón de antiprogreso, de antiadelanto, de antieficiencia: casi, casi una desmañada traición y un tácito sabotaje al futuro de la patria. Porque lo que los empresarios de la prosperidad querían era, no una patria grande, sino una patria gorda; no una patria señora, sino una patria estúpida, feliz y panzona.

De ahí que les incomodara aun la sola presencia de nuestra sangre, nuestro solo testimonio racial.

De ahí que hoy —por obra y desgracia de los gestores de la desnaturalización argentina— nos hayan reducido a nosotros los señores a la condición de parias, de parias en aflictiva soledad, de peregrinos en nuestra tierra.

La verdadera Argentina, la Hispanoargentina, se nos va de entre las manos y es menester salvarla devolviéndole el sentido de la principalidad de su historia y de su raza, aunque para ello se haga necesario desatar un intenso «progrom» de polillas y bienpensantes.

I. B. A.



LA CULTURA ISLAMICA ESPAÑOLA

por

FERNANDO FRADE

Me gusta más llamarla islámica-española que arábigo-andaluza. No quiero decir que este nombre esté mal dado. Ninguno lo está en realidad si tiene base real, lo acepta la costumbre y con él nos entendemos. Tampoco quiero decir que responda menos a la realidad. Es, quizá, un eco de tipo más bien emocional que responde a algo existente en la atmósfera sentimental de España. Hay una tendencia en el mundo occidental, procedente de nuestra época de máxima expansión en que chocábamos con otras individualidades europeas que buscaban asimismo expansionarse, dirigida a restar importancia a la entidad de España, así como a sus manifestaciones y creaciones. Es por eso, por ejemplo, por lo que llaman América latina lo que a nosotros nos gusta llamar Hispanoamérica o Iberoamérica, nombres que se entroncan con los que antes de la invasión musulmana constituía la totalidad de la Península Ibérica.

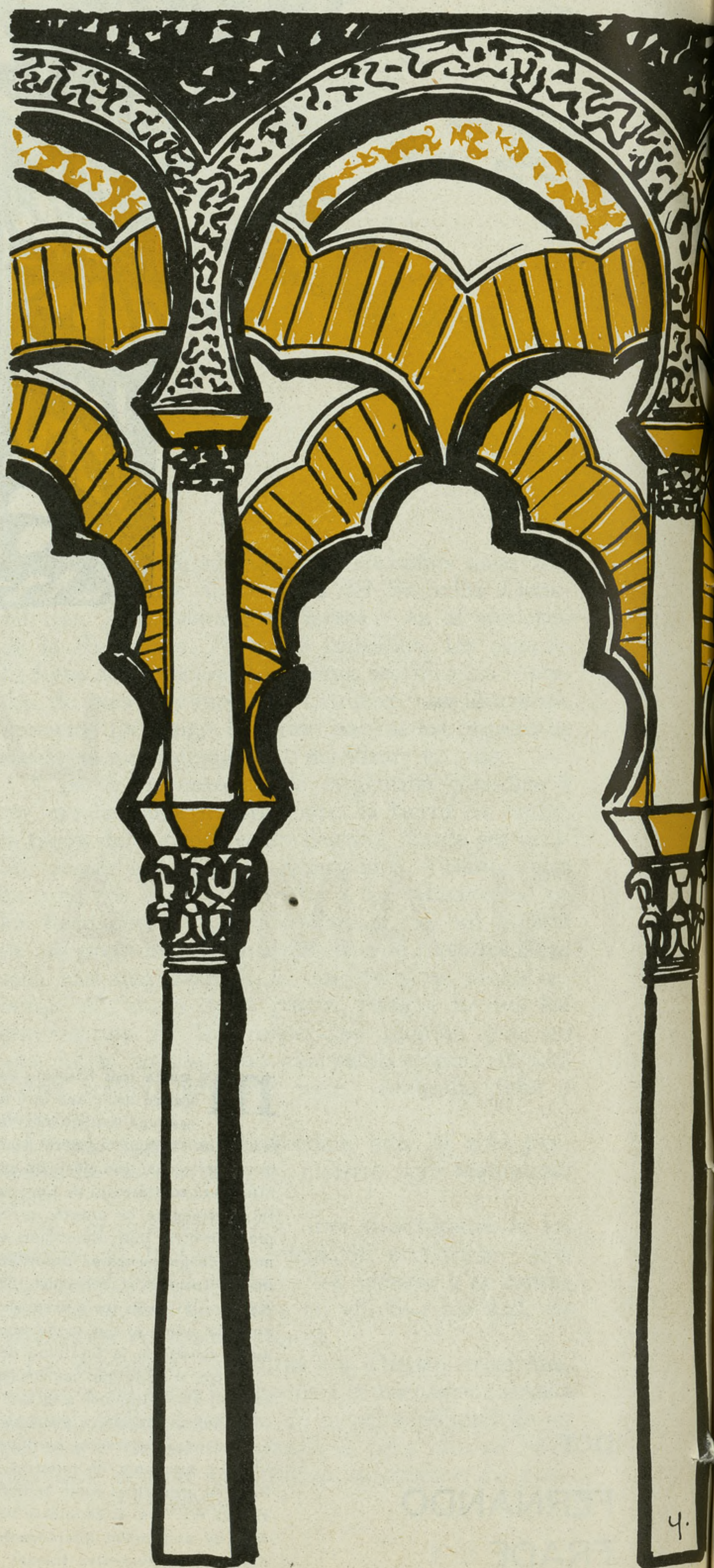
A través de lo que nos cuenta la historia, y comparándolo con el pueblo español vivo, llegamos a la idea de que desde los primeros pobladores históricamente conocidos, principalmente los pertenecientes a tribus ibéricas, existen unas constantes de dignidad, mesura, sentimiento trágico y coraje visibles, asimismo, en nuestras obras artísticas y literarias, que se simbolizan en arquetipos como Indibil, Mandonio, Séneca, Trajano, San Isidoro, El Cid, etc. Tras la conquista visigoda, la Península fue sometida a un proceso de unificación diferenciadora, protegida por los Pirineos y el mar, aunque con evidentes fuerzas disgregadoras de importancia que permi-

LA CULTURA ISLAMICA ESPAÑOLA

tieron su rápida conquista por los musulmanes. Esta embestida interrumpió el citado proceso de integración en una unidad geohistórica superior, pero también tuvo una virtud: exaltar las cualidades anteriores y hacer a la España que se iba a formar en el fuego purificador de la lucha por la reconquista, más espiritual. También la iba a hacer más universal y más despojada de presunción de superioridad racial al introducir en su seno otro elemento muy distinto del conglomerado cultural greco-latino-germánico que ya habían asimilado iberos y celtas: la cultura islámica, entendiendo por el término *cultura* la totalidad de formas de vida y expresión de una sociedad humana.

Se discute aún si esa cultura islámica española fue una auténtica creación del alma hispana aprovechando los elementos que considerara más valiosos del Islam, o si en su elaboración predominó el espíritu importado de Oriente. Para llegar a una conclusión exacta habría que estudiar exhaustivamente los miles de documentos y libros que todavía esperan en los archivos y bibliotecas la labor de los investigadores, pero investigadores españoles, pues sin menospreciar la magnífica labor de los Dozy, Goldziher, Levi-Provenzal, Terrase, etc., quien puede alcanzar mejor a ver las recónditeces de su alma es uno propio; lo natural es que sea algo mixto aunque haya manifestaciones de absoluto matiz oriental, como más adelante comentaremos. También es cierto que los personajes que simbolizaron, a lo largo de los siglos, los valores de esta cultura: Ibn Arabi, Ibn Hazm, Ibn Ruchd, Abderrahman III, etc., nacieron en el mismo solar que los anteriores, y todo parece indicar que alguna o bastante sangre celtibérica correría por las venas de la mayoría de ellos. Abderrahman, concretamente, era hijo y nieto de princesas navarras, se expresaba corrientemente en lengua romance y sentía disgusto por la aristocracia árabe, disgusto compartido por el pueblo español convertido al Islam debido a la calidad de clase conquistadora dirigente de aquélla. Sin embargo, el influjo de las enseñanzas coránicas fue vital en la creación y desarrollo de Al-Andalus, y, a su vez, esta nueva comunidad geohistórica surgida en el ámbito peninsular tuvo decisiva importancia en la formación de la moderna nación española. No voy a defender yo ahora la tesis de Américo Castro de que al Islam se debe la textura fundamental del alma española, después de haberme opuesto a ella (Américo Castro, *Toynbee y su visión de España.* MUNDO HISPÁNICO. Enero de 1961) con razones nacidas de mi profunda convivencia en el Islam marroquí, el más parecido al de Al-Andalus; pero su influencia en la formación de la España que nació con los Reyes Católicos no puede negarse y su huella en el carácter español es patente hoy día, particularmente en Levante y Andalucía, cuyos naturales emigrados en el Norte de África tan fácilmente conviven con los nativos de esa zona en cualquier circunstancia y medio. No obstante, a pesar de este sentimiento que indica cierta clase de afinidad, la gran masa española no conoce la vida rica y jugosa que hubo en una gran parte de su patria durante tanto tiempo en que estuvo sujeta a la ley del Islam, ni mucho menos identifica nada de ella en su personalidad, por lo menos de un modo aparente y racional.

Siete largos siglos de lucha religiosa levantaron una muralla emocional en las mentes y espíritus de los cristianos reconquistadores que aún se refleja en la historia que se enseña en escuelas e institutos al predominar en ella un aire marcial, roto por la presencia viva de maravillas como la Alhambra, la Mezquita y la Giralda. El concepto básico de la mayoría puede reducirse a unos nombres mal escritos y peor pronunciados de «moros» asociados con los de unas batallas, jalones del flujo y reflujo de la invasión y establecimiento árabes, sin que, salvo los especialistas, sepa nadie nada de un Ibn Hazm o un Ibn Arabi, a pesar de ser grandes figuras del genio humano y tenerlos traducidos por eminentes arabistas nuestros. Pero tampoco la filosofía ni la ciencia jurídica religiosa, ni la poesía, ni las maravillas arquitectónicas mencionadas, con decirnos mucho, nos dan una idea clara de la vida bella e intensa de la España musulmana; la vida ordinaria de ricos y pobres, de estudiantes y artesanos, llena de colorido y matices, para comprender la cual nos pueden ayudar los relatos sobre la vida corriente que se encuentren en las bibliotecas arábigas españolas y las que existan en todas las capitales del mundo islámico, pero particularmente la vida que todavía existe en las recogidas medinas marroquíes de Fez, Tetuán, Chauen y otras ciudades del reino antes de que desaparezca arrastrada por el torbellino de la prosaica civilización moderna, tan preocupada en convertirnos en voraces consumidores de múltiples productos





de la industria al objeto de que ésta se expansione cada vez más y llegue a consumirnos a todos. No en vano en esas ciudades se asentaron nuestros andalusíes, nuestros «moros», entendiendo por este término aquellos nobles caballeros cantados en romances que repartían su tiempo entre las hazañas guerreras, el amor, la poesía y, también... ¿cómo no, tratándose de Andalucía?, en alegrarse con el vino: «...oro envuelto en plata, sol rodeado de rayos de luna y también rojo de sangre que, mezclado con el agua, da lugar al oro y al amor...», según las imágenes brillantes de los versos de nuestro poeta andalusí Al Kattani, encontrado recientemente en Turquía y estudiado por el sabio arabista de la Universidad de Kiel, Dr. Wilhelm Hönerbach, que pronunció una magnífica conferencia, pocos meses ha, en la sede del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, de Madrid, y cuya audición nos ha sugerido este comentario.

Para el Dr. Hönerbach, el poema en cuestión es un precioso documento que puede contribuir grandemente a aclarar si la poesía arábigo-andaluza es una creación típica nacida en la España musulmana, como sostiene algún arabista; si es solamente una imitación de la oriental, como sostienen otros, o si es un producto de naturaleza intermedia, como debería ser lo lógico. En resumen, la misma cuestión que planteamos al principio al hablar de la totalidad de la cultura islámica española, y que en el caso de la poesía aún resulta más abstrusa, pues había una popular en el lenguaje hablado corrientemente, fuera un árabe vulgar mezclado con el romance o romance simplemente con algunas palabras árabes, y otra culta expresada en árabe literal, dominio de los muy cultivados. Además, tampoco era lo mismo la poesía de los tiempos del Emirato que la compuesta durante el califato de Al Hakkam II. No obstante, en la poesía culta de la época de Al Kattani (finales del siglo X, coincidiendo precisamente con ese reinado) ya había llegado ampliamente la influencia oriental, y, precisamente Emilio García Gómez, en el prólogo a sus poemas arábigo-andaluces, copia unos versos del poeta Abu Nuuas, irakí y anterior en casi un siglo a Al Kattani, del mismo estilo que la poesía de éste:

«Vino amarillo en un vaso azul, escanciado por blanca mano: sol es la bebida, estrellas las burbujas, eje terrestre la mano, cielo la copa.»

Es decir, que la impresión a la vista parece indicar que el citado poema de Al Kattani es de corte oriental y no responde a una típica raíz hispana.

Se me dirá que así hay muchos poemas báquicos y que entre los poetas andaluces se dieron bastantes de esta clase anteriores al Kattani, pero este estilo no puede ser muy corriente en un país musulmán cuyo Libro sagrado prohibe el vino y estaba sujeto a una escuela religiosa tan intolerante como fue la malekía, que sólo aceptaba en materia de fe el Koran, la Sunna y las interpretaciones de los doctores de Medina en los primeros tiempos del Islam, aunque ese país fuera un gran productor de vino y los kadíes hicieran la vista gorda respecto a los que lo bebían. El mismo gran arabista español, en su citado libro de 112 poemas cortos correspondientes a 99 poetas, sólo transcribe nueve en que aparece el tema báquico, y en algunos de ellos, además, tan sólo con una ligera alusión.

Prendieron rápidamente y con intensidad los cantos al vino en los círculos sufís (místicos) persas, aproximadamente hacia la misma época y alcanzando su máximo en el célebre poeta Omar Jayyam (1040-1135), al que muchos musulmanes consideran simplemente como un borracho degenerado, como a la mayoría de los adeptos a las cofradías místicas, las cuales, por su parte, eran acusadas de *chirk* (herejía), seguidoras de prácticas de monjes cristianos o de idólatras panteístas. En lo que respecta a España, el eminente orientalista húngaro Goldziher escribía a finales del siglo pasado: «El pueblo musulmán español estuvo, generalmente, en contra de los filósofos y de los sufís. De los primeros, por poner en entredicho los dogmas del Koran; y de los segundos, por el *taauil* (interpretación para descubrir el verdadero sentido interior, *batin*, de una cosa) que hacían de esos dogmas, encontrándose en la poesía arábigo-andaluza numerosas sátiras contra los vestidos de lana.» (Hay muchos autores que derivan la palabra sufí de *suf*, lana, por soler ir vestidos los cofrades místicos con túnicas de lana. Otros derivan dicha palabra de *safa*, pureza.)

El *taauil* es la justificación que daban los sufís para hacer frente a los ataques de los escandalizados ulemas ortodoxos que solían ir acompañados de excitación al pueblo a ir contra ellos por esos excesos que, frecuentemente, solían ser más verbales que reales y a veces sólo escritos para seguir una moda «snob». La interpretación de la embriaguez y lo mismo la del amor erótico que solía acompañar a ésta, en gran número de casos dirigida a muchachos, era que simbolizaba las relaciones del alma con Dios. Por eso en las reuniones para rezar en común *(samaa)* la oración especial del fundador de la cofradía, había muchas asociaciones de esta clase que hacían uso de la recitación de poemas eróticos, a veces acompañados de música y de un joven cantor, para facilitar el *fana* y el *baka bil-lah* (aniquilación extática de los sentidos para llenar el alma sólo con Dios).

Estos excesos panteístas, propios de *gulat* (exaltados), no se debieron de dar con frecuencia si hacemos caso a Goldziher, en la España musulmana, a pesar de nacer en ella místicos importantes, entre ellos el más grande tratadista de esta materia en todo el mundo islámico: el citado Muhieddin Ibn Arabi de Murcia, autor de más de 200 libros, verdaderos tesoros del esoterismo musulmán, que desgraciadamente sólo en una mínima parte están traducidos al castellano, eso sí, magníficamente y además glosados con el gran acierto que caracterizó a don Miguel Asín. Y quiero aprovechar este inciso para decir que después de haber leído *El Islam Cristianizado*, donde don Miguel analiza algunas partes de *Al Fotuhat al Mekkia* (Revelaciones de la Meca), no puedo estar de acuerdo con la afirmación de Goldziher, compartida por muchos musulmanes, algunos de ellos modernos intoxicados de ciencia racionalista occidental, de que Ibn Arabi fuera «un espiritista que se aprovechaba, por medio de trucos, de la credulidad y superstición del pueblo con propósitos egoístas». Yo, personalmente, he conocido algunos místicos musulmanes de esta clase y he visto sus rezos, pero no han escrito lo que escribió Ibn Arabi.

Mi posición en este aspecto es la del eminente psicólogo suizo C. G. Jung, cuando en el prólogo a sus comentarios del libro de la sabiduría china titulado «El secreto de la flor de oro» dice: «Wilhelm ha logrado hacer resucitar, bajo una forma viviente nueva, esa vieja obra en la que no sólo muchos sinólogos, sino también los mismos chinos modernos, no perciben más que una absurda colección de ensalmos mágicos. Esa obra encarna, como por cierto ninguna otra, el espíritu de la cultura china; los mejores espíritus de la China han colaborado en ella y le han aportado durante miles de años. No ha envejecido a pesar de su edad legendaria, sino que vive y opera siempre, al menos para los que comprenden su sentido.»

Con esto quiero decir que Ibn Arabi, además de otro Asín Palacios que tradujera su obra completa, necesitaría de otro Jung que lo interpretara a la luz de la psicología moderna. Entonces quizá calaríamos la hondura de su genio.

En la España cristiana también sucedía algo análogo a lo que decía Goldziher de la musulmana respecto a la repulsa de los elementos racionalistas y panteístas. Los recoge Américo Castro, en su ya famoso libro, al copiar los ataques del historiador del siglo XIII don Lucas de Tuy contra los naturalistas o filósofos a los que acusa de querer pervertir las Sagradas Escrituras y en los que según Castro (pág. 300 de «España en su Historia») aparecen unidos en pensamiento naturalístico-panteísta, una interpretación mística de los textos sagrados y una literatura de tipo erótico.

En cierto modo es natural esta afinidad en los puntos de vista a pesar de la creación en la España musulmana de ese tipo «andaluz» de que nos habla Levi Provenzal, fusión del ibero romanizado, el bereber norteafricano y el árabe. El peso racial se lo llevaba el primero, y este factor no podía por menos de ejercer una decisiva influencia en su vida y en sus manifestaciones científicas y artísticas, en las que entrarían la sobriedad, el realismo y la poca inclinación a las nebulosidades que caracterizan al alma hispana. En menos escala que en las mismas manifestaciones de los estados cristianos y sobre todo de Castilla, pues a través de ellas parece que la «orientalización» de la España musulmana fue mayor que la «europeización» de la cristiana, lo cual permitió que en ésta las virtudes características iberas se mantuvieran más vivas. Creo probable que cuando se conozca más a fondo la totalidad de la cultura musulmana y se establezca un estudio comparativo entre ella y las que florecieron en las distintas regiones orientales bajo el Islam, se encuentre la misma diferencia que Castro encuentra entre la de España cristiana y las restantes del Occidente europeo. Entonces tendríamos una prueba decisiva de que la diferencia última no se debería sólo a una parcial islamización del alma española y la reacción consiguiente producida por una naciente conciencia de nacionalidad, sino a una diferencia real debida a la fuerte pervivencia de los factores espirituales de los primeros pueblos pobladores de España conocidos históricamente.

F. F.

heráldica

UN LINAJE BILBAINO DESAPARECIDO: LOS MESPERUZA

por
JULIO DE ATIENZA
(Barón de Cobos de Belchite)



Acaso de todas las regiones españolas sea Vizcaya la que más ha estudiado sus genealogías pretéritas. Sus casas solariegas fueron investigadas ya en el siglo XVII por genealogistas e historiadores. Sus ramas americanas —abundantes y profusas— han dado lugar a diversas obras que, editadas en países hispanoamericanos, enlazan los linajes de aquellas lejanas tierras con el tronco común que floreció —hace ya tiempo— en los valles vizcaínos.

Por lo tanto, es más difícil que en cualquier otra región hablar de un linaje vizcaíno que no haya sido anteriormente estudiado. Al celebrarse este año en Bilbao la Conmemoración del Doce de Octubre, quiero dedicar unas líneas a un linaje vizcaíno —hoy desaparecido por haber recaído todas sus líneas en hembras— del que me ufano descender, como también desciende de él el actual Marqués de Lozoya.

Los Mesperuza —que éste es el linaje— tuvieron su solar en Baracaldo. Domingo de Mesperuza fue nombrado primer Secretario del Bando Gamboíno en la Junta General de 6 de julio de 1700. En 1704 vivían en la anteiglesia de Baracaldo, Domingo, José, Pedro y Martín de Mesperuza. En el mismo año vivían en la anteiglesia de Deusto, Juan y Gregorio de Mesperuza. También en 1704 era fiel Regidor de Baracaldo Pedro de Mesperuza. Otro Pedro de Mesperuza fue apoderado por la anteiglesia de Deusto en las Juntas Generales de Guernica del 17 de julio de 1742 y del 26 de septiembre de 1745. Juan de Mesperuza fue apoderado por Deusto en las Juntas Generales de 1746. Hacia el año 1765, en Baracaldo, ya no vivía ninguna familia de este nombre, y en Deusto solamente existía la de Pedro de Mesperuza.

Genealogía.—I. Don Juan de Mesperuza, natural de Bilbao, casado con doña María de Maruri.

II. Don Juan de Mesperuza y Maruri, natural de Baracaldo, casó con doña Lorenza de Izarduy, natural de Deusto (hija de don Antonio de Izarduy y de doña Francisca de Jugo, naturales de Deusto).

III. Don Manuel de Mesperuza e Izarduy, bautizado en la parroquia de San Pedro, de Deusto, el 23 de octubre de 1697; casó con doña Francisca Javiera de Tellaeche, natural de Bilbao (hija de don Antonio Tellaeche, natural de Deusto, y de doña María Josefa de Unibaso, natural de Bilbao; nieta paterna de don Domingo de Tellaeche y de doña Catalina de Aguirre; bisnieta paterna de don Juan de Tellaeche y de doña Francisca de Arana, vecinos de Bilbao, y bisnieta materna de don Pedro de Aguirre y de doña Casilda de Arana, vecinos del lugar de Murga, en el valle de Ayala). Don Manuel tuvo dos hijos: don Manuel (que sigue) y doña María Manuela (rama II).

IV. Don Manuel Francisco de Mesperuza y Tellaeche, bautizado en Bilbao (Santos Juanes) el 7 de abril de 1738; casó con su prima doña María Antonia de Mesperuza y de Larrabeitia, bautizada en la misma parroquia el 22 de octubre de 1742 (hija de don Luis de Mesperuza, vecino de Deusto, y de doña Catalina de Larrabeitia, natural de Munguía; nieta paterna de don Pedro de Mesperuza y de doña Luisa de Artunduaga, naturales de Deusto, y nieta materna de don Mateo de Larrabeitia y de doña Ignacia de Narranalde, vecinos de Munguía).

V. Doña Juana de Mesperuza y de Mesperuza, natural de Bilbao, casada con don José Cobos y Peláez, natural de Ugíjar (Granada).

VI. Don Juan Eugenio Cobos y Mesperuza, I Barón de Cobos de Belchite, nacido en Almería en 1799, donde casó, en marzo de 1824, con doña Agustina Zaragoza Domenech (Agustina de Aragón), padres de mi bisabuela paterno-paterna, única hija del matrimonio.

VII. Doña Carlota Cobos Zaragoza, II Baronesa de Cobos de Belchite, nacida en Valencia el 13 de julio de 1825, casada en Sevilla el 6 de junio de 1847 con don Francisco de Paula Atienza y Morillo, Comisario de Guerra de primera clase, Subintendente Militar.

RAMA II

IV. Doña María Manuela de Mesperuza y Tellaeche, bautizada en Bilbao (Santos Juanes) el 13 de marzo de 1727; casó en Burgos con don Francisco de la Infanta, bautizado en Burgos (San Nicolás) el 18 de abril de 1710, y testó en Burgos, juntamente con su marido, ante el escribano Francisco de Villafranca, el 17 de febrero de 1781.

V. Doña Agueda de la Infanta y de Mesperuza, bautizada en Burgos (San Román) el 10 de febrero de 1743, donde casó con don Gabino Tomé de Villarroel, bautizado en Burgos (Santo Tomás) el 28 de febrero de 1734, el que ganó Real Carta ejecutoria de nobleza en la Real Chancillería de Valladolid el 23 de junio de 1790. Doña Agueda testó en Segovia, ante el escribano Frutos González Travaledo, el 5 de junio de 1788.

VI. Don Julián Tomé de la Infanta, bautizado en Segovia (Santa Eulalia) el 21 de febrero de 1774, Regidor decano de Segovia, caballero de la Orden de Carlos III en 1825 con pruebas de nobleza; casó con doña María del Carmen San Román y San Román, natural de Zafra (Badajoz).

VII. Doña María de la Trinidad Tomé y San Román, casada en Segovia el 28 de agosto de 1830 con don Luis de Contreras y Mencos, hermano de don Domingo, VI Marqués de Lozoya.

VIII. Don Luis de Contreras y Tomé, VII Marqués de Lozoya en 1871; casado en Madrid el 1 de enero de 1881 con doña Ramona López de Ayala y del Hierro. Padres de don Luis de Contreras y López de Ayala, VIII Marqués de Lozoya en 1909, que falleció sin descendencia en Madrid el 16 de marzo de 1917, y de

IX. Don Juan de Contreras y López de Ayala, IX Marqués de Lozoya en 1918, Catedrático de la Universidad Central, de las Reales Academias de la Historia y San Fernando, Director General de Bellas Artes, Caballero de la Orden de Santiago, casado con doña Constanza López de Ayala y Morenés, Marquesa de Villanueva del Castillo.

Usan los Mesperuza por armas: *en campo de plata, dos lobas andantes de sable (negras), puestas en situación de palo, armadas de gules (rojo) y cebadas de sendos corderos blancos manchados de gules (rojo); en cada cantón del escudo una panela de azur (azul).*

* * *

Curiosa es la trayectoria que siguió el apellido Izarduy, enlazado, como hemos visto, con los Mesperuza. Del matrimonio de don Antonio de Izarduy con doña Francisca de Jugo nacieron doña Lorenza de Izarduy y Jugo, casada con don Juan de Mesperuza Maruri (número II de la anterior genealogía) y don Joaquín de Izarduy y Jugo, casado en Bilbao, hacia 1700, con doña María Quintana Echavarri, padres de don Joaquín de Izarduy Quintana, que de su matrimonio con doña Juana González de la Vega tuvo a doña Antonia de Izarduy y González de la Vega, casada con don Pablo de Saráchaga y Echavarri. Fue su hijo don Florentino de Saráchaga e Izarduy, casado en Bilbao el 3 de diciembre de 1805 con doña María de Uría Nasarrondo, teniendo por hijo a don Jorge de Saráchaga y Uría, casado en Rusia en 1837 con doña Catalina, Princesa de Lobanoff Ruchelet. Nacieron de este matrimonio doña Esperanza de Saráchaga Lobanoff Ruchelet, Dama de la Emperatriz de las Rusias, y don Alejo de Saráchaga y Lobanoff Ruchelet, nacido en Bilbao el 8 de noviembre de 1840 y fallecido en Paray de Monial el 4 de mayo de 1918, Religioso del Sagrado Corazón.



EN FINLANDIA hay muchos jóvenes de 15 a 20 años que desean correspondencia con jóvenes del mundo hispánico. Dirigirse en inglés o alemán, facilitando la dirección completa, a The Finnish Youth Correspondence Association, Box 20002 Helsinki, 4 (Finlandia).

PAULINO GARCIA COLLAZO, 3.012 Langenhagen (Hannover), Wacholderweg, 4 (Alemania). Desea intercambio de postales con personas de todo el mundo.

FELIPE LONDOÑO BENVENISTE, Apartado aéreo, número 16.035. Bogotá D. E. (Colombia). Desea correspondencia con toda clase de personas interesadas en Historia, intercambio de idea y afines.

FELIX TISSNES, Apartado aéreo 1.839, Cartagena (Colombia). Desea relacionarse con Laboratorios artístico-fotográficos que trabajen bromoóleos, oleografías y retratos al óleo.

ANGELICA LLAGARIAS, Estación Cardal, Departamento de Florida (Uruguay). Desea correspondencia con personas de todo el mundo, especialmente de España.

MISS SANDIE RUDICK, 5.712 Whitehorne Avenue, Montreal 29. Quebec (Canadá). Desea relacionarse con jóvenes de todo el mundo, especialmente de España, en inglés.

S. R. ROSARIO, 1.037 Ave St., John Alt. C6, Bronx, N. Y. 10.455 (U. S. A.). Desea relacionarse con jóvenes españolas de Madrid o pueblos cercanos.

FRANCISCO LUIS FABIA MELIA. San Pablo, 42, Barcelona, 1 (España). Desea intercambio de postales con personas de todo el mundo.

VIRGINIA M. BROWN. 127 Becklow Road, London, W. 12 (England). Señora inglesa desea correspondencia con personas de todo el mundo mediante correspondencia.

LUIS MARTINEZ. Hermosilla, número 106, 2.º C. Madrid, 9 (España). Desea relacionarse con señoritas cultas.

PEDRO EDUARDO VILLAGRA. Colonia penal, Rawson, Prov. Chubut (Rep. Argentina). Joven descendiente de españoles, de 23 años, desea mantener correspondencia con jóvenes españoles para cultivar una leal amistad.

BERTA CARMEN JARILOTTI POLLERI. Calle Venezuela, número 43, Santa Lucía, Departamento Canelones (Uruguay). Desea correspondencia con jóvenes españoles.

ASHOR TRIVEDI. H-347. New Rajinder Nagar, New Delhi, 5 (India). Desea mantener correspondencia con chicos de todos los países, en inglés a ser posible.

CARMEN RIOS Y LOURDES GOMEZ. Tabera. Salamanca (España). Desean correspondencia con católicos, solteros o viudos, de 28 y 50 años, respectivamente.

PEPITA GONZALEZ. Gutemberg, 36. Salamanca (España). Desea correspondencia con caballeros católicos, cultos, formales y mayores de 45 años.

Miss Ginette La Lande. 475, 20th. Avenue. Ste. Marthe sur le lac Co. des deux Montagues. Quebec (Canadá).

Miss Jeri R. Reed. 170 Landsdouwe Drive, N. W. Atlanta. Georgia, 30.328 (U. S. A.).

BUZON FILATELICO

J. P. JHUN JHUNWALA. Shriram Mansion. Sandhurst - Road. Bombay, 4 (India). Desea intercambio de sellos de correos con todo el mundo para aumentar su colección.

CARLOS LOPEZ R. Meléndez Valdés, 43. Madrid, 15 (España). Desea sellos de Venezuela, anteriores a 1950 y especialmente de correo aéreo. Facilita a cambio de España, Europa y Asia.

MARIA GONZALEZ. García de Haro, 12. Málaga (España). Ofrece sellos de España a cambio de extranjeros, especialmente de Hispanoamérica y Filipinas.

JOSE SANTOS DE LA MATTA. San Bernardo, 4, 3.º derecha. Madrid (España). Desea canje de sellos de todo el mundo, especialmente de Argentina, Venezuela, Alemania y Francia.

CASA M. GALVEZ. Oficinas: Príncipe, 1; Despacho para venta al público: Puerta del Sol, 4, 1.º Madrid-12 (España). La casa filatélica más antigua de España.

VICENTE MAS. 61, Cours Julien, Marsella (Francia). Desea intercambio de sellos con Hispanoamérica y corresponsales con Panamá y Nicaragua. Facilita de Francia desde 1940, impecables. Correspondo todas lenguas.

JUAN PEREZ. Apartado 74, Habana, 1. La Habana (Cuba). Desea intercambio de sellos de correos con todo el mundo.

ARMANDO W. GORDILLO. Av. 17, núm. 6.207, Marianao-13 (Cuba). Desea intercambio de sellos con filatélicos de todo el mundo, especialmente con España.

GERARDO CASAL. Habana, número 551, Habana, 1 (Cuba). Solicita intercambio de sellos de correos con filatélicos de todo el mundo, especialmente con España.

JORGE M. GRINBERG. Salta, número 521, Bahía Blanca, Prov. de Buenos Aires (Argentina). Desea intercambio de sellos y postales con todo el mundo.

ANGELINA PEREZ CASTRO. Avda. de la Trinidad, 1.ª A, 3.º derecha. La Laguna, Tenerife, Islas Canarias (España). Desea intercambio de sellos, postales y vitolas. Preferencia sellos astrofilatelia. Contesto siempre.

ANTONIO LUIS BRUM CIDADE. Cel. Joao Pinto, 88. Teresópolis, Porto Alegre, RGS (Brasil). Desea intercambio de sellos con cualquier parte del mundo. Contesto todas las cartas.

MARIANO DOMINGUEZ. 86-45 St. James Ave. Apartamento 5R, Elmhurst 73, N. Y. (U. S. A.). Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo, en español o inglés, para intercambio de sellos, postales, monedas, fotos, etc.